

No. 35

(5 febrero 1919)



Para Todos

\$ 1.20

Es Propiedad

M. R.



HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO



Mejore Ud. el sabor
de las frescas legum-
bres, aliñándolas con
el más puro y sabroso
aceite de oliva, el de-
licioso



ACEITE BAU

Cuando pida aceite, diga BAU.



PARA TODOS

REVISTA QUINCENAL

AÑO II

N.º 35

Santiago de Chile, 5 de febrero de 1929
Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag" perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo



Especial para "Para Todos"

DESDE HOLLYWOOD

16 años de Galán Cinematográfico

CONVERSANDO CON ANTONIO MORENO

Por Carlos F. Borcosque

Cuando al llegar a esta ciudad del celuloide, me instalé en este barrio maravilloso del este de Hollywood, entre lomas cubiertas de bungalows multicolores, con calles ondulantes cuajadas de palmeras y jardines tropicales con espléndidos plátanos, la "manager" nos mostró, con especial orgullo, como un mérito para el barrio, un palacio italiano, grande y magnífico, empujado en lo más prominente de estos cerros.

—¡Mr. Moreno's home! — me dijo con cierto dejo misterioso, convencida de lo mucho que — a quien, como yo, venia a Hollywood a embustirse de lleno en la vida misteriosa de los estudios, debería interesarme la cercana vecindad del astro hispanoamericano.

Desde el día siguiente nos sobraron ocasiones de ver a Antonio Moreno. Por la mañana, a las ocho; de vuelta, a las diez; más tarde, a la hora del lunch, luego a las dos, a las tres de la tarde, a la hora de comida, a la hora de ir al teatro y a la hora de recogerse a la casa, el ruido característico de un motor poderoso cruzaba nuestra calle. Ruido, macizo, de anchos hombros, de cutis bronceado y frente ancha, unas veces con boina vasca y otras con un alegre sombrero



*Para el "Para Todos" de
Santiago de Chile
Antonio Moreno*

Antonio Moreno tal como es hoy día: autógrafo especial del famoso actor para "Para Todos"

de pita, pasaba Antonio Moreno, solo o con su esposa, nunca dos veces seguidas en el mismo auto, en una verdadera orgía de marcas y de colores.

Fué, pues, al primero de las gentes de cine que vi "de lejos", y casi el que he tardado más en conocer. Numerosas veces iba yo a un estudio en que Antonio Moreno había sido contratado como "leading-man", pero, generalmente, ya había terminado la película, o no trabajaba aquél día, o estaba en "location" a cien millas de Hollywood. Antonio Moreno se permite el lujo de no aceptar contratos por años con ninguna empresa. Su nombre aparece en la lista de los actores "free lancing", o sea libres para ser tomados por cualquier estudio. Y esto, que para muchos es una amarga situación de cesantía, siempre a la espera de un llamado o una proposición que suele tardar eternamente, para él es una comodidad. Acepta contratos por cintas, bajo sueldo semanal. Y cuando aún no ha terminado, ya tiene dos o tres proposiciones para ir a otro estudio a acompañar a otra actriz. Y este sistema le permite también, cuando no está de humor, no aceptar ningún llamado y tomarse las vacaciones que le dé la gana.



A los 41 años, Moreno sigue teniendo el aspecto de un galán joven

Su "manager" suele desesperarse. Le aguarda por las tardes en el Hollywood Athletic Club con un puñado de cartas de directores o productores, y una lista de llamados telefónicos. Pero Antonio Moreno suele tener señorial "spleen" latino:

—Contéstales que estoy trabajando. Me tiene contratado... ¡mi casa!

¡Y cualquiera se encanta viviendo en este palacio maravilloso que Antonio Moreno ha hecho construir sobre un punto estratégico, dominando toda la ciudad del celuloide, con miles de bungalows y casitas de tipo español esparcidas a su alrededor, y con el terso Silver Lake a sus pies. Y como si esto fuese poco, estos cerros y este sitio se llaman "Moreno Highlands" — tierras altas de Moreno — nombre con que las bautizara, por amor y por admiración, la esposa del actor.

Por fin, una tarde, de visita por los sets de First National, Mr. Charles West, director de publicidad de las producciones de John Mac Cormick y de su pequeña esposa Colleen Moore, me atajó para darme la noticia.

—Antonio Moreno está en el "sets" con Miss Moore. Atrápelo ahora... Y lo atrapé, a boca de jarro, entre un "full hand" y un "colour", jugando placidamente al póker en una pieza de hotel. Pero habrá que aclarar, además, que era un hotel en el "set", hecho con tan perfecta realidad que no faltaban ni los ascensores, ni el piso bajo con su gran hall, ni los corredores, ni los grooms yendo y viniendo.

En el cuarto del lado William Seiter — director en los estudios de First National y feliz esposo de Laura La Plante en su hogar — dirigía una escena có-

mico trágica de "El pecado sintético". Colleen Moore y media docena de colaboradores realizaban en aquel instante pericias escalofrantes. Se oían tiros de revólver, gritos, carreras, ayes de dolor, y, de vez en cuando, carcajadas cada vez que sonaba la voz de "Parar".

Contemplamos la escena un momento. Colleen, acompañada de una criada negra, miraba con horror a un hombre muerto, tendido en el suelo. Y al abrir, para huir, una puerta que daba a un pequeño cuarto ropero, caía desde allí otro muerto, aumentando el pánico y la confusión. La escena era espeluznante y se repetía una y otra vez, con no pocas protestas y cuchufletas por parte de los "cadáveres".

Nos fuimos, pues, al cuarto vecino. Y allí estaba Moreno. Esperamos dos minutos, y para suerte nuestra — no de él por cierto — comenzó a perder demasiado y, prudentemente, se paró del juego. Fué el nuestro un ataque a quemarropa.

Antonio Moreno respira salud, alegría. Parece uno de esos vascos de Zuloaga, imágenes perfectas del hombre sano de las montañas. Es el mismo que hace dieciséis años debutara sobre el lienzo en una película de un rollo con Mae Mash. Los años han hecho en él una mella insignificante que el make-up borra sobradamente. Y los ojos oscuros y saltos no han perdido la alegría ni la vivacidad de la tierra donde nació.

Habla un español sin acento, claramente, con ciertas pequeñas inflexiones americanas naturales en quien lleva veinticinco años hablando inglés. Atrae con su franqueza comunicativa, su aire infantil, su sinceridad. Nos sentamos

a charlar y desde el primer momento nos abre su espíritu, sus ideas, sus dudas y sus alegrías. Quizás en inglés piense y diga otras cosas, pero en la lengua nativa es el muchacho corre mundos tan español como el día en que retozaba por las colinas verdes de su patria.

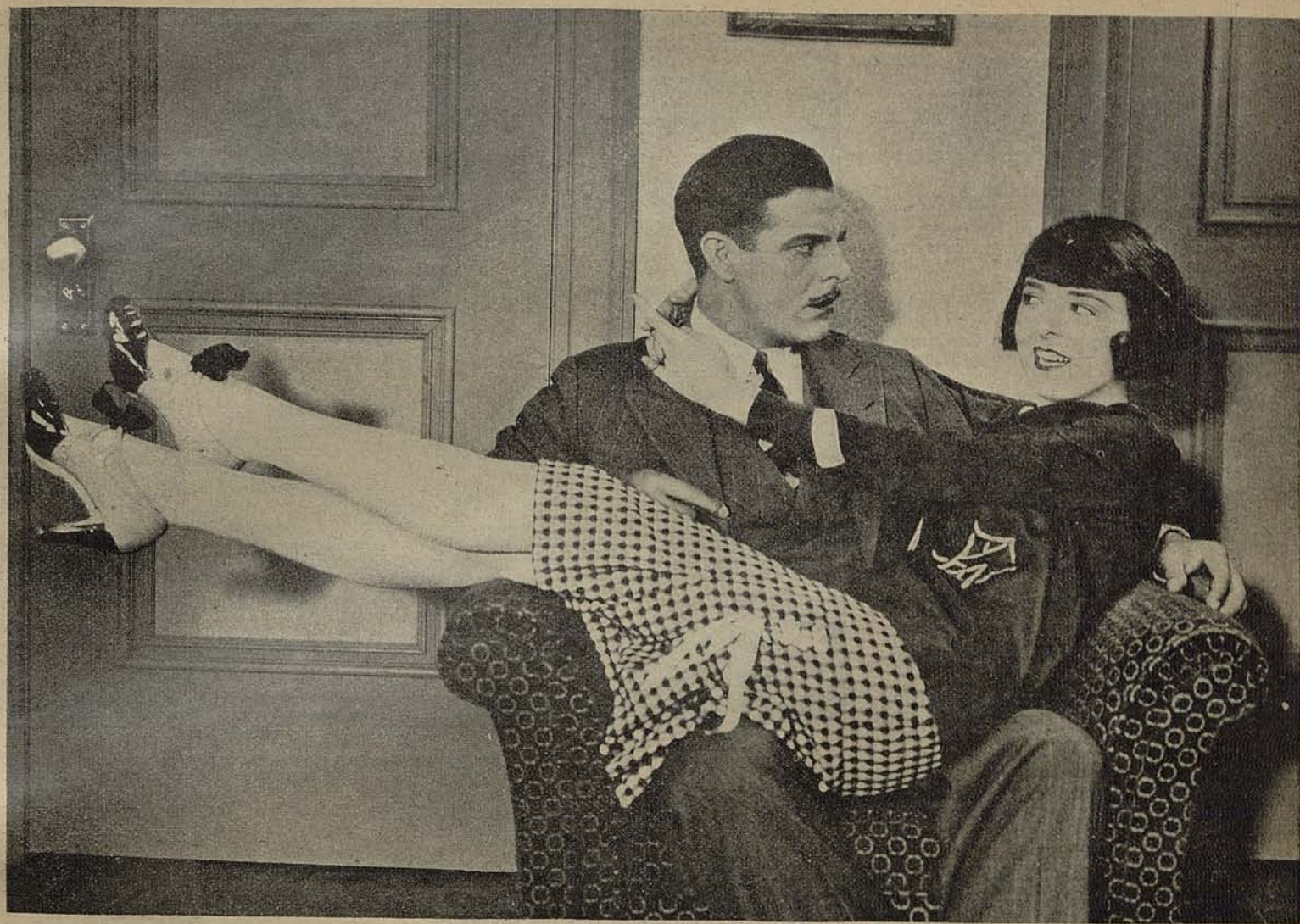
—Tengo un orgullo — nos dice. — Comencé antes que casi todos, llevo dieciséis años actuando de galán: he visto comenzar, luchar, triunfar y desaparecer muchos astros y muchas estrellas del firmamento cinesco. También nacieron después que yo comencé muchas celebridades de hoy. Otras y otros envejecieron y hoy hacen roles de carácter. En cambio yo continúo impertérrito siempre haciendo de galán...

—Suponemos que no habrá intervenido Voronoff...

—Yo tengo un Voronoff para mi uso particular... receta magnífica: aire, luz, vida tranquila, despreocupación. La amargura echárselas lejos, y andar siempre contento, con o sin razón. Yo lo he hecho siempre. Siento la felicidad de vivir, y la sentí cuando era pobre tan violenta como hoy que soy rico. Tengo cuarenta y un años — ni uno más ni uno menos — y espero que me quede aún para mucho tiempo...

—Es curioso que no haya olvidado usted el español.

—Llegué a olvidarlo... Usted sabe que, hace veinticinco años, cuando yo tenía dieciséis, un caballero americano me trajo de mi tierra a esta, para que me instruyese. Nosotros somos de sencillo origen... ¡y con cuanto placer declaro! Dejé a mi madrecita sola, durante ocho años estudié y trabajé en el ambiente neoyorkino, donde sólo



Una escena de "El pecado sintético", la última cinta de Antonio Moreno, con Colleen Moore, para First National

habla, se piensa y se oye inglés. Un buen día me dió por el teatro: me dijeron que tenía buena figura... ¡y me convencieron! Debuté en la compañía de Maude Adams, con una parte insignificante. Pero eso bastó para que me viese David Ward Griffith, ese Colón del cine americano, y me llamase para filmar un rollo junto a Mae Marsh. Desde entonces no he abandonado el cine.

—¿Y ha vuelto a España?

—¡Oh, sí! Hace pocos años fui a Europa para filmar "Mare Nostrum", con Alice Terry, dirigidos por Rex Ingram. Me fui directamente a España, a mi pueblo, a mi casita. Durante toda la travesía iba pensando en la alegría de ver a mi madre, en lo que iba a decirle, en lo que le habría de contar. Pero no había observado que lo estaba pensando todo "en inglés..." Llegué pues allá, de sorpresa, entré a mi modesta casita, vi a la viejecita sentada, como siempre, junto al calor del fuego, le quise hablar en español y no supe decir nada. ¡Pero me acordé de una palabra!:

¡Mamá!

Usted pensará que esto es imposible, pero le prometo a usted que es verídico. No podía pronunciar palabra. Ella comenzó a hablarme: yo no le entendía al comienzo, pero luego fui recordando, volvió a mí una faz olvidada de mi vida. ¡Y desde entonces volví a hablar el español! Gozaba después yo tanto con ello, que era para mí un placer charlar con los boteros de mi tierra, cuando filmábamos escenas con Ingram, y servir de intérprete para las instrucciones del director. Hubo momentos, en esa vida humilde y a todo aire de los pobres y pintorescos pueblos de pescadores de mi tierra, que envidié a esos hombres

y hasta tuve deseos de quedarme allí.

Antonio Moreno se abisma en recuerdos. Y luego, como hablando consigo mismo comienza una frase que termina, mirándose fijamente, mientras me pone una mano en el hombro, con sencillez y bonhomía:

—Ahora soy más feliz. Mi viejecita tiene una magnífica casa allá en su tierra, una casa que le hizo hacer Tonio, el hijo que se fué a correr tierras... ¡Usted y todos los hombres sabemos la felicidad de poder realizar una cosa como esta!

—En España deben tenerle mucho afecto!

—¡No lo creo...! ¡y me duele! Nosotros los latinos no perdonamos al que nos deja y se va a hacer su hogar en tierras extrañas. Pero ellos no deben quejarse. Cada uno busca su camino. Cuando yo volví a ver a mi madre me topaba a cada paso con los antiguos muchachos que eran mis compañeros de correrías, hombres ya, como yo. Todos tenían oficios humildes, vivían en las serranías, ocupados en la tierra, doblado el lomo al sol, ganando miserablemente unos pocos cuartos... ¿Por qué deben molestarse porque yo aspiré a más, corrí tierras, me instruí y me hice hombre? Todos ellos pueden ser muy felices, pero ninguno ha podido dar a su madre la casa que yo he ganado honradamente para ella en esta tierra.

Moreno sonríe pensativo.

—¡Ahora yo me he hecho ciudadano americano! Y después de haberlo practicado, lo he lamentado, porque creo que en España les ha ofendido este paso mío. Yo no quise molestar. Lo he efectuado sólo como una prueba de afecto a esta segunda patria mía, sin dejar de sentirme es-

pañol en mi sangre. Aquí en Hollywood me llaman "spanish don", "castillian", "spanish hidalgo"... y yo me siento orgulloso y feliz. Por lo demás, cuando hace años fui a mi tierra, jamás tuve tantas amarguras juntas que sufrir. En todas partes, todo valía el doble para mí: "Ese es Moreno — decían y tiene dólares... ¡pues que pague! Quise ayudar a un amigo y le ofrecí de que filmase como cintas de actualidades, mi viaje por mi tierra, sin cobrarle nada, para que él ganase. Y el día de comenzar, se apareció con media docena de artistas y una caja de make-up.

—Vamos a agregar una pequeña escena — me dijo hipócritamente.

—Oh, no — le respondí — por actuar como actor me pagan en Hollywood: aquí te trabajo gratis, pero no haciendo un tema...

El otro se dió por vencido. Se hizo la cinta — "Moreno en España" — y yo le pedí que me enviase una copia para mostrar en Estados Unidos las bellezas de mi terruño. El ganó muchos miles de duros, pero la copia la estoy esperando aún... Y muchas cosas más.

Cuando llegué a Madrid, quise visitar el Palacio Real, pero tampoco pude verlo, porque era español y ma como otros arno tenía tanta fatistas del cine, con apellidos sajones, a quienes se abrían las puertas hasta la Sala del Trono...



Exclusividad Max Glücksmann

Pero vuelve a Moreno la sonrisa alegre y dominadora.

—No soy rencoroso — dice mostrando la fila de magníficos dientes — quiero a mi terruño sobre todas las cosas... pero en mi vida privada y en mis negocios hago lo que me dá la gana...

Hablamos de su fantástica carrera cinéscica.

Comencé en Universal, el año 1912. Fueron dos películas. En seguida pasé a Vitagraph, siempre con Griffith. Estuve ocho años con esa compañía, primero en Nueva York, luego en Hollywood. Fui de los primeros en venir a instalarme a esta ciudad que era entonces una aldea y es hoy una de las metrópolis más importantes del mundo. Después pasé a Paramount por dos años: fué allí cuando actué muy a menudo con Gloria Swanson y con Pola Negri. Luego a Metro por otros dos años. En esta época hice mi viaje a Europa, que aproveché para filmar "Mare Nostrum" en España y "Madame Pompadour" en Londres. Y ahora aquí sin contrato fijo, un día en Universal, otro en First National y otro en Warner Brothers o donde me llamen, acompañando a rubias y a morenas...

—¿Cuántas películas en total?

—Desgraciadamente no he llevado la cuenta, pero no menos de 100; quizás más.

—Y considera usted alguna de ellas la mejor de todas?

—Sin duda alguna, "Mare Nostrum". O por lo menos aquella en que puse mayor unión, mayor entusiasmo. También "La tierra de todos", con Greta Garbo. Los temas de Blasco Ibáñez me entusiasman especialmente.

Y se nos ocurre entonces recordar que Antonio Moreno es quizás el único actor del cine americano que ha actuado con todas, absolutamente todas las estrellas famosas de la pantalla de Hollywood. Ninguna, ni aquellas primeras que desaparecieron, ni estas otras que aún permanecen, ni las jóvenes ni las novicias que entran a la celebridad, han dejado de tener en alguna producción, como rendido galán, a Antonio Moreno. El mismo nos ayuda a recordar.

—Muchas veces actué junto a Mary Pickford, en los comienzos de mi carrera, y también, en docenas de películas con Norma Talmadge. De las que ya no se habla más, me acompañaron más de una vez Mary Miles Minter, Clara Kimball Young, Theba Bara, Ruth Roland, Perla White, con quien hice aquella famosa "La casa misteriosa", Bessie Love, Mollis King, Mae Marsh, Geraldina Farrar y tantas más. Luego, de las que aún figuran, Constance Talmadge, Pola Negri, Gloria Swanson, Alice Joyce, Bebe Daniels, Olive Borden, Colleen Moore, Dolores Costello, Marie Prevost, Estelle Taylor, Norma Shearer, Marion Davies, Billie Dove, Clara Bow y otras más.

Se hace tarde. El director anuncia que no ocupará a Moreno ese día. Nos vamos hacia los "bungalows" de First



Antonio Moreno, Billie Dove y Nicholas Soussannin, en una escena de "Adoración", una de las últimas películas del actor español

National. En media hora Moreno se ha quitado el make-up, está listo en su fresco traje deportivo y nos trae hacia nuestra casa en su magnífico Rolls-Royce color amarillo.

—Esta es mi vida diaria — nos dice mientras serpentearnos por los cerros de Burbanks, evitando el tránsito intenso de los boulevares de Hollywood — el trabajo, luego a casa, raras noches al cine o al teatro. Y por las mañanas, sport, marcha a pie por los cerros, aire libre.

—¿No piensa usted descansar definitivamente?

—Aún no; me haría falta la vida de los estudios. Y eso que ahora se trabaja demasiado aprisa, se agota uno más, físicamente, y se gana mucho menos. Antes, cada película demoraba doce a dieciséis semanas: se trabajaba de 9 de la mañana a 5 de la tarde y se ganaban buenos miles semanales. Ahora los sueldos han bajado: hay muchos para competir... Yo gano actualmente cada semana la mitad de lo que ganaba hace cinco años, y esto es general. Además, ahora las películas se terminan en cinco o seis semanas, y se trabaja todo el día y muchas veces se sigue por la noche... Estamos en noviembre, y ya llevo cuatro cintas terminadas en este año. Y aún haré otra más. No creo, pues,

que me retiraré tan pronto del cine. No me siento viejo todavía...

Hemos llegado.

Antonio Moreno se despide de nosotros con un apretón de manos fuerte y cordial.

—¡Que nos volvamos a ver! — nos dice antes de alejarse — ya sabe usted, ahí arriba, cerquita, está la casa. Venga y hablaremos en español... ¡porque no quiero olvidarlo para escribirle siempre en él, a mi viejecita!

Y como un monstruo trepador el coche amarillo y lujoso del actor millonario, arranca cerro arriba, por la calle cuajada de jardines, llevando a este pastorcito de los verdes prados del Sur de España que trepó también, con tantos ímpetus como su máquina, la difícil ruta de la gloria y la fortuna, a puño y a hombro. Y mientras le observamos alejarse nos parece verle entrar al pórtico de su extraño castillejo, irrumpir alegremente en el amplio y severo hall, tirar lejos de sí, con alegría de muchacho, su boina vasca, parodiando con una carcajada, al mostrar su juventud, su potencia física, su vivacidad de montañés, su niñez de 41 años, la frase famosa:

—"España y yo somos así, señora..."

¿QUIEN MIRA MEJOR: EL HOMBRE O LA MUJER?

"Un consecuente aficionado a las estadísticas, del otro lado del Atlántico, ha establecido no hace mucho tiempo, después de precisos y documentados experimentos, que el sentido del olfato está mucho más desarrollado en el hombre que en la mujer. Ahora, según parece, se ha determinado que existe asimismo una notable diferencia entre la percepción visual del ojo derecho y del ojo izquierdo entre uno y otro sexo.

Si hemos de decir verdad, esta observación carece todavía del necesario espaldarazo de la más rigurosa ciencia, aunque si es cierto

que se apoya en las innumerables observaciones del decano de los alquiladores de telescopios entre los turistas que visitan Chamonix.

Este excelente hombre tiene por oficio desde hace numerosos años, acompañar a las caravanas de alpinistas que intentan escalar el Mont Blanc, y cuando algunos de ellos se muestran fatigados, les invita a que prosigan la ascensión hasta los más elevados picachos... mediante un magnífico telescopio.

Pues bien: a este hombre experimentado debemos la observación antedicha.

¿Cómo miran las mujeres y cómo los hombres? Según asegura aquél, de cada diez miradas, nueve cierran el ojo derecho y miran con el izquierdo. Los hombres en una proporción exactamente igual, miran de una manera enteramente distinta.

¿A qué se debe esta rareza? ¿A un ostensible espíritu de contradicción o a una diferencia de conformación fisiológica? El alquilador de telescopios de Chamonix no se atreve a contestar a esta pregunta de modo seguro, porque su experiencia no le ha permitido todavía formar una opinión.

Terminados brillantemente sus estudios, Pablo Adorzet se ha establecido de médico de barrio en París. Lleno de ardiente fe en sí mismo, creía que el trabajo, la voluntad perseverante y el sentimiento de su apostolado, le bastarían para triunfar.

Su precaria situación económica se ha agravado con un casamiento por amor. Durante los primeros años de lucha, Pablo y Juanita—a quienes sus amistades llamaban Pablo y Virginia—se amaron mucho, tanto, que nada echaron de menos. Pero poco a poco, menos deslumbrados ya por los resplandores de su pasión, diéronse cuenta de la miseria en que vivían, y las cotidianas pequeñeces de un hogar forzado a la economía marchitaron su felicidad.

Una noche de diciembre, cerca de la chimenea, en la cual se consume un fuego cuidadosamente conservado, los dos esposos trabajan: ella repasa ropa blanca, y él termina un artículo para una revista profesional.

Pablo (dando remate a su labor).—¡Ya está! Mañana entregaré este artículo y cobraré los cien francos que me han prometido. Eso nos ayudará a cumplir nuestros compromisos de Año Nuevo.

Juanita.—¡Afortunadamente!

Pablo.—Y a propósito. Aún no hemos contestado a la invitación de la señora de Serviére.

Juanita.—Responderemos lo de costumbre. (Con tristeza).

Pablo.—¿Qué no salimos? ¡No! ¿Por qué? Debemos salir. Las relaciones son las que hacen triunfar, y nosotros no nos movemos.

Juanita.—Yo no te lo impido.

Pablo.—¡Oh! Sin ti, ¿cómo?

Juanita.—Pues yo, no pudiendo presentarme de un modo conveniente, prefiero quedarme en casa.

Pablo (con tristeza).—En fin, que nuestra situación te hace sufrir y yo soy la causa...

Juanita.—¡Oh, no! Yo a ti no te acuso de nada. Tienes conmigo toda clase de delicadezas y atenciones, y no es posible que haya hombre tan constante en el esfuerzo como tú. Es que no nos ayudan las circunstancias... quizás porque nosotros no las ayudamos mucho a ellas.

Pablo.—¿Qué quieres decir? ¿Cómo he de ayudarlas?

Juanita.—No sé... Es una cosa que, más que del trabajo, depende de tu carácter. Los hombres no son santos, ni mucho menos, y ser demasiado puro en un medio tan corrompido, no conduce más que al aislamiento. ¡Oh! No es que te aconseje cometer malas acciones, pero sí vería con gusto que fueras algo transigente con ciertos principios... Que adoptaras ciertas actitudes... ¿Qué quieres! Debemos vivir con nuestro tiempo, y los hombres de hoy no son las soberbias encinas de un bosque, sino los flexibles juncos de un pantano.

Pablo (pensativo).—Sí, es cierto... Algunas veces he pensado en todo eso que dices, y debes de tener razón... Muy triste es, pero es así... ¡En este mundo no se puede ser honrado ni bueno! Yo procuraré... Haré todo lo posible para que tú no seas desgraciada...

Juanita.—Olvida lo que te he dicho. Seas como seas, tú eres toda mi vida...

Pablo (sonriente, cogiéndole las manos).—Vamos a ver, ¿cuánto necesitarías para ir muy elegante a la velada de la señora de Serviére y para que puedas relacionarte este invierno?

Juanita.—Con mil francos tendría suficiente. (Movimiento de asombro en Pablo. Ya ves...



El aguinaldo

por Miguel Provny

Juanita.—¡No te acusarán de multiplicar tus visitas a esa señora, no! Si ella no te llamara, nunca irías. Con la fortuna que tiene, ninguno de tus colegas obraría con tanta discreción. Estoy segura.

Pablo.—¡Es posible!

(Pablo toma el tranvía hasta la Magdalena y se dirige desde allí a pie hacia la calle de Auber, en una de cuyas casas habita la señora de Varde. En el bulevar encuentra al doctor Lafente, gran pontífice del bisturi, que gana trescientos mil francos al año, por descuartizar a la gente sin el menor escrúpulo).

Pablo (saludando con respeto).—¡Querido maestro!

Lafente.—¡Hola, Pablito! ¿Cómo va eso? ¿Se dirige usted a algún teatro, tal vez? Yo también. ¿Vamos juntos?

Pablo.—¡Oh, no! Voy a visitar a un cliente. El teatro, hoy por hoy, no está al alcance de mis medios.

Lafente.—¿Cómo es eso? ¿No va bien la profesión? Usted es inteligente... trabajador... ¿Qué le falta, pues, para alcanzar el éxito? ¿Suerte?

Pablo.—Quizá.

Lafente.—Pero tenga usted presente que a "esa señora" le gusta ser conquistada un poco por la fuerza y otro poco por las malas artes... (Después de una corta pausa). ¿Qué cliente es ese a quien va usted a ver?

Pablo.—La señora de Varde.

Lafente (con interés).—¿Cómo! ¿La viuda del financiero?

Pablo.—Sí. Está perdida; tiene un cáncer en el hígado.

Lafente.—¿Quién la va a operar?

Pablo.—Nadie; sería inútil... Es demasiado tarde ya.

Lafente.—¡Oh! ¡Eso no se sabe nunca! (Cogiendo del brazo a Pablo). ¡Caramba, caramba! Siento mucho su situación, amigo Adorzet... Me interesa usted, me interesa su simpático hogar, presidido por el amor... Sinceramente le digo que quisiera serle a usted útil...

Pablo (conmovido).—¡Gracias! Es usted muy bueno, querido maestro.

Lafente (que parece reflexionar).—¿Cómo podría yo...? ¡Ah, sí! ¡Eso es! Como es muy posible que usted tenga, o pueda tener, algún cliente que necesite operarse... si usted me recomienda, yo, desde luego, le cedo a usted en cada caso el diez por ciento de mis honorarios.

Pablo (turbado).—Pero... ¿a título de qué recibiría yo...?

Lafente (cínico).—¿Qué! ¿Le asusta a usted la idea de ser un comisionista... macabro? ¡Oh! No sería por ese concepto, precisamente... ¡Ya veo que es usted demasiado escru-



—¿Cómo podría yo?...

puloso, amigo mío! ¡No es de la suerte de quien debe quejarse!... Sería en concepto de ayudante mío... Ya sabe usted que en toda operación hacen falta médicos ayudantes... De ese modo, tendría usted perfecto derecho a una remuneración...

Pablo (dudoso).—El interés podría incitarme a decidir ciertas operaciones...

Lafente.—¡No, hombre; eso no! Es usted demasiado honrado para hacerlo... y yo para aceptarlo. Usted, amigo Pablo, tiene un poco la manía de ver en todas partes acciones reprobables. ¡No sea así! Crea usted a un viejo que le estima de veras.

Pablo.—Le estoy muy reconocido, querido maestro.

Lafente.—Entonces, hasta pronto, ¿eh? Le dejo a usted... Voy al Vodevil... ¡Ah! Y no olvide que adquiere una enorme responsabilidad no decidiéndose por la operación de la señora de Varde... Aunque no la llegase a curar podría alargarle algo más la vida... Es un delicado caso de conciencia... En fin, usted reflexionará... ¡Hasta más ver, Pablito!

(Lentamente, Pablo Adorzet llega a casa de la señora de Varde con el ánimo turbado, indeciso. Cierta secreta sollicitación le hace dudar de su deber. Prolonga su visita como nunca. Sale, por fin, de aquella casa un poco triste, pero su actitud contrasta con la anterior. Se comprende que ha tomado una resolución que, si bien le ha dejado algo descontento, le ha quitado el martirio de la duda).

(Algunos días después. En casa de Pablo Adorzet).

Pablo (dando un sobre cerrado a su mujer).—Mi aguinaldo de Año Nuevo.

Juanita (sorprendida).—¡Tu aguinaldo! (Rompiendo el sobre y viendo un pequeño fajo de billetes azulados).—¡Mil francos!...

Pablo.—Para que tengas vestidos, sombreros, abrigos... y estés muy bonita... y seas muy celebrada... y muy feliz...



—Y ¿cómo es que no me has hablado de nada de eso?...

La criada.—No, señora ha muerto...

(Pablo y Juanita se miran aterrados. Es una mirada intensa, que penetra recíprocamente en sus almas, descubriendo toda la verdad. Después de un grave silencio, dedicado a pensar en la que con su muerte le ha proporcionado la ahora triste alegría de aquel dinero, Juanita saca con mano temblorosa un billete del pequeño fajo azul y, tendiéndoselo a su marido, dice, gravemente):

Juanita.—¡Para flores! ¡De nuestra parte!

Juanita (estupefacta).—¡Mil francos!... (Saltando, inconsciente, al cuello de su marido). ¡Oh! ¡Querido Pablo! ¡Qué contenta estoy!... (Poniéndose de repente seria). Pero... ¿de dónde los has sacado?

Pablo (sonriendo).—No temas, no los he robado, mujer.

Juanita.—Pero... ¿cómo has ganado tan formidable cantidad?

Pablo (tratando de dar una explicación, muy embarazado).—Verás: es que... Lafente, después de operar a la señora de Varde... nos hemos visto a menudo... ¿sabes?... me ha demostrado mucha amistad, un gran interés por nosotros... Como hizo la operación por designación mía... ha querido recompensarme... y me nombró para celebrar una consulta en casa de un americano muy rico...

Juanita (viendo que miente).—Y, ¿cómo es que no me has hablado de nada de eso, tú, que todo me lo cuentas?

Pablo.—¡Mujer, quería sorprenderte!... (Después de una pausa). Pero no quieras amargar nuestra dicha. Tú no sabes hasta qué punto he gozado dándote esos billetes...

Juanita.—¡Bien lo he visto!

La criada (entrando).—Vienen de casa de la señora de Varde...

Pablo (desconcertado, interrumpiendo).—¿Qué pasa? ¿Me llama?...

señor. Vienen para decir al señor que la

PESANDO EL ALMA HUMANA

Uno de los más grandes experimentos que registra la historia es el de haberse pesado el alma humana. Un colaborador de la revista "Pearson's Weekly" cuenta que el Rey Carlos I de Inglaterra, profundamente interesado en las investigaciones médicas dirigió un macabro experimento practicado con la ayuda de un par de balanzas. Un hombre condenado a la horca fué pesado en la mañana de la ejecución. Cuando la última pena le fué aplicada se bajó el cuerpo de la horca y fué pesado otra vez.

El resultado obtenido de ambas operaciones fué levemente distinto: el cuerpo muerto pesaba menos que cuando aún, alentaba. Los que presenciaron la operación declararon solemnemente que Carlos tenía el honor de haber sido el descubridor del peso del alma humana.

En 1760 se hizo un experimento parecido, con una romana, en presencia de un auditorio de personas prominentes y de sabios, entre los que contaba el famoso escritor doctor Samuel Johnson. El principal actor de este drama fué un tal Oliver Humbard, quien, dándose cuenta de que se encontraba moribundo, se puso a disposición de los investigadores. Cuando se vió claramente que Humbard, estaba a punto de expirar se le colocó en la romana.

Habiendo atado el moribundo a la plataforma de la pesa, el auditorio se hizo atrás para observar con cuidado la oscilante balanza. Los estertores del agonizante fueron

haciéndose cada vez más débiles hasta que vino el silencio: había muerto. Reverentemente lo sacaron de la habitación, y pronto aquella reunión de sabios se convirtió en un verdadero pandemonium.

Algunos de los presentes juraban y perjuraban que habían visto la balanza moverse cuando la vida se extinguió en el sujeto; en tanto que otros, con igual vehemencia, testimoniaban que no había habido movimiento alguno. Aunque la mayoría de votos declaró que la balanza se había movido y que por lo tanto, el alma humana, pesaba, la controversia continuó por mucho tiempo. Todavía se conservan en Quadewater, pequeña ciudad de Utrecht, un par de romanas de brujas. Constituyen éstas una horrenda reliquia relacionada con la muerte en la hoguera de personas convictas de practicar la hechicería.

Hace cerca de doscientos años se creía en muchas partes de Europa que los sonámbulos estaban en comunicación con el Maligño por el hecho extrañísimo de que el sonambulismo hace que sus víctimas pierdan temporalmente parte de su peso. Cuando los "buscadores de brujas" descubrieron esto, los funcionarios encargados de desenmascarar a los hechiceros erigieron una máquina especial en la plaza del mercado.

Habiendo dado casualmente con un sonámbulo, los "buscadores de brujas" lo condujeron suavemente hacia la romana. Si la persona solía estar en ropa de dormir, se echaba un pedazo de cuero en la balanza para impedir que el frío del metal en los pies descalzos despertara al sonámbulo. Cuando la báscula mostraba que el peso era inferior a

lo normal, lo que invariablemente era el caso, la pobre víctima era despertada rudamente y arrojada en la prisión de donde salía para la hoguera.

SE NON E VERO

"Una nueva máquina que, según se dice, revolucionará la cirugía del cráneo, se ha expuesto en la Exposición Médica que se celebra en esta capital.

La máquina puede extraer un círculo de cráneo humano de cerca de una pulgada de diámetro en treinta segundos.

Puede utilizarse para "reparar" cráneos fracturados, y Ernest Williams, su inventor, espera que más tarde podrá perfeccionar la máquina para que pueda componer rótulas.

Los médicos conocen esta máquina con el nombre de disector trepanante, y funciona por medio de un motor eléctrico, el cual hace girar muchas sierras a una velocidad de 2.000 revoluciones por minuto.

La máquina elimina el peligro de los abcesos—dijo Williams—. Los poros de sangre quedan completamente libres, y después de una operación puede colocarse otro círculo de cráneo de igual tamaño y unirse por medio de una cuerda disolvente de tripa.

Se espera que la nueva máquina eliminará las piezas de plata para reemplazar a los trozos de cráneo y que eliminará también los sufrimientos producidos en los pacientes por la expansión y contracción del metal."

Al entrar en aquella oficina, llamó nuestra atención ver desocupada la mesa en donde, sin interrupción, don Alberto se había sentado durante once años.

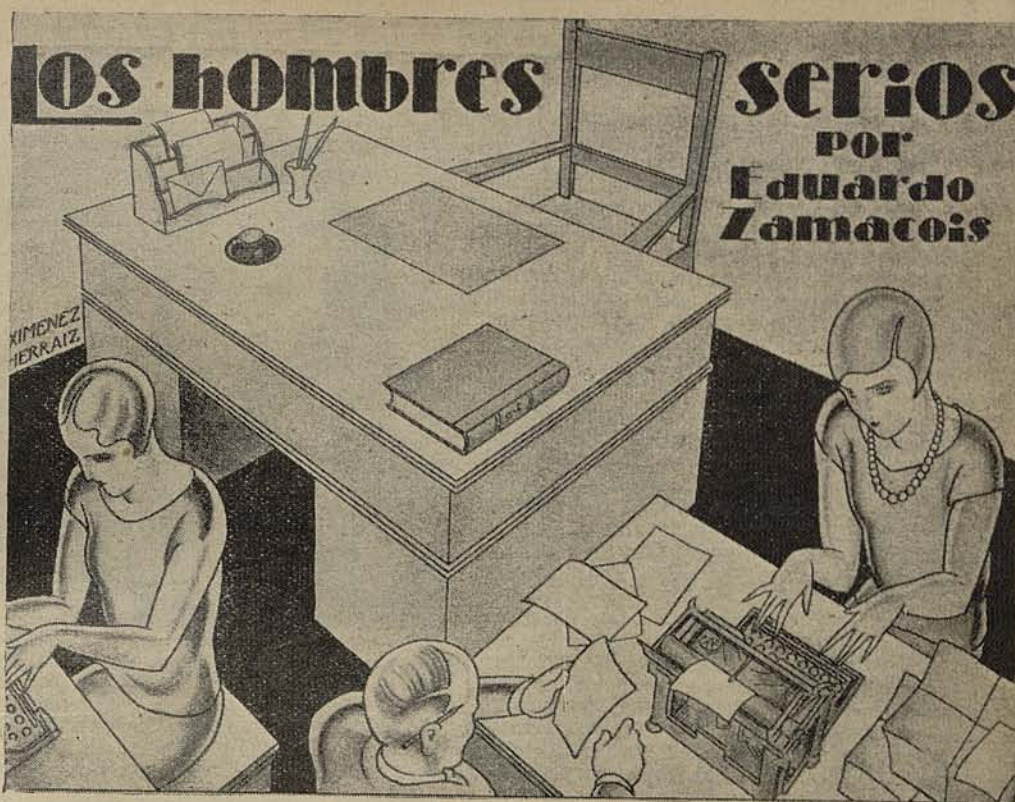
(Le llamaremos don Alberto...)

—¿No ha venido? — preguntamos.

—¿Pero, no sabía usted la noticia?— nos responden; — el pobre ha muerto. Anoche se marchó de aquí bueno y contento, y a las doce era cadáver. Una angina al pecho...

Don Alberto tenía el busto y la cabeza grandes, y las piernas muy cortas. Se peinaba hacia atrás y una barba negra y anacrónica enmarcaba su rostro orondo. Jamás estaba triste; reía fácilmente y, sin embargo, nunca debió de conocer la verdadera alegría. Su carácter ecuánime se transparentaba en la serenidad burocrática de su letra, y en su figura. Era pequeño, tranquilo, redondo y dulce: parecía un flan.

A los ojos de sus compañeros, don Alberto fué siempre un hombre formal: efectivamente, la puntualidad estricta con que acudía a su obligación, la ninguna prisa que, por las noches, tenía en retirarse, la atención minuciosa que dedicaba a los detalles, garantizaban su absoluta gravedad. La misma rapidez



con que entregó su cuerpo a la tierra acreditan su amor al orden. Otro individuo le hubiese puesto a su fallecimiento un prólogo más largo: lo corriente, "lo que hacemos todos", es aderezar nuestra hora postrera con una enfermedad de dos o tres semanas. Durante ese intervalo nuestras amistades hablan de nosotros, y tienen tiempo de reconocer nuestros pequeños méritos:

—Que se muere Fulano... que no se muere... que anoche se agravó muchísimo... que hoy ha amanecido un poquito mejor...

Creyérase que, en los umbrales augustos de la Muerte, la Vida va y vuelve, se recoge la falda, se entrega, se defiende, coquetea, en fin, como una mujer. Don Alberto no hizo nada de eso. Este hombrerito esférico, chiquitín y cumplidor de sus deberes, mantúvose sano — sano, al parecer — hasta el último instante. A las doce menos cinco minutos de la noche estaba riéndose, y a las doce y cinco minutos ya estaba frío. ¿No le había llegado la hora de morir? Pues, a morir en seguida. Murió con la diligencia, con la impassibilidad con que hubiera podido sentarse a escribir una carta; fué el fallecimiento rápido, sin aspavientos ni agonía, que correspondía a un hombre serio.

Luego supimos que don Alberto, a quien creíamos solitario y misógino, dejaba varias viudas tras sí. Una, su mujer legítima, a quien abandonó hacía muchos años; otra, una amante de quien hubo un hijo, ya mozo, y la tercera, una señora pensionista cuyo hogar compartía y con la que asimismo tenía familia. Al divulgarse estas intimidades, los compañeros de oficina de don Alberto no acababan de maravillarse. ¿Era posible? ¿Qué grafólogo hubiese llegado a sospechar, bajo la serenidad caligráfica de aquel hombre, una existencia sentimental tan turbulenta?...

—¡Por eso no quería que nadie fuese a verle a su casa! — exclamaban unos.

Y todos:

—¡El hipócrita!... ¡Tener tres mujeres un individuo así, una especie de enano, que parecía un hombre en apócope!...

Este caso reafirma la desconfianza que siempre nos inspiraron "los hombres serios". ¡Ah!... ¡Si las mujeres, frívolas y por lo mismo devotas de lo periférico, de lo aparente, conociesen todas las exaltaciones tempestuosas, todas las locuras de novela y de drama de que son capaces "los hombres serios", ellos serían los preferidos!... Pero nuestras dulces enemigas ignoran esto, y gracias a su error muchas se salvan.

Las pasiones son las llamas en que nuestro corazón se tuesta, y rugen en nosotros como el fuego bajo la tierra. El deseo — aquí un recuerdo a Sudermann — es un sarampión del alma, una crisis inevitable, una dolencia que todos, quien en la mocedad, quien en la vejez, han de pasar. Esa fuerza informa cuanto surge en nosotros de pintoresco: ella constituye la rebelión, la osadía, la aventura, el capricho, la poesía lírica: ella nos induce a viajar y nos acerca a las mesas de juego; por ella caemos en los paraísos artificiales del alcohol, y solemos colocarnos fuera de la ley, y, olvidando el Decálogo, distraernos la mirada en la mujer del prójimo...

Un recuerdo de Beau Brummell

Quien que se precie de culto y elegante (aunque ambas cosas tenga el buen gusto de no exteriorizar extemporáneamente) no ha oído hablar o no ha leído algo de aquel caballero británico que respondía a los sonoros nombres de George Bryan Brummell, más conocido por el "Bello Brummell". Creemos que todos los "impecables" y los sastres del mundo habrán tenido un recuerdo para el gran sacerdote de la moda masculina que nació hace 150 años, y del cual dijo Lord Byron "que prefería ser Beau Brummell que el Emperador de los Franceses".

Fué el iniciador de esta era de sobriedad en la indumentaria viril, acabando con los colorines que caracterizaron las modas en los últimos siglos, en Europa. Era este dandy inglés partidario de que lo verdadero *chic* no debía de ser llamativo, y su mandato, pasando por los años del romanticismo de Byron y de Musset, ha llegado hasta esta era de radio y de jazz-band.

Desde 1780 al 1790 y algunos años después, la ostentación era la divisa de los elegantes, cuando un Príncipe de Gales gustaba del rojo para todo. Este heredero de reyes en su primer baile de corte, apareció ajustado dentro de una chaqueta carmesí con chaleco bordado y tocado con un sombrero que ostentaba 5.000 cuentas de acero. En la Cámara de los Lores lució sus rojos tacones y casacas adornadas de rojos alamares. Eran días en que la juventud londinense gustaba de grandes rizados en el pelo, sombreros pequeños, pantalones estirados, bastones de borlas, abanicos, manguitos, perfumes fuertes y encajes al por mayor.

En 1795 la influencia "après la Revolution", saltando el Canal se dejó sentir en la capital inglesa. Desaparecieron las pelucas empolvadas, los perfumes, los colorines, y se inició la era de los grises topos, los beige y los azul prusia. Fué en esos lejanos días cuando Brummell empezó su dictadura, que tanta influencia tuvo en el resto del mundo.

Amigo íntimo de un prínci-



Beau Brummell con su primer cuello almidonado.

sus cuellos casi tapaban los carrillos y se dice que tenían como un pie de alto. (?)

En sus días de pobreza y decaimiento sólo usó corbatas negras, quizá por economía.

He aquí en cuatro cuartillas lo que recordamos del elegante inglés que fué nieto de un hostelero e hijo de William, amanuense de Charles Jekinson, el Lord del Tesoro, Secretario de Lord North en los doce años que éste fué Primer Ministro, casado "ventajosamente" y que, al morir, dejó a George y sus dos hermanos una herencia de 30.000 libras esterlinas a cada uno.

George Bryan Brummell murió pobre y olvidado. Algunos fieles amigos pagaron sus últimas deudas, a algún sastre de baja categoría y a su lavandera.



Brummell en un baile elegante (El es el caballero todo de negro)

LOS HOMBRES SERIOS

(Continuación)

Hay personas que, desde el primer momento, dejan evaporarse las energías de esa hoguera íntima por todas las válvulas: esos individuos se acostarán tarde, frecuentarán los bailes, cumplirán mal en su oficina, descuidarán las prácticas religiosas, serán enamoradizos, insolentes y bravucones, escupirán por el colmillo y llevarán el sombrero sobre una oreja.

El vulgo les teme y murmura de ellos.

—Mengano es un trueno, un huracán, "una bala perdida", —sentencia.

El vulgo se engaña: ese Mengano, precisamente porque se disipa y extenua en pequeñas locuras, nunca será capaz de una gran locura; ese Mengano, porque quiere a todas las mujeres, es lo bastante egoísta para no sacrificarse a ninguna mujer; ese Mengano es como el pirotécnico que gastase en cohetes toda su pólvora. ¿Cuándo un "profesional del amor" se suicidó por contrariedades sentimentales? Nunca. Son, al

contrario, los ordenados, los reconcentrados, los castos, los que se matan; Mengano, no...

También suele acontecer que Mengano sea un empleado excelente, modelo de esposos y padre ejemplarísimo.

—¿Y entonces — les preguntamos — a qué vienen esas apariencias de calavera y de perdonavidas?...

Pues, la verdad, esas simulaciones no responden a nada interior; son puramente formales, epidérmicas; el pobre Mengano se satisface con que sus vecinos y camaradas de oficina le crean un ciudadano peligroso; Mengano trabaja como un mártir para alimentar a sus cinco hijos y a dos cuñadas viudas que tiene recogidas; a Mengano le riñe su mujer... ¿Por qué, pues, prohibirle que, yendo por la calle, adopte actitudes de jaque y lleve el sombrero en equilibrio sobre una oreja?... Esos gestos inofensivos son su fantasía, su airón, la válvula por donde su fuego interior, baldiamente, va escapándose...

JURAMENTO

Era una obsesión de Rodrigo Maya: él había de morir pronto, dejando viuda a su querida Leonor, quien, tan linda, tan elegante, tan joven, casaría otra vez, yendo a caer en otros brazos.

—¡Qué tonto, Rodrigo! — protestaba la esposa aquella tarde. — Tú estás fuerte, joven, con salud... ¿Por qué esa manía de hablar de muerte?

Con la cabeza del marido recostada en la dulce almohada de su seno, Leonor tranquilizaba a su compañero, con quien la unían cin-

co años de matrimonio. Decíale que no se afligiese con la idea de que ella se volvería a casar cuando él muriese. Su nombre, ella lo guardaría eternamente, a través de toda la vida.

Y mientras le hablaba, ibale apretando la cabeza ligeramente agrisada, contra su perfumado escote.

—¿Y si te casaras? — dijo el marido.

—No me casaré, no hijito, ¡Quédate tranquilo!

—¡Júralo entonces!

Con los lindos ojos fijos en el techo, donde el "abat jour" danzaba, mecido por la dulce brisa del campo, la moza pronunció entonces aquel juramento sublime.

—Por las horas que son yo te juro mi marido, que podré quedar viuda cinco, diez, veinte, veces, ¡y no me casaré nunca!

Y besándole los cabellos entremezclados de plata, bajo los cuales los pensamientos ya se quedaban tranquilos, agregó:

—¿Estás contento ahora, mi negro?

—Anita Piolet..., trece años; vivo en el pasaje de la calle de los Boulets, allá a lo último...

Le aseguro a usted que no miento, señor comisario. Dicen que represento quince, ya lo sé; pero cumpliré los trece el día de Todos los Santos. Estoy muy alta, es cierto... Además, las penas envejecen a una mucho. Desde que murió mi mamá, la primavera pasada, no cese de trabajar un momento, de coser, de bregar, de limpiar la casa y de andar mucho por la calle... Blanca, que es muy formalita, me ayuda cuando sale de la escuela. Félix también es un buen muchacho, y la maestra de la maternidad está contenta de él... Pero Manolito, en cambio, me ocupa desde la mañana hasta la noche. Como apenas tiene los dos años... ¡Y es tan listo y tan travieso...! Y que no hay que meterle los dedos en la boca para hacerle hablar; ¡tiene unas ocurrencias...!

Me quiere mucho y no hace caso más que a su mamita, como me llama. Papá no puede conseguir que le obedezca. Le



tengo todo el santo día pegado a las faldas. Si le regafío, se pone de rodillas; si me ve llorar, empieza a hacer pucheros. Andaría de cabeza si se lo mandase.

—Sí, ya lo sé, señor comisario; me han cogido cometiéndolo la falta, no lo niego... El señor agente le ha dicho la verdad; pero déjeme usted explicarle qué es lo que me ha obligado a hacer lo que he hecho. Así, tal vez sea usted menos severo conmigo, y... Dispénseme que lllore delante de usted, pero no puedo remediarlo... Si papá llega a saber lo que he hecho, estoy segura de que me mata.

Papá no es malo. En vida de mamá era muy bueno para todos nosotros... Pero después ya fué distinto; le dió por beber. Cuando sale de la panadería se mete en la taberna de al lado; después de almor-

zar vuelve allí otra vez a jugar a la malilla. Debe de haber sido la pena la que le ha vuelto así. He intentado varias veces impedirlo yendo a buscarle a la salida del trabajo. Al principio pude hacerle ir a casa algunas veces, pero des-



¡Qué Rico Aroma!

El JABON de ROSS, por la pureza de sus ricos ingredientes, es el indicado para mejorar notablemente la condición del cutis y se ajusta perfectamente a los requerimientos de la piel tierna y delicada de los niños. Después del baño, con este exquisito Jabón el cuerpo exhala el persistente y rico aroma de fragantes flores.

Calidad superior, precio módico.

De venta en las Farmacias
y Perfumerías.

M R
JABÓN DE ROSS

Certificado Puro

MEDICINAL É HIGIENICO =

The Sidney Ross Co.—Newark. N. J.

pués ya no quiso hacerme caso y casi llegó a pegarme. Todas las semanas su amo le da cuarenta y nueve francos, porque eso sí, es un buen oficial. Me da veinte y lo demás se lo gasta en vino y tabaco. Lo que más me apura es que ha contraído deudas en las tiendas del barrio. Lo supe la semana pasada.

En fin, es una suerte que papá sea panadero, porque el pan no nos falta nunca; con las dos libras que lleva a casa tenemos lo suficiente. Yo voy a la Comisaría los martes y los sábados; pero lo que más caro cuesta son los comestibles y la leche. Hasta aquí hemos ido arreglándonos con los trajes que nos dejó mamá y que yo voy remendando...

Sí, señor comisario: voy a contárselo a usted todo. Esta noche, después de cenar, cuando Blanca y Félix estaban ya acostados, desnudé a Manolito. Teníamos dos habitaciones; en una duerme papá con mi hermana y mi hermano, y Manolín y yo dormimos en el corredor; yo quiero estar cerca de él por si despierta por la noche, diciéndome: "Mamita: quiero lele". Le doy una taza templada y vuelve a dormirse en seguida. Bueno: cuando le hube desnudado, Manolín cogió uno de sus zapatitos y lo puso junto a la chimenea, con una cara tan seria y tan convencido de lo que hacía, que era cosa de morir de risa. Después se colgó a mi cuello, como de costumbre, me dio un par de besos y me dijo:

Buenas noches, mamita... ¿Sabes que esta noche bajará el Niño Jesús por la chimenea y pondrá un paquete en el zapato de Manolín?

Yo me quedé con la boca abierta. ¡Ya ve usted una criaturita de dos años!... Y es que algunas veces le dejo jugar con unas niñas de la vecindad, algo mayores que él, y ellas se lo habrán dicho; no puede ser otra cosa.

Le acosté, y le volví a besar, y vi que estaba muy contento. Entonces se me saltaron las lágrimas, porque yo no podría comprarle el juguete de Navidad. Papá no cobra hasta el domingo por la mañana y no había ni un céntimo en casa. Me cogió desprevenida. Si el día de Navidad hubiese caído este año en cualquier otro día de la semana, yo no me hubiese apurado... Toda la desgracia ha consistido en esto, señor comisario. Estuve una hora pensando, pensando... Me ardía la cabeza... Corrí a la taberna: papá acababa de salir. Fui a la tahona y esperé veinte minutos. Cuando salió le llevé aparte y le expliqué la cosa en voz baja... Aquel día debía haber bebido mucho, pues nunca le he visto tan incomodado, y gracias a que eché a correr, si no, me

hubiera pegado. Entonces me dirigí al boulevard... sin saber a donde ir... Iba llorando, y las gentes que pasaban volvían la cabeza para mirarme. Tuve que contenerme varias veces para no pedirles una limosna. Tal vez algunos de ellos me la hubiesen dado, pues todo el mundo iba contento. Pero eso de pedir limosna debe ser una costumbre muy difícil de adquirir... No me atreví a hacerlo... ¡Y a pesar de eso, poco después me atreví a hacer una cosa mucho peor!

Sí, señor comisario: anduve rondando alrededor del bazar desde las diez hasta las doce de la noche. Empezó a nevar y tenía los pies como el granizo... Había muchísima gente. Me empujaban continuamente y me daban pizotones y codazos; pero yo no me acobardaba y no hacía más que mirar las muñecas. La más cara estaba vestida de raso y encajes; valía cuatro francos cincuenta céntimos; pero yo, como puede usted figurarse, sólo me había fijado en la más barata, que costaba un franco cuarenta y cinco céntimos. Es la que yo hubiese querido para mi manolín. Me figuraba la cara de alegría que pondría al despertarse. Era una locura. ¡Pobrecillo! Mañana no tendrá a su mamita para vestirle... si ustedes me encierran aquí, como me ha dicho el señor agente.

Les juro a ustedes que es la primera vez que hago una cosa así.

Me acuerdo de que una señora muy elegante bajó de un coche, escogió muchos juguetes, con los que hizo un gran envoltorio para meterlo en su coche. Me abrí paso entre la gente y corrí hacia ella para contarle lo que me pasaba y suplicarle como se suplica a la Virgen y a los santos: "¡Señora... por piedad!..." Pero llegué tarde: ya había cerrado la portezuela.

Llorando volví al sitio donde estaban las muñecas... y no puedo darme cuenta lo que pasó por mí... El zapatito de Manolín se me puso ante los ojos... Perdí la cabeza... cogí el juguete, me lo escondí entre las faldas y corrí como una loca, sin sentir el temor ni la vergüenza de una ladrona... Sólo oía la voz de Manolín al despertar que me decía: "¡Mamita, mamita!..." ¡Dios mío qué contento se hubiese puesto!

—Toma: aquí tienes diez francos para comprar juguetes a tus hermanitos y llévate la muñeca de Manolín... Pero prométeme que serás honrada y buena siempre.

—¡Oh, señor comisario!... Puede estar bien seguro de ello!... Honrada y trabajadora, eso es lo que me recomendó mamá antes de morir... Gracias, señor comisario, gracias con toda mi alma!... ¡Pobre Manolín!... ¡Qué contento se va a poner!...



—¿Sabes que esta noche bajará el Niño Jesús?...

GUY DE LA MIODE

EL CABELLO HUMANO TIENDE A ENNEGRECER

"El naturalista De Candolle, estudiando la interesante cuestión de la diferencia del color de los ojos en la raza humana, ha clasificado los ojos en dos grandes categorías: oscuros y azules. De ello vendría a resultar que las mujeres tienen los ojos oscuros en mayor número que los hombres, aunque de un tinte ligeramente más claro. De cien sujetos observados, cerca de ochenta tenían los ojos del mismo color que los de sus progenitores; y en quienes ese tinte se diferenciaba, era en cambio igual al tinte de los ojos de sus abuelos.

Cuando los hijos nacen de padres cuyos

ojos son diferentes, heredan con más frecuencia el color oscuro. De generación en generación, el número de personas con ojos oscuros aumenta sensiblemente. Este hecho es análogo al resultado obtenido con relación al color del cabello. Se ha observado, y es notorio, que en casi toda la Europa, comprendiendo las mismas naciones septentrionales, el cabello tiende a oscurecer: disminuye sensiblemente el número de los rubios y aumenta el de los oscuros.

De Candolle admite que el contraste de los colores constituye un atractivo, y lo confirman, antes que cualquier otro antecedente,

las estadísticas sobre el matrimonio: las mujeres con los ojos azules o cerúleos prefieren a los hombres con los ojos oscuros, y aquellas que los tienen oscuros manifiestan explicable debilidad por el sexo masculino de ojos azules o grises. Y es curioso comprobar cómo es más frecuente aún el hecho de que las personas con los ojos oscuros se casen más fácilmente entre sí, que pudieran a su vez hacerlo las de ojos claros.

Haciendo las consideraciones debidas, parece, sin embargo, que los ojos de color oscuro predominan con cierta preponderancia sobre los azules, cerúleos o grises."

PROXIMOS CAMBIOS EN VESTIDOS

El vestido largo se ha convertido en terror de la mujer, y no era posible obligarla a desprenderse del traje corto, cada día más corto, para soportar las molestias de la falda larga; pero como la moda no quiere quedarse paralizada a principios de la estación ensayó una



Vestido estilizado con adorno de malla y volantes.

creación completamente nueva, habiendo obtenido feliz resultado, porque ha creado justamente lo que necesita la mujer moderna. La empresa era ardua, pues se imponía hacer algo superior al encanto de la falda corta, que las hace felices, y el arte modisteril ha encontrado el ideal para conquistar a las más aferradas a la moda corta.

Es evidente que los modelos nuevos no imperarán el próximo Carnaval, pero indicarán la transformación, y con ello se podrá afirmar que esta tendencia será la moda, la gran moda de la temporada. Los modelos que nos ocupan se estilizan y van aproximándose al disfraz: estilizar el traje es interpretar el deseo de la mujer elegante que ansía dar a su figura la esbeltez soñada. Casi podría decirse que los nuevos modelos se presentan algo grotescos; pero es exacta interpretación del gusto femenino, puesto que no sería fácil ajustar el traje a mujeres que hace cinco años viven en completa libertad.



Artigas

Atento siempre a las menores exigencias
de la moda ha creado

NUEVOS MODELOS



que completarán sus regias toilettes.



PIDA EL NUEVO CATALOGO



En el día despachamos los pedidos de
Provincias.

Casilla 3432
LA FLORIDA
PUENTE
502

TRAJES DE HOY Y DE MAÑANA

París, Setiembre de 1928.

Entramos en el casino y nuestra vista se queda maravillada ante esa exhibición de muselinas, tules, encajes. Forma todo ello como una nube vaporosa. Es increíble lo que estas ropas sutiles y tenues pueden haber conquistado el favor de nuestras elegantes.

Los encajes finísimos y de trama diminuta, colocados sobre los hombros y los brazos desnudos, son de una elegancia personalísima. Su sencillez véase realzada, las más de las veces, por una enorme flor roja, colocada sobre el hombro o en el talle. Vemos uno de estos vestidos, de Alencon negro, adornado por diminutas florecillas de guisantes de olor. Este detalle es de una delicadeza y buen gusto realmente femeninos.

Los encajes castaños y amarillos, que tanto gustan, reproducen el estilo de la "toilette" ganadora en el concurso de elegancia, y luego tenemos el color blanco, que nos conquista en seguida por su luminosidad, tal vez por ser en esta temporada tan pródigo el sol.

Hablemos aún un poco de estos vestidos nacidos al morir el verano. Muchos de ellos están formados por una especie de "fourreau" de "lamé" que viste la silueta y del que se escapa como una mariposa el vestido de tul.

Las mangas, ceñidas y ajustadas hasta el codo, van ensanchándose hasta sentir la caricia de la mano.

La transparencia del tul deja adivinar la silueta seductora, lo que es de muy buen efecto.

Muchos de estos vestidos se hacen con "faille" y satin antiguo, prestándose así a bonitos efectos de luz y de sombra, y se les añaden unos colgantes irregulares siempre opuestos a los de los "fourreau". El vestido suele ser de un color oscuro; en cambio, el "fourreau" se hace empleando colores vivos e impresos. Un movimiento, un gesto, son suficientes para que

los "panneaux", al entreabrirse, nos muestren seducción de los colores imprevistos.

Al lado de estas toilettes suntuosas vemos la nota sencilla y alegre de trajes de jersey, para los que se han escogido graciosamente colores atrevidos como el verde manzana, el amarillo canario, violeta y rubí. Excentricidades de buen gusto bajo la cálida sonrisa del sol.

Hemos visto también un vestidito encantador, de "shantung" color arena, junto con una chaqueta corta de terciopelo negro. Este conjunto, sin pretensión, resultaba de una elegancia sencilla y sobria.

Otra idea "chic" es la de las chaquetas de colores claros, llevadas sobre faldas de terciopelo o de satén oscuro. El gusto personal tiene la ocasión de manifestarse, y vemos, por ejemplo, combinaciones tan acertadas como son las de una chaqueta de "moiré" rojo sobre una falda de satén negro, o bien la chaqueta gris sobre falda de terciopelo azul marino.

Se llevan muchos "carriks" color "mastic", y arena sobre faldas negras, azules o bien color tabaco.

Como verán nuestras lectoras, todo es oposición de colores y ropas para obtener efectos sorprendentes.

Los "jerseys" con hilos de oro o plata continúan viéndose mucho combinados con terciopelo inglés o terciopelo de algodón; creemos que será éste el vestido que obtendrá mayores sufragios la temporada próxima.

Los primeros abrigos de noche que hemos visto son sencillamente espléndidos.

El terciopelo por un lado y el "lamé" por el otro, forman un conjunto muy acertado. Las pieles blancas sobre el negro del terciopelo serán la combinación favorita.

Algunos abrigos esconden las pieles en su interior y forman pelliza. Las capas rectas con un canesú, que se adapta exactamente a la forma de los hombros, obtienen también su parte de éxito.

PALIQUESES FEMENINOS

Una novia en vísperas de casarse nos pregunta: "¿Sigue siendo costumbre enviar con la participación de enlace lujosos platos o cajas de dulces a las personas que hicieron algún regalo de bodas a los esposos?"

No; esa costumbre ha ido desapareciendo, aunque era bonita, por su delicado simbolismo.

Otra lectora desea saber a que normas debe atenerse en su casamiento una señorita de "cierta edad", verdadero problema, según ella, para no caer en el ridículo.

No hay tal problema, respondemos, puesto que basta atenerse a las mismas reglas que si el casamiento fuese de una señorita viuda. Y, a fin de tranquilizar a nuestra consultante, concretaremos algunas de las reglas. La novia "de cierta edad" no llevará corte de honor, y vestirá un traje serio, en relación con la edad de ambos desposados. Es cuestión de tacto y de buen gusto, sencillamente.

Si la novia ha cumplido los cuarenta, la boda debe celebrarse en la más estricta intimidad, sin banquete ni baile, desde luego. Su vestido podrá no ser negro, pero nunca blanco, sino de un tono discreto. Y a tono con el vestido, como si dijéramos, deben ser sus actitudes y sus modales antes y después de la ceremonia. De esa manera, no habrá "situación difícil" para ella ni menos razón para temer al ridículo.

El casamiento de una viuda, sobre todo si es una mujer de "cierta edad" también, acaso exija mayores preocupaciones para dar la nota adecuada y exacta en ese momento, un poco difícil... aunque tratándose de una mujer inteligente y comprensiva, tampoco habrá problema. Sin embargo, conviene ex-

poner algunas normas respecto de esos enlaces especiales. Por ejemplo: la novia en este caso conservará la sortija de su primera boda, y llevará por lo tanto, dos al altar. ¿Y si tiene hijos de su primer matrimonio? ¿Qué papel corresponde a estos en el segundo enlace de su madre? Hacer acto de presencia en la ceremonia y ocultar, desde luego (si la experimentasen), la contrariedad que pueda producirles el casamiento.

Como hemos consignado más arriba, en esta clase de bodas no hay después baile, ni "lunch" y tampoco son los esposos los que visitan primero a sus amistades sino estas últimas las que están obligadas a visitarlos. Nos referimos, naturalmente, a las personas (deben ser contadísimas e íntimas) que fueron invitados al acto de enlace. Y respecto de la actitud que una novia en esas condiciones debe observar, no admite, y harto se comprende, reglas de ninguna clase, salvo una: mostrarse en todo momento con un tacto exquisito y con plena conciencia de su situación. Naturalidad, seriedad, tampoco extremada, y cordialidad, sin efusiones ni alardes juveniles. Con su prometido y esposo después, la misma naturalidad afectuosa, pero seria (en público es claro), a tono siempre con la edad y las circunstancias de ambos. Desde luego, él debe mostrarse del mismo modo, y sin asiduidades y ternezas ridículas siempre, pero doblemente ridículas en unos desposados de "cierta edad".

Lo que no obsta, al mismo tiempo para que con esa "cierta edad" puedan ser todavía muy dichosos. ¿Por qué no?

El Amigo TEDDY



ANTES DEL BAILE

Para triunfar, en verano como en invierno, en los torneos de elegancia y forzar la atención con el poder de vuestros encantos, *no basta, señora, ser bella.*

Debéis también prevenir las consecuencias de la transpiración, destructora de vuestros trajes más preciosos y cuya menor manifestación o revelación heriría de muerte a toda vuestra seducción.

¿COMO? Pues, sencillamente, adoptando el

OMNIDROL

M. B.

PARIS

jalea vegetal perfumada, desodorizante, de uso fácil y agradable (al acostarse) y apropiada al cutis más delicado. Este maravilloso producto, empleado por nuestras artistas más lindas y millares de mujeres elegantes, goza a la vez del favor del Cuerpo Médico.

El "OMNIDROL" no mancha, no engrasa; es absolutamente inofensivo y suprime la transpiración y sus lamentables consecuencias. malos olores, toilettes estropeadas, etc.

De venta en todas las boticas, peluquerías y perfumerías bien surtidas.

Un tubo de muestra os será enviado contra \$ 1.00 en estampillas para gastos de franqueo, si lo pedís a

SALAZAR & NEY

Agentes exclusivos

Casilla, 1034.—Arturo Prat, 221.

SANTIAGO.

CORREO DE HOLLYWOOD

Porteña.— Esos datos sobre Jorge O'Brien son absolutamente falsos. Es hijo del jefe de policía de San Francisco, quien vive lujosamente en esa ciudad, tan lejana de Hollywood, O'Brien vive en un departamento del Hollywood Athletic Club y todos piensan que jamás se casará.

J. H.— Ramón Novarro está filmando la cinta "El Pagan" en los estudios de Metro, para en seguida irse a Europa por seis meses y debutar en el rol de Mario Cavaradosi, en Tosca, en un teatro de Berlín.

Morena.— Siento mucho, pero no todos los actores mandan retrato, porque eso les ocasiona gastos, y además, cuando no están bajo contrato firme con el estudio, éste no se preocupa de contestar las cartas.

Preguntón.— Un actor joven, como Roland Drew, que usted vió en Ramona, gana 250 dólares a la semana, y tiene contrato por cinco años con Carewe, el director. Eso sí que éste puede romper el contrato cada año, y Roland no.

Toda correspondencia debe ser dirigida a Carlos F. Borcosque (Hollywood).



LA SONRISA PERMANENTE

La onda permanente, tan en boga, tiene por objeto realzar la belleza de los cabellos femeninos, ¿Por qué no una sonrisa permanente para embellecer más al rostro? La realización de semejante sonrisa es practicable por medio de un invento recientemente patentado por Josefina A. Rountree, de Foreman, Arizona.

Tiene el aparato los ganchitos de celuloide que se insertan en las comisuras de los labios, entre éstos y los dientes, los cuales están sujetos a cuatros cintillas que a su vez se unen a una banda que pasa por la frente circundando la cabeza; dos de las cintillas hacia el centro de la banda, otras dos hacia las sienes.

El que ha de usar el aparato ajusta los ganchitos a su boca de suerte que tire levemente de las comisuras hacia arriba cuando la banda se ata con una hebilla en la parte posterior de la cabeza, manteniéndose en tal forma todo el tiempo que se tenga puesto el aparato.

El aparato se usará durante la noche, siendo su objeto entrenar los músculos para que produzcan permanentemente la expresión de "una sonrisa permanente". Incidentalmente, según afirma la inventora, ayuda a contrarrestar la tendencia a caer que tienen los músculos de la comisura de los labios.

El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene intima

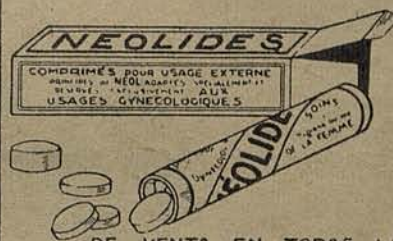


PARA LA HIGIENE INTIMA
DE LA MUJER

NEOLIDES

antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.



Previenen
y alivian
demuchas
dolencias
femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Bémece

SAL DIGESTIVA

M. R.

Bicarbonato de Sosa, Magnesía, Carbonato de Cal

ESPECIFICO DE LAS
ENFERMEDADES
del ESTOMAGO

Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez o Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias, Gastritis, Hiperacidez, etc.

Dosis: Una cucharadita despues de cada comida
de Venta en todas las Farmacias

JACKIE COOGAN

Comienza a ser un Hombre

Desde que Jackie Coogan ha llegado a Londres, a ganar en el teatro Palladium mil libras (30.000 pesos) semanales, se ha escrito y dicho tantas cosas de él, que ya nadie sabe exactamente cómo es, en realidad, el pequeño rey de la pantalla. ¿Qué come Jackie Coogan? ¿Cómo vive? ¿Cómo habla? ¿Qué dice? Es imposible averiguarlo leyendo los innumerables artículos que se han escrito sobre él. Todos dicen cosas diferentes.

Pero nosotros se lo vamos a preguntar a él mismo. Vamos a visitar a Jackie.

Entramos en el hall del Green Park Hotel. El portero anuncia telefónicamente nuestro nombre a los señores Coogan. Anuncia, además, muchos más nombres, porque el hall está lleno de periodistas de todas partes del mundo. Todos quieren ver y oír a Jackie. Una joven inglesa protesta indignada cuando el portero le dice que ha llegado cinco minutos tarde a la cita y que ya no puede ser recibida. La inglesa grita y discute, y el portero la acompaña a la puerta, diciendo: "¡Hum!, olvida usted que se trata de norteamericanos."

Subimos al departamento de los Coogan. Jackie nos salí al encuentro con una de sus estupendas sonrisas. Nos estrecha la mano efu-

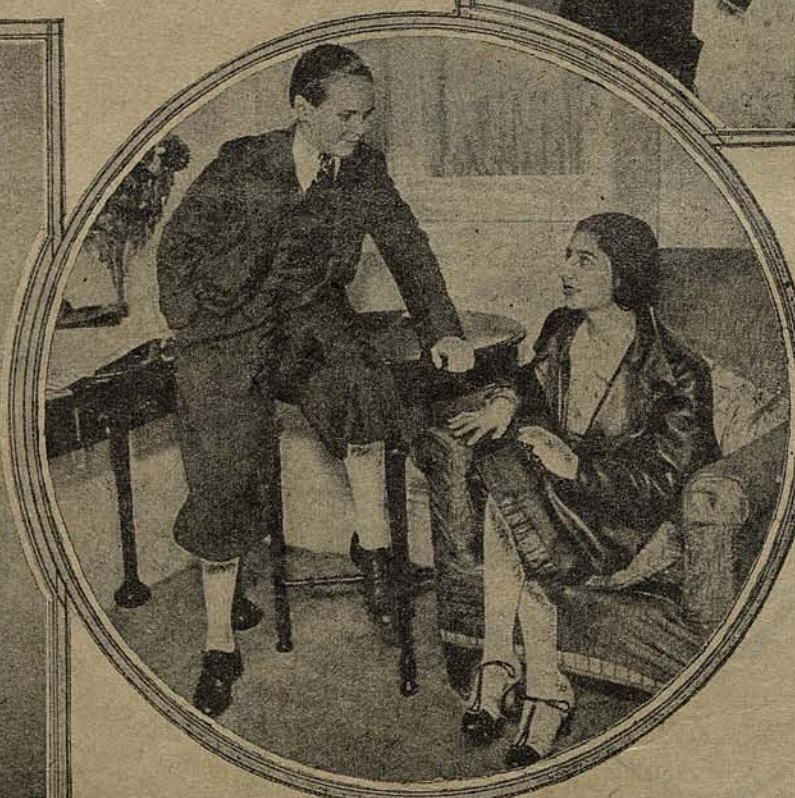


Jackie Coogan en una de sus últimas caracterizaciones, que hacen la delicia de los espectadores del Palladium

sivamente, como si ya fuéramos grandes amigos: "¿Cómo está usted?", dice. "Siéntese, haga el favor. La salita está en gran desorden." En las habitaciones contiguas, corresponsales de todas nacionalidades lanzan preguntas al padre, a la madre, al agente de Jackie.

—Bien, Jackie; cuéntame cosas de tu estancia en Londres.

—¡Oh, Londres me gusta mucho! Más que París, porque esto se parece a mi tierra. He estado en el Zoológico y he jugado con los monos. Ayer estuve en la estación



El gran "Chiquilín" hablando con Irene Falcón

de King's Cross y me enseñaron todas las locomotoras de verdad. Yo tengo muchas de juguete, que andan y todo. Pero allí las vi de verdad. Y, ¿sabe usted?, me dejaron manejar la máquina del "Flying Scotsman" a mi solo. Es formidable. Ahora quiero un yate. Pero, espere, le voy a traer a mi hermanito, que es muy simpático.

Jackie se levanta y aparece en seguida con su hermanito Roberto. Roberto tiene cuatro años y se parece mucho al chiquilín que hemos visto en las películas. Jackie ya se cortó la melena. Ahora es un perfecto gentleman.

Los dos hermanos empiezan a charlar. Yo les observo y me parece que estoy viendo una película. Jackie sabe mover los ojos, los labios, las manos. Es un gran maestro. Y no se da cuenta. Se ríe de las cosas que dice su hermanito con toda su alma, y me las repite a mí. Por lo visto, a Jackie le fastidián las entrevistas. El quiere jugar.

—Dime, ¿qué actor cinematográfico te gusta más?

—Mr. Charlie Chaplin Y Douglas Fairbanks — se toca la rodilla—. Esta rodilla me está molestando todo el día. Me he dado un golpe ¿sabe usted? ¿No se ha golpeado usted nunca la rodilla? Duele mucho.

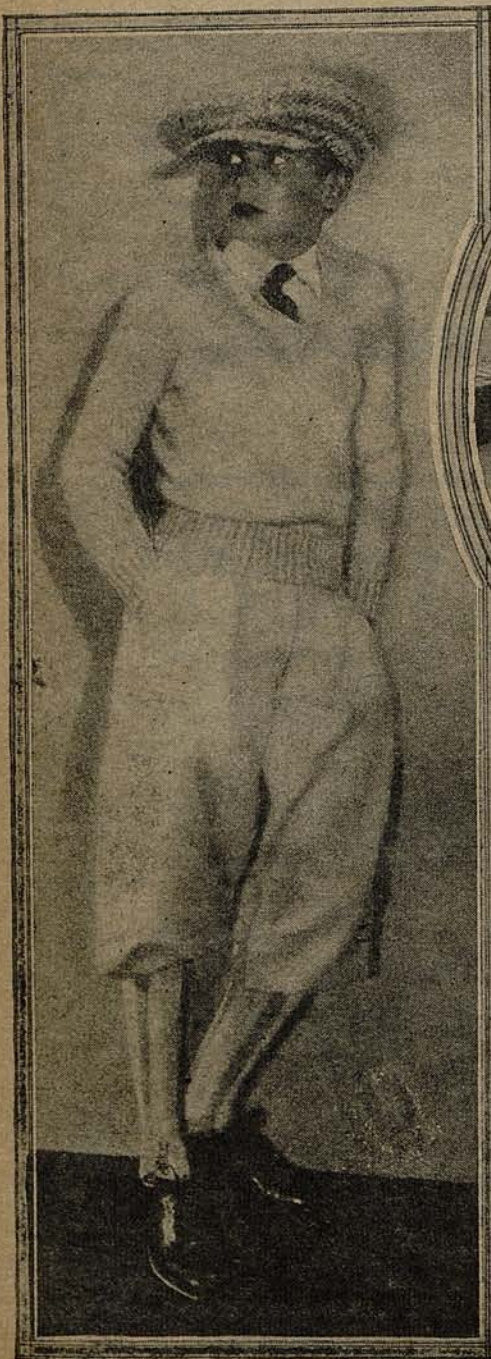
—¿Te gusta ir al "cine"?

—Me encanta. No me harto de ver películas. Sobre todo, las de risa y las de cow-boys. Me gusta mucho verlos correr a caballo por el campo y, luego, a los enemigos persiguiéndolos en otros caballos. Me gustan mucho los caballos. El domingo voy a montar a Rotten Row de Hyde Park.

Jackie no está quieto un segundo. Continuamente mueve los pies y las manos. Ahora se levanta y se sirve agua de Vichy. Todo lo hace con gran naturalidad y sonriendo. Es un verdadero crío travieso.

—¿Has dirigido tú mismo alguna película?

—¡Oh, no! — Jackie ríe con modestia—. Soy muy pequeño. Pero me gusta traba-



Otra caracterización de Jackie Coogan, el pequeño gran actor, dedicada a nuestros lectores

jar en las películas mucho más que en el teatro. Yo siempre seré un actor cinematográfico. Hasta que sea muy viejo — ahora Jackie se toca el cuello—. Este cuello es molestísimo. Creo que me lo he puesto mal, porque me hace daño.

Entretanto han entrado los señores Coogán. Jackie se levanta y charla con todos. Yo me doy por vencida. A Jackie no le interesa hablar de películas ni de sus costumbres y gustos. Le gusta divertirse y jugar. Y no lo oculta.

Jackie Coogán es un niño de trece años, como todos los niños de su edad. Además, es un genio. Cuando vamos a verle, buscamos al genio. Y nos encontramos con el niño. Jackie no sabe qué es un genio, ni quiere saberlo. El quiere ser un niño como los demás y jugar con locomotoras.

¿Y su madre? También es como todas las madres. Sorriendo, se ofrece a darnos la información que no hemos podido extraer a Jackie.

—¿Qué cómo he educado al niño genio? Pues muy sencillo. Ignorando al genio y educando al niño. Yo no he buscado "sistemas" o "métodos" especiales para su educación. Le he tratado como una buena madre trata a sus hijos. Cuando es malo, le doy un buen azote. Jackie ha recibido los mismos castigos que todas las demás criaturas. Nunca he permitido que él se considere una excepción. Mi deseo es que nunca lo haga.

La señora Coogán me mira con sus grandes ojos, los mismos ojos de Jackie, llenos de satisfacción.

—Jackie no sabe que ya posee treinta millones de pesos, ganados con su trabajo. Cuando su padre le regala cinco duros por haber sido buen chico, se vuelve loco de contento y se cree millonario. Ahora está estudiando francés y alemán; más tarde aprenderá español.

—¿Es cierto que Charlie Chaplin descubrió el talento de Jackie?

—Sí. Ocurrió cuando Jack tenía seis años. El pequeño representaba un papel muy corto en una función de teatro. Charlie Chaplin estaba entre los espectadores. Poco tiempo después, Chaplin nos sorprendió con su proposición de dejar trabajar a Jackie en la película *The Kid*. En seguida se hizo famoso.

Se cuentan por ahí leyendas extraordinarias — prosigue la señora Coogán. — La más conocida es que Chaplin sacó a mi hijo de la miseria, de los barrios bajos, y lo ha hecho millonario. Eso no es cierto. Jackie nunca ha vivido en la miseria. Mi marido bailaba en un *music-hall* y ganaba bastante para vivir decentemente. También se han publicado en Inglaterra muchas *interviews* imaginarias, en las que Jackie aparece como un verdadero golfillo. Un periódico ha tenido la osadía de publicar un artículo diciendo que lo ha escrito Jackie. El supuesto Jackie emplea un lenguaje horroroso y dice una serie de chulerías... Eso nos perjudica mucho... El periódico circula entre las clases obreras, donde Jackie tiene muchos amiguitos. Yo recibo cientos de cartas de madres, pobres y ricas, que me preguntan: cómo visto al chico, cómo le hablo, qué come y cómo le educo. Todas quieren hacer lo mismo con sus hijos. Algunas me dicen que cuando sus pequeños no quieren tomar sopa, les dicen: "Jackie Coogán toma siempre sopa." Y los pequeños la toman. Como usted comprenderá, Jackie perderá simpatías si le presentan como a un chulillo ordinario.

El niño genio vuelve a acercarse a nosotros.

—Sevilla está en España, ¿verdad? ¡Oh, yo quiero ir a España! — Su madre le asegura que irán. Pero aún no sabe cuándo. Nos preparamos para tomar unas fotografías. Jackie lo toma a juego. Cada vez que el fotógrafo enfoca, él se tira al suelo y ríe, ríe con toda su alma. Pero

cuando su madre le amenaza con llamar a papá, Jackie se está quieto.

—Ahora vas a retratarte conmigo, Jackie. ¿Verdad?

—¡Ya lo creo! ¡Encantado!

Nos colocamos. Jackie me guiña el ojo. Luego se pone bizco. Por último se decide a ser buen chico. ¿Será tan travieso cuando trabaje en las películas?

—¿Qué quieres que diga a los niños españoles de tu parte, Jack?

El niño genio se planta en medio de la sala, levanta la mano y exclama, como si hablase a toda España, desde una plataforma:

—¡¡Hullo!!

—¿Y a las niñas?

Jackie hace una reverencia y repite con dulzura:

—¡¡Hullo!!

IRENE DE FALCON

NO, TU NO SABES

No, tú no sabes abrir los capullos y convertirlos en flores. Los sacudes, los golpeas... pero no está en ti el hacerlos florecer; los deshace en el polvo... pero no les saca color alguno ni ningún aroma.

¡Ay, tú no sabes abrir el capullo y convertirlo en flor!

El que puede abrir los capullos, ¡lo hace tan sencillamente! Los mira nada más, y la savia de la vida corre por las venas de las hojas. Los toca con su aliento, y la flor abre sus alas y revoletea en el aire; y le salen, sonrojados, sus colores, como ansias del corazón; y su perfume traiciona su dulce secreto.

¡Ay, el que sabe abrir los capullos, lo hace tan sencillamente!

Señoras, Señoritas.

En las playas, cuando ostentais vuestra belleza triunfante, debeis acordaros que la hipertrichosis o VELLO SUPERFLUO es una fea enfermedad.

ACUDID, POR LO TANTO,
A LA MARAVILLOSA



cuerpo casi desnudo a la admiración de los expectadores

El uso del Agua Dixor se recomienda también a los hombres.

De venta en todas las Farmacias y Perfumerías bien surtidas.

Salazar y Ney

AGENTES DEPOSITARIOS EXCLUSIVOS

Arturo Prat 221 SANTIAGO Casilla 1034



E. B.

UN MATRIMONIO EN PARIS

UN delicioso romance de amor ha constituido en París el enlace de la señorita Lolita de Iturbe con el señor Juan Larivière.

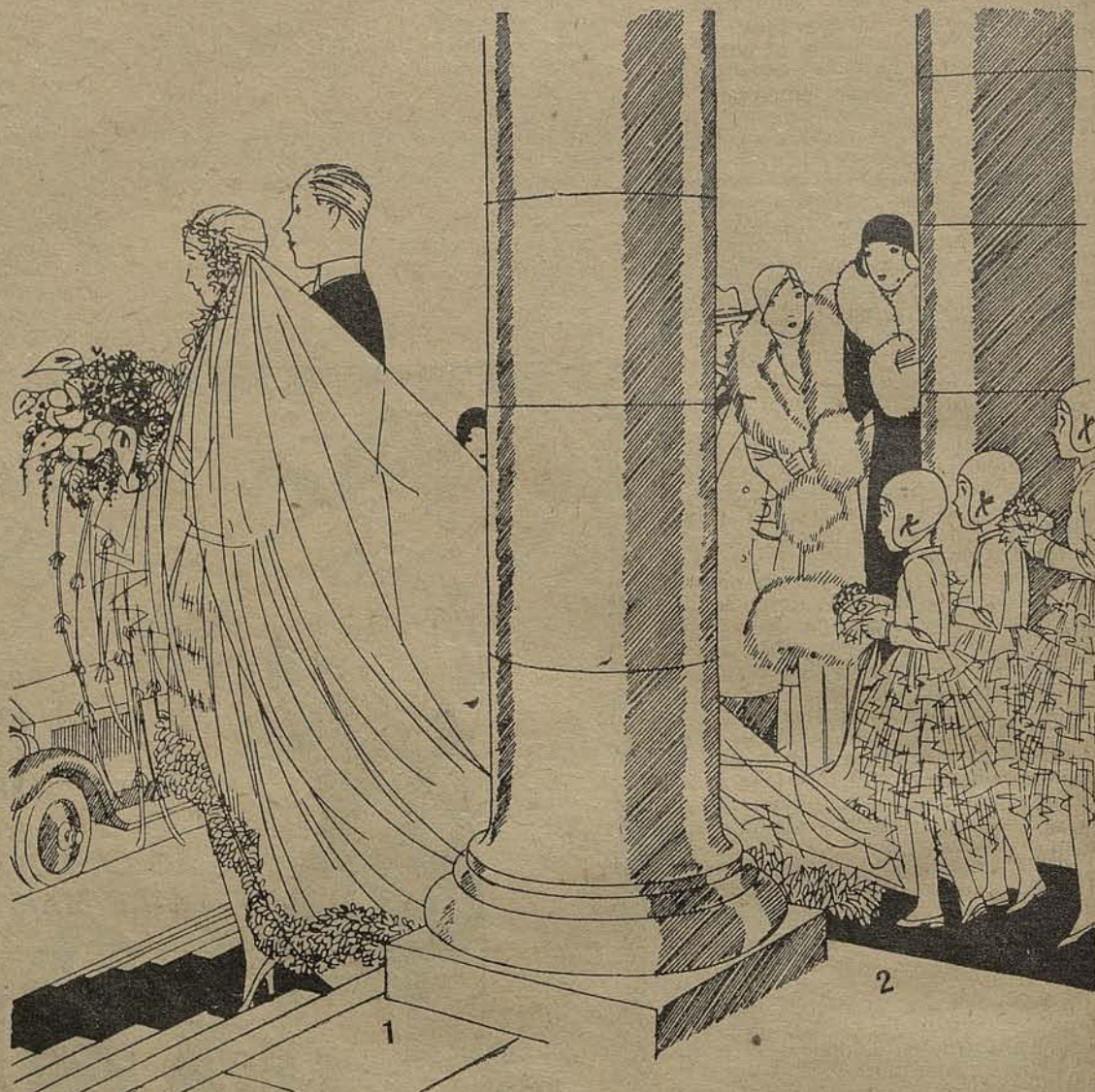
Ella, casi una niña, tan fina y tan linda, que su marido habría pedido su mano desde el primer encuentro, si se hubiese atrevido. En enlace se efectuó en Saint-Pierre de Chaillot, con una hermosísima ceremonia, toda flores, música y luz. Cuando la novia apareció con un traje de Chanel, todo tembloroso de pétalos, con un tocado y guirnalda de lys y azahar, un murmullo de admiración corrió de silla en silla. ¡Qué adorables también los de las "demoiselles d'honneur" vestidas por Paquin, con trajes todos iguales, acompañados con pequeños gorritos de terciopelo rosa.

El trousseau, ejecutado por Paquin era de crepe y raso rosa, guarnecido de encajes viejos. ¡Adiós el hilo y las batistas! Ellos han sido arrojados implacablemente de un trousseau moderno. La canastilla contenía cosas soberbias. Entre las joyas, dignas de un cuento de "Las mil y una noches", un espléndido collar de perlas, del cual, cada perla vale una fortuna. Y en lo que toca a pieles, nunca se habían visto tan suntuosas.

La moda inglesa de exponer los regalos el día del contrato, largo tiempo abandonada, ha vuelto a reaparecer. Sin embargo, se evita enseñar en el trousseau la ropa íntima que resultaba un poco brutal. Sobre el lecho, se reemplaza, el saquito que contiene la camisa de noche por una muñeca ricamente vestida de seda y encajes, cuyo traje, muy amplio, contiene un gran bolsillo para este efecto. Esta muñeca es un símbolo. Recuerda a los recién casados, el verdadero fin del matrimonio, su razón de ser...

Hace pensar en los muñecos futuros, todo carne y sonrisa.

Así se conciben las tiernas miradas con que la joven desposada envuelve a la muñeca de seda y encaje.

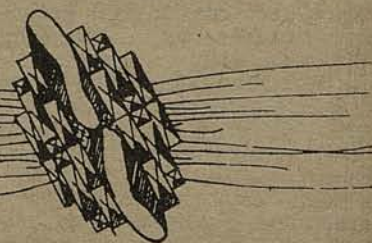


1.— Lindo traje de novia de Chanel.

2.— Traje de cortejo de Paquin: tul y rosa.

3.— Velo retenido al estilo Edad Media, hecho con perlas

4.— Tejido de perlas finas encerrando el velo, y anudado atrás.



Un recuerdo del Poeta de las Mujeres: Becquer

El 22 de diciembre de 1870 y a los treinta y cuatro años de edad, murió en Madrid Gustavo Adolfo Domínguez que no alcanzó gloria y popularidad hasta que sus amigos Campillo y Rodríguez Correa consiguieron publicar sus obras, dos años después. A más de sus delicadas rimas, escribió preciosas leyendas y notables cuentos y las famosas *Cartas desde mi celda*. “Su inspiración — dice Valera, — la llama vivísima que arde en todas sus concisas y bellas canciones, procede de un foco donde apenas hay alma que no se encienda, procede de la inextinguible hoguera del amor, alimentada y enriquecida con los esplendores de la belleza, ya natural, ya artística, que el poeta ha visto y ha sentido como pocos, y cuyo hechicero poder acierta casi siempre a expresar con raro lacónismo.”

Espíritu sin nombre,
indefinible esencia,
yo vivo con la vida
sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío,
del sol tiemblo en la hoguera,
palpito entre las sombras
y floto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro
de la lejana estrella;
yo soy de la alta luna
la luz tibia y serena.

Yo soy la ardiente nube
que en el ocaso ondea;
yo soy del astro errante
la luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbres,
soy fuego en las arenas,
azul onda en los mares
y espuma en las riberas.

En el laúd soy nota,
perfume en las violetas,
fugaz llama en las tumbas,
y en las ruinas hiedra.

Yo atrueno en el torrente
y silbo en la centella,
y ciego en el relámpago,
y rujo en la tormenta.

Yo río en los alcores,
susurro en la alta hierba,
suspiro en la onda pura
y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo entre los átomos
del humo que se eleva
y al cielo lento sube
en espiral inmensa.

Yo, en los dorados hilos
que los insectos cuelgan,
me mezo entre los árboles
en la ardorosa siesta.

Yo corro tras las ninfas
que en la corriente fresca
del cristalino arroyo
desnudas juegan.

Yo en bosques de corales,
que alfombran blancas perlas,
persigo en el océano
las náyades ligeras.

Yo en las cavernas cóncavas,
do el sol nunca penetra,
mezclándome a los gnomos,
contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos
las ya borradas huellas,



Bécquer a los veinticuatro años.—Retrato hecho por Valeriano Bécquer, hermano del poeta.

los mundos que voltean,
y mi pupila abarca
la creación entera.

Yo sé de esas regiones
a do un rumor no llega
y donde informes astros
de vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo
el puente que atraviesa;
yo soy la ignota escala
que el cielo une a la tierra.

Yo soy el invisible
anillo que sujeta
el mundo de la forma
al mundo de la idea.

Yo, en fin, soy ese espíritu,
desconocida esencia,
perfume misterioso
de que es vaso el poeta.

Del salón en el ángulo obscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarla!

¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma!,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: “¡Levántate y anda!”

Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada;
oigo flotando en olas de armonía
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
¡Es el amor que pasa!

Mi vida es un erial,
flor que toco se deshoja;
que en mi camino fatal,



Monumento a Bécquer erigido en el parque de Sevilla por iniciativa de los hermanos Quintero

y sé de esos imperios
de que ni el nombre queda.

Yo sigo en rauda vértigo



Monasterio de Veruela, en el que Bécquer escribió las “Cartas desde mi celda”

alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.

Como enjambre de abejas irritadas,
de un oscuro rincón de la memoria
salen a perseguirme los recuerdos
de las pasadas horas.
Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inú-
til!

Me rodean, me acosan,
y unos tras otros a clavarme vienen
el agudo agujón que el alma encona.

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón los nidos a colgar,
y, otra vez, con el ala a sus cristales
jugando llamarán;
pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nom-
bres...

ésas... ¡no volverán!

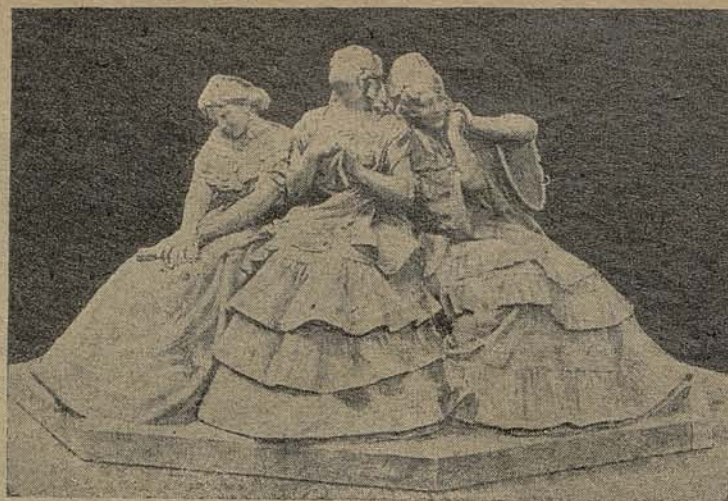
Volverán las tupidas madreselvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde, aun más hermosas,
sus flores se abrirán;
pero aquellas cuajadas de rocío,
cuyas gotas mirábamos temblar

y caer, como lágrimas del día...

ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar;
tu corazón de su profundo sueño

tal vez despertará;
pero mudo y absorto y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido... desengáñate,
¡así no te querrán!



Grupo en mármol del monumento a Bécquer

La venta de los Gatos

I

En Sevilla y en mi-
tad del camino que
se dirige al con-
vento de San Jerónimo
desde la puerta de la
Macarena, hay, entre
otros ventorrillos cé-
lebres uno que, por
el lugar en que es-
tá colocado y las cir-
cunstancias especia-
les que en él concu-
rren, puede decirse
que era, si ya no lo
es, el más *neto* y ca-
racterístico de todos
los ventorrillos an-
daluces.

Figuraos una casi-
ta blanca como el
campo de la nieve,
con su cubierta de
tejas, rojizas las
unas, verdinegras las
otras, entre las cua-
les crecen un sin fin
de jaramagos y ma-
tas de reseda. Un
cobertizo de madera baña en sombra el dintel de la puerta,
a cuyos lados hay dos poyos de ladrillos y argamasa. Empo-
tradas en el muro, que rompen varios ventanillos abiertos a
capricho para dar luz al interior, y de los cuales unos son
más bajos y otros más altos, éste en forma cuadrangular,
aquél imitando un ajimez o una claraboya, se ven de trecho
en trecho algunas estacas y anillas de hierro, que sirven para
atar las caballerías. Una parra añorísima que retuerce sus
negruzcos troncos por entre la armazón de maderas que la
sostienen, vistiéndolos de pámpanos y hojas verdes y anchas,
cubre como un dosel el estrado, el cual lo componen tres ban-
cos de pino, media docena de sillas de anea desvencijadas,
y hasta seis o siete mesas cojas y hechas de tablas mal uni-
das. Por uno de los costados de la casa sube una madreselva,
agarrándose a las grietas de las paredes, hasta llegar al te-
jado, de cuyo alero penden algunas guías que se mecen con
el aire, semejando flotantes pabellones de verdura. Al pie del
otro corre una cerca de cañizo, señalando los límites de un
pequeño jardín que parece una canastilla de juncos rebosan-
do flores. Las copas de dos corpulentos árboles que se levan-
tan a espaldas del ventorrillo forman el fondo obscuro, sobre
el cual se destacan sus blancas chimeneas, completando la



decoración los valla-
dos de las huertas
llenos de pitas y zar-
zamoras, los retama-
res que crecen a la
orilla del agua, y el
Guadalquivir, que se
aleja arrastrando
con lentitud su tor-
cida corriente por
entre aquellas agres-
tes márgenes, hasta
llegar al pie del an-
tiguo convento de
San Jerónimo, el
cual se asoma por ci-
ma de los espesos
oliveros que lo ro-
dean, y dibuja por
obscuro la negra si-
luea de sus torres
sobre un cielo azul
transparente.

Imaginaos este
paisaje animado por
una multitud de fi-
guras de hombres,
mujeres, chiquillos y
animales, formando
grupos a cual más

pintoresco y característico: aquí el ventero, rechoncho y co-
loradote, sentado al sol en una silleta baja, deshaciendo en-
tre las manos el tabaco para liar un cigarrillo y con el papel
en la boca; allí un regatón de la Macarena, que canta en-
tornando los ojos y acompañándose con una guitarrilla, mien-
tras otros le llevan el compás con las palmas o golpeando
las mesas con los vasos, más allá una turba de muchachas,
con su pañuelo de espumilla de mil colores y toda una mace-
ta de claveles en el pelo, que tocan la pandereta, y chillan, y
rien, y hablan a voces en tanto que impulsan como locas el
columpio colgado entre dos árboles; y los mozos del ventorri-
llo que van y vienen con bateas de manzanilla y platos de
aceitunas; y las bandas de gentes del pueblo que hormigean
en el camino; dos borrachos que disputan con un majo que
requiebra al pasar a una buenamozza; el gallo que cacarea
esponjándose orgulloso sobre las bardas del corral; un perro
que ladra a los chiquillos que le hostigan con palos y piedras;
el aceite que hierve y salta en la sartén donde frien el pes-
cado; el chasquear de los látigos de los caleseros que llegan,
levantando una nube de polvo; ruido de cantares, de casta-
ñuelas, de risas, de voces, de silbidos y de guitarras, y golpes
en las mesas, y palmadas, y estallidos de jarros que se rom-

pen, y mil y mil rumores extraños y discordes que forman una alegre algarabía imposible de describir. Figúraos todo esto en una tarde templada y serena, en la tarde de uno de los días más hermosos de Andalucía, donde tan hermosos son siempre, y tendréis una idea del espectáculo que se ofreció a mis ojos la primera vez que, guiado por su fama, fui a visitar aquel célebre ventorrillo.

De esto hace ya muchos años; diez o doce, lo menos. Yo estaba allí como fuera de mi centro natural: comenzando por mi traje y acabando por la asombrada expresión de mi rostro, todo en mi persona disonaba en aquel cuadro de franca y bulliciosa alegría. Parecióme que las gentes, al pasar, volvían la cara a mirarme con el desagrado que se mira a un importuno.

No queriendo llamar la atención ni que mi presencia se hiciese objeto de burlas más o menos embozadas, me senté a un lado de la puerta del ventorrillo, pedí algo de beber, que no bebí, y cuando todos se olvidaron de mi extraña aparición, saqué un papel de la cartera de dibujo, que llevaba conmigo, afilé un lápiz y comencé a buscar con la vista un tipo característico para copiarlo y conservarlo como un recuerdo de aquella escena y de aquel día.

Desde luego mis ojos se fijaron en una de las muchachas que formaban alegre corro alrededor del columpio. Era alta,

delgada, levemente morena, con unos ojos adormidos, grandes y negros, y un pelo más negro que los ojos. Mientras yo hacía el dibujo, un grupo de hombres, entre los cuales había uno que rasgueaba la guitarra con mucho aire, entonaba a coro cantares alusivos a las prendas personales, los secretillos de amor, las inclinaciones o las historias de celos y desdenes de las muchachas que se entretenían alrededor del columpio, cantares a los que a su vez respondían éstas con otros no menos graciosos, picantes y ligeros.

La muchacha morena, esbelta y decidida que había escogido por modelo, llevaba la voz entre las mujeres, y componía las coplas y las decía, acompañada del ruido de las palmas y las risas de sus compañeras, mientras el tocador parecía ser el jefe de los mozos y el que entre todos ellos despuntaba por su gracia y su desenfadado ingenio.

Por mi parte no necesité mucho tiempo para conocer que entre ambos existía algún sentimiento de afección que se revelaba en sus cantares, llenos de alusiones transparentes y frases enamoradas.

Cuando terminé mi obra, comenzaba a hacerse de noche. Ya en la torre de la catedral se habían encendido los dos faroles del retablo de las campanas, y sus luces parecían los ojos de fuego de aquel gigante de argamasa y ladrillo que domina toda la ciudad. Los grupos se iban disolviendo poco a poco y perdiéndose a lo largo del camino entre la bruma del crepúsculo, plateado por la luna, que empezaba a dibujarse sobre el fondo violado y obscuro del cielo. Las muchachas se alejaban juntas y cantando, y sus voces argentinas se debilitaban gradualmente hasta confundirse con los otros rumores indistintos y lejanos que temblaban en el aire. Todo acababa a la vez: el día, el bullicio, la animación y la fiesta; y de todo no quedaba sino un eco en el oído y en el alma, como una vibración suavísima, como un dulce sopor parecido al que se experimenta al despertar de un sueño agradable.

Luego que hubieron desaparecido las últimas personas, doblé mi dibujo, lo guardé en la cartera, llamé con una palmada al mozo, pagué el pequeño gasto que había hecho, y ya me disponía a alejarme, cuando sentí que me detenían suavemente por el brazo. Era el muchacho de la guitarra que ya noté antes, y que mientras dibujaba me miraba mucho y con cierto aire de curiosidad. Yo no había reparado que, después de concluida la broma, se acercó disimuladamente hasta el sitio en que me encontraba, con objeto de ver

qué hacía yo mirando con tanta insistencia a la mujer por quien él parecía interesarse.

—Señorito — me dijo con un acento que él procuró suavizar todo lo posible — voy a pedirle a usted un favor.

—¡Un favor! — exclamé yo, sin comprender cuáles podrían ser sus pretensiones —. Diga usted, que si está en mi mano, es cosa hecha.

—¿Me quiere usted dar esa pintura que ha hecho?

Al oír sus últimas palabras, no pude menos de quedarme un rato perplejo; extrañaba por una parte la petición, que no dejaba de ser bastante rara, y por otra el tono, que no podía decirse a punto fijo si era de amenaza o de súplica. El hubo de comprender mi duda, y se apresuró en el momento a añadir:

—Se lo pido a usted por la salud de su madre, por la mujer que más quiera en este mundo, si quiere a alguna; pídale usted en cambio todo lo que yo pueda hacer en mi pobreza.

No supe qué contestar para eludir el compromiso. Casi, casi hubiera preferido que viniese en son de quimera, a trueque de conservar el bosquejo de aquella mujer, que tanto me había impresionado; pero sea por sorpresa del momento, sea que yo a nada sé decir que no, ello es que abrí mi cartera, saqué el papel y se lo alargué sin decir una palabra.

Referir las frases de agradecimiento del muchacho, sus exclamaciones al mirar nuevamente el dibujo a la luz del reverbero de la venta, el cuidado con que lo dobló para guardárselo en la faja, los ofrecimientos que me hizo y las alabanzas hiperbólicas con que ponderó la suerte de haber encontrado lo que él llamaba un señorito *templao y neto*, sería tarea difícilísima, por no decir imposible. Sólo diré que como entre unas y otras se habían hecho completamente de noche, que quise que no, se empeñó en acompañarme hasta la puerta de la Macarena; y tanto dió en ello, que por fin me determiné a que emprendiésemos el camino juntos. El camino es bien corto, pero mientras duró

encontró forma de contarme de pe a pa toda la historia de sus amores.

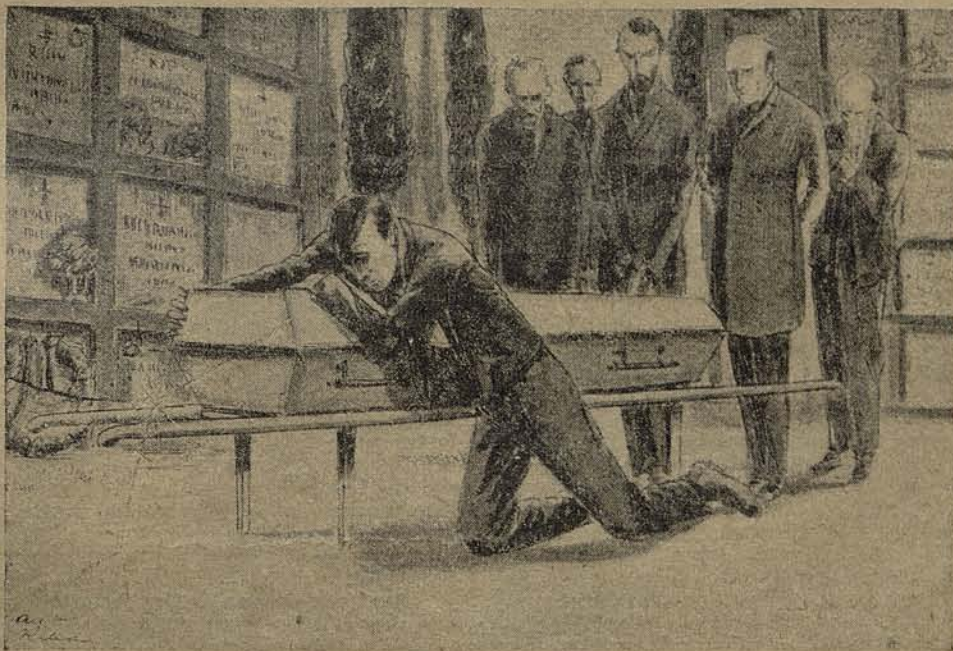
La venta se había celebrado, la función era de su padre, quien le tenía prometido, para cuando se casase, una huerta que lindaba con la casa y que también le pertenecía. En cuanto a la muchacha objeto de su cariño, que me describió con los más vivos colores y las frases más pintorescas, me dijo que se llamaba Amparo, que se había criado en su casa desde muy pequeña, y se ignoraba quiénes fuesen sus padres. Todo esto y cien otros detalles de más escaso interés me refirió durante el camino. Cuando llegamos a las puertas de la ciudad, me dió un fuerte apretón de manos, tornó a ofrecérseme, y se marchó entonando un cantar cuyos ecos se dilataban a lo lejos en el silencio de la noche. Yo permanecí un rato viéndolo ir. Su felicidad parecía contagiosa, y me sentía alegre, con una alegría extraña y sin nombre, con una alegría, por decirlo así, de reflejo.

El siguió cantando a más no poder; uno de sus cantares decía así:

Compañerito del alma,
mira qué bonita era:
se parecía a la Virgen
de Consolación de Utrera.

Cuando su voz comenzaba a perderse, oí en las ráfagas de la brisa otra delgada y vibrante que sonaba más lejos aún. Era ella, ella que lo aguardaba impaciente...

Pocos días después abandoné a Sevilla, y pasaron muchos años sin que volviese a ella, y olvidé muchas cosas que allí me habían sucedido; pero el recuerdo de tanta y tan ignorada y tranquila felicidad no se me borró nunca de la memoria.



—Mi hijo siguió el entierro, entró en el patio...

II

Como he dicho, transcurrieron muchos años después que abandoné a Sevilla, sin que olvidase del todo aquella tarde, cuyo recuerdo pasaba algunas veces por mi imaginación como una brisa bienhechora que refresca el ardor de la frente.

Cuando el azar me condujo de nuevo a la gran ciudad que con tanta razón es llamada *reina de Andalucía*, una de las cosas que más llamaron mi atención fué el notable cambio verificado durante mi ausencia. Edificios, manzanas de casas y barrios enteros habían surgido al contacto mágico de la industria y el capital: por todas partes fábricas, jardines, posesiones de recreo, frondosas alamedas; pero, por desgracia, muchas venerables antiguallas habían desaparecido.

Visité nuevamente muchos soberbios edificios, llenos de recuerdos históricos y artísticos; torné a vagar y a perderme entre las mil y mil revueltas del curioso barrio de Santa Cruz; extrañé en el curso de mis paseos muchas cosas nuevas que se han levantado no sé cómo; eché de menos muchas cosas viejas que han desaparecido no sé por qué, y por último me dirigí a la orilla del río. La orilla del río ha sido siempre en Sevilla el lugar predilecto de mis excursiones.

Después que hube admirado el magnífico panorama que ofrece en el punto por donde une sus opuestas márgenes el puente de hierro; después que hube recorrido, con la mirada absorta, los mil detalles, palacios y blancos caseríos; después que pasé revista a los innumerables buques surtos en sus aguas, que desplegaban al aire los ligeros gallardetes de mil colores, y oí el confuso hervidero del muelle, donde todo respira actividad y movimiento, remontando con la imaginación la corriente del río, me trasladé hasta San Jerónimo.

Me acordaba de aquel paisaje tranquilo, reposado y luminoso en que la rica vegetación de Andalucía despliega sin aliojo sus galas naturales. Como si hubiera ido en un bote corriente arriba, vi desfilar otra vez, con ayuda de la memoria, por un lado la Cartuja con sus arboledas y sus altas y delgadas torres; por otro, el barrio de los Humeros, los antiguos murallones de la ciudad, mitad árabes, mitad romanos; las huertas con sus vallados cubiertos de zarzas, y las norias que sombrean algunos árboles aislados y corpulentos, y, por último, San Jerónimo... Al llegar aquí con la imaginación, se me representaron con más viveza que nunca los recuerdos que aún conservaba de la famosa venta, y me figuré que asistía de nuevo a aquellas fiestas populares, y oía cantar a las muchachas, meciéndose en el columpio, y veía los corrillos de gentes del pueblo vagar por los prados, merendar unos, disputar los otros, reír éstos, bailar aquéllos, y todos agitarse, rebotando juventud, animación o alegría. Allí estaba ella, rodeada de sus hijos, lejos ya del grupo de las mozelas, que reían y cantaban, y allí estaba él, tranquilo y satisfecho de su felicidad, mirando con ternura, reunidas a su alrededor y felices, a todas las personas que más amaba en el mundo: su mujer, sus hijos, su padre, que estaba entonces, como hacía diez años, sentado a la puerta de su venta, liando impasible su cigarro de papel, sin más variación que tener blanca como la nieve la cabeza que era gris.

Un amigo que me acompañaba en el paseo, notando la especie de éxtasis en que estuve abstraído con esas ideas durante algunos minutos, me sacudió al fin del brazo, preguntándome:

—¿En qué piensas?

—Pensaba — le contesté — en la *Venta de los Gatos*, y revolví aquí, dentro de la imaginación, todos los agradables recuerdos que guardo de una tarde que estuve en San Jerónimo... En este instante concluía una historia que dejé empezada allí, y la concluía tan a mi gusto, que creo no puede tener otro final que el que yo le he hecho. Y a propósito de la *Venta de los Gatos* — proseguí, dirigiéndome a mi amigo — ¿cuándo nos vamos allí una tarde a merendar y a tener un rato de jarana?

—¡Un rato de jarana! — exclamó mi interlocutor, con una expresión de asombro que yo no acertaba a explicarme entonces. — ¡Un rato de jarana! Pues digo que el sitio es aparente para el caso.

—Y ¿por qué no? — le repliqué, admirándome a mi vez de sus admiraciones.

—La razón es muy sencilla — me dijo por último — porque a cien pasos de la venta han hecho el nuevo cementerio.

Entonces fui yo el que lo miré con ojos asombrados, y permanecí algunos instantes en silencio antes de añadir una sola palabra.

Volvimos a la ciudad, y pasó aquel día, y pasaron algunos otros más, sin que yo pudiese desear del todo la impresión que me había causado una noticia tan inesperada. Por mas vueltas que le daba, mi historia de la muchacha morena no tenía ya fin, pues el inventado no podía concebirlo, antojándoseme inverosímil un cuadro de felicidad y alegría con un cementerio por fondo.

Una tarde, resuelto a salir de dudas, pretexté una ligera indisposición para no acompañar a mi amigo en nuestros acostumbrados paseos, y emprendí solo el camino de la ven-

ta. Cuando dejé a mis espaldas la Macarena y su pintoresco arrabal, y comencé a cruzar por un estrecho sendero aquel laberinto de huertas, ya me parecía advertir algo extraño en cuanto me rodeaba.

Bien fuese que la tarde estaba un poco encapotada, bien que la disposición de mi ánimo me inclinaba a las ideas melancólicas, lo cierto es que sentí frío y tristeza, y noté un silencio que me recordaba la completa soledad, como el sueño recuerda la muerte.

Anduve un rato sin detenerme, acabé de cruzar las huertas para abreviar la distancia, y entré en el camino de San Lázaro, desde donde ya se divisa en lontananza el convento de San Jerónimo.

Tal vez será una ilusión, pero a mí me parece que por el camino que pasan los muertos hasta los árboles y las hierbas toman al cabo un color diferente. Por lo menos allí se me antojó que faltaban tonos calurosos y armónicos, fresca en la arboleda, ambiente en el espacio y luz en el terreno. El paisaje era monótono; las figuras, negras y aisladas.

Por aquí un carro que marchaba pausadamente cubierto de luto, sin levantar polvo, sin chasquido de látigo, sin algarazara, sin movimiento casi; más allá un hombre de mala catadura con un azadón en el hombro, o un sacerdote con su hábito talar y obscuro, o un grupo de ancianos mal vestidos o de aspecto repugnante, con cirios apagados en las manos, que volvían silenciosos, con la cabeza baja y los ojos fijos en la tierra. Yo me creía transportado no sé adónde, pues todo lo que veía me recordaba un paisaje cuyos contornos eran los mismos de siempre, pero cuyos colores se habían borrado, por decirlo así, no quedando de ellos sino una media tinta dudosa. La impresión que experimentaba sólo puede compararse a la que sentimos en esos sueños en que, por un fenómeno inexplicable, las cosas son y no son a la vez, y los sitios en que creemos hallarnos se transforman en parte de una manera estrambótica e imposible.

Por último, llegué al ventorrillo: lo recordé más por el rótulo, que aun conservaba escrito con grandes letras en una de sus paredes, que por nada; pues en cuanto al caserío, se me figuró que hasta había cambiado de forma y proporciones. Desde luego puedo asegurar que estaba mucho más ruinoso, abandonado y triste. La sombra del cementerio, que se alzaba en el fondo, parecía extenderse hacia él, envolviéndolo en una obscura proyección como en un sudario. El ventero estaba solo, completamente solo. Conoci que era el mismo de hacía diez años; y lo conocí no sé por qué, pues en este tiempo había envejecido hasta el punto de aparecer un viejo decrepito y moribundo, mientras que cuando lo vi no representaba apenas cincuenta años, y rebotaba salud, satisfacción y vida.

Sentéme en una de las desiertas mesas; pedí algo de beber, que me sirvió el ventero, y de una en otra palabra suelta vinimos al cabo a entrar en una conversión tirada acerca de la historia de amores, cuyo último capítulo ignoraba todavía, a pesar de haber intentado adivinarlo varias veces.

—Todo — me dijo el pobre viejo —, todo parece que se ha conjurado contra nosotros desde la época que usted me recuerda. Ya lo sabe usted. Amparo era la niña de nuestros ojos, se había criado aquí desde que nació, casi; era la alegría de la casa; nunca pudo echar de menos el suyo, porque yo la quería como un padre; mi hijo se acostumbó también a quererla desde niño, primero como un hermano, después con un cariño más grande todavía. Ya estaba en vísperas de casarse; yo les había ofrecido lo mejor de mi poca hacienda, pues con el producto de mi tráfico me parecía tener más que suficiente para vivir con desahogo, cuando no sé qué diablo malo tuvo envidia de nuestra felicidad, y la deshizo en un momento. Primero comenzó a susurrarse que iban a colocar un cementerio por esta parte de San Jerónimo: unos decían que más acá, otros que más allá; y mientras todos estábamos inquietos y temerosos, temblando de que se realizase este proyecto, una desgracia mayor y más cierta cayó sobre nosotros.

Un día llegaron aquí en un carruaje dos señores. Me hicieron mil y mil preguntas acerca de Amparo, a la cual saqué yo cuando pequeña de la Casa de Expósitos; me pidieron los envoltorios con que la abandonaron y que yo conservaba, resultando al fin que Amparo era hija de un señor muy rico, el cual trabajó con la justicia para arrancárnosla, y trabajó tanto, que logró conseguirlo. No quiero recordar siquiera el día que se la llevaron. Ella lloraba como una Magdalena; mi hijo quería hacer una locura; yo estaba como atontado, sin comprender lo que me sucedía. ¡Se fué! Es decir, no se fué, porque nos quería mucho para irse; pero se la llevaron, y una maldición cayó sobre esta casa. Mi hijo, después de un arrebatado de desesperación espantosa, cayó como en un letargo; yo no sé decir qué pasó: creí que se me había acabado el mundo.

Mientras esto sucedía, comenzó a levantar el cementerio; la gente huyó de estos contornos; se acabaron las fiestas, los cantares y la música, y se acabó toda la alegría de estos campos, como se había acabado toda la de nuestras almas.

Y Amparo no era más feliz que nosotros: criada aquí al

(Concluye en la pág. 61)

Los nuevos movimientos en las faldas

¿No podría creerse que esta página ha sido inspirada en bellos modelos de estatuas griegas y romanas? Sin embargo, sólo se trata de la copia exacta de los modelos que se ven desfilar en las grandes casas de modas de París.

La amplitud, como bien lo veis, bastante semejante en líneas generales, es muy diferente en la manera de estar colocada.

A veces más aparente que real, como se ve en el modelo del medio, conviene así para las telas pesadas que no pueden draparse fácilmente.

La primera silueta muy parisiense, destinada a brillar bajo las luces artificiales, está hecha con drapeado con puntas. Lo bajo de la chaqueta va igualmente drapeado.

El segundo modelo, levanta la falda por delante con un movimiento que la hace al mismo tiempo caer por detrás. Este movimiento que ciñe las caderas está muy en boga actualmente y no carece de encantos.

La otra falda, de línea extremadamente derecha, está compuesta de una importante incrustación en forma de triángulo.

De nuevo la amplitud por detrás, pero esta vez con godet. Falda en forma con acentuada amplitud a la izquierda.

SECCION ESPECIAL

AJUARES PARA NOVIAS

CONFECCIONES SOBRE MEDIDA

El Amassa & Cia

CLARAS 270 / SANTIAGO

FABRICANTES EN
LENCERIA FINA
MANTELERIA
ROPA DE CAMA

Lo alto de la falda está ingeniosamente replegado para formar un pequeño volante. La chaqueta levanta en punta al lado izquierdo. Las puntas de la falda por detrás se han obtenido con un pequeño rectángulo independiente de la falda.

Si como lo veis, la línea permanece la misma, los detalles varían hasta el infinito y constituyen ellos solos el encanto del traje.



LON CHANEY, El Hombre de las Cien Caras

Con justa razón, se ha llamado a Lon Chaney "el hombre de las cien caras." Es un verdadero artista, que sabe transformar su rostro tan bien como su cuerpo. El primer film que apareció de él en

Francia, fué "Satán". Todo el mundo ignoraba a Lon Chaney, así es que fué una verdadera revelación cuando apareció sobre la pantalla ese repugnante lisiado, jefe de una banda de espantables bandidos. Los espectadores creyeron que el artista que representaba ese rol, era un verdadero enfermo. Así, cuál no sería su estupefacción, cuando al fin de la película, vieron al lisiado levantarse y des hacer las correas de un aparato de lo más complicado del que él era autor.

Antes de ser actor, Lon Chaney era mozo de oficina y accesorista teatral. Ganaba modestamente su vida y aceptaba todos los trabajos extraordinarios que se le confiaban. Un día un artista, que representaba un rol burlesco, cayó enfermo, poniendo a sus camaradas en situación muy difícil. Lon Chaney se propuso para reemplazarlo. Después de muchas vacilaciones, fué aceptado. Lon Chaney fué consagrado oficialmente actor. El oficio le gustó. Representó, pues, en la Opera, hasta que fué reclamado por el cinema, en el Estudio de la Universal donde se hizo contratar. Se le dió el rol de Jorobado — la fatalidad hacia de él un enfermo y, sin embargo, en aquella época, su mayor deseo era representar papeles cómicos. El entró, pues, en un teatro de Chistes, donde durante mucho tiempo lanzó tartas de crema sobre la cara de sus partenaires.

Abandonó luego la comedia burlesca para representar roles borrosos en los films dramáticos, hasta que se dieron cuenta que tenía disposiciones especiales para representar papeles antipáticos.

Lon Chaney fué entonces consagrado "villano".

Lo fué en numerosos films y lo es todavía bajo los aspectos más extraños.

"En mi vida, declara Lon Chaney, yo he representado todos los caracteres posibles. He sido lisiado en "Satán". Falso enfermo en el "Milagro". He interpretado el rol de Quasimodo en "Nuestra Señora de París" y fui el "Fantasma de la Opera" en el film de ese título. He sido un marino tuerto en "El camino de Manda-

lay, un famoso manco en "El Desconocido", un verdadero chino, en "M. Wu" y un sargento de infantería en "Marina Primero."

G. M.



I

Adherido como nido de golondrinas a un rincón del incomparable arco de herradura, por donde de la calle de los Alemanes de la ciudad del Betis se entra en el patio de los Naranjos de la más grande catedral de España, hay un retablo de jaspe rojo, con incrustaciones de mármol negro, que acaso no valga ni brizna como obra de arte decorativo, pero que así y todo *decora* hasta hacerse imprescindible allí, viniendo a ser, a pesar de sus nada grandiosas proporciones arquitectónicas, algo así como el altar mayor de aquel risueño templo al aire libre.

Cércalo elegante verja de hierro forjado, de intrincada labor y complicada urdimbre; del lado allá de la cual arden las lámparas y se consumen los cirios que encendió la devoción y se marchitan las flores que depositó sobre el ara la ternura, mientras sinceros exvotos de cera u hoja de plata, con lazos multicolores, pregonan, con la bondad del Dios de las misericordias infinitas, la eterna gratitud de los favorecidos por la largueza de la divina mano.

Luz torrencial del sol de Andalucía y agonizante fulgor



"Petitio decentium"

HISTÓRICO

por Juan F. Muñoz y Babón

de lámparas; efluvios de azahar... cuando los hay, y olor a humo de cera, diluido perfume de arábigo incienso y ráfagas de aire impregnado de aceite de calentitos de la vecina plaza; voceo de vendedores, campanillazos de los tranvías que vienen de la calle de Hernando Colón, chirigotas de los cocheros de la parada, próxima y cuantos mil ruidos de todo género brotan de la ancha vía, de las más transitadas de la ciudad, mézclanse continuamente con los rezos de los devotos que circundan, arrodillados unos, y otros de pie, la verja del retablo, dentro de cuya hornacina, contraída la boca por el olor y agobiada la vista por la vergüenza, en-

sangrentada la divina frente y acardenaladas las mejillas, se destaca la imagen de un *Ecce Homo*, con su mantolín de púrpura, su corona de espinas y su cetro de caña, divinidad de aquel templo sin techumbre, como los atrios del templo del pueblo que lo condenó a la cruz vociferando ante el Pretor de Roma: *Nolumus hunc regnare super nos*. No queremos que éste reine sobre nosotros.

Conócese en Sevilla la santa imagen con el hermoso



AGUA BLANCA "CASANOVAS"

PARA EXTIRPAR LAS

Pecas, Paños, Barros,
Manchas, Granos, Puntos Negros, Manchas de Viruela, Etc. *V.V.V.V.V.*

Hay certificados de distinguidos médicos que acreditan su indiscutible bondad

Precio: \$ 12 m/c el frasco
\$ 6 m/c el tubo

De venta en las principales Farmacias y donde los Agentes Generales para Chile:

Droguería del Pacífico S. A.

Suc. de Daube y Cia.

VALPARAISO - SANTIAGO
CONCEPCION Y ANTOFAGASTA



nombre del Señor del Perdón, y duda el que este describe que haya otra imagen, en toda la ciudad, de devoción más tiernamente callejera; más de todos los días del año y de todas las horas del día; más popular, más arraigada, más democrática.

Y lo mismo ve usted allí una moza de servicio arrebuja en el mantón de flecos con la cesta de la compra al brazo, que encopetada señora de alto coturno, con los cien mil afileres; el título de Castilla, que el operario que va al taller; el empleado del templo, que vive adherido al templo como el muérdago a la encina, que el turista que pasa; la cigarrera que pasa; la cigarrera que vuelve de la fábrica de tabacos, que el prebendado que se dirige al coro; el mendigo que pide, que el limosnero que da..., gente, en fin, de todas las cataduras y pelajes, que pasan y se entrecruzan, se detienen o no, se arrodillan o permanecen de pie, rindiendo cada cual a su manera pleito homenaje de devoción al lastimado *Ecce Homo*, que ve rodar los siglos desde su hornacina de piedra y desfilan por su propiciatorio todas las culpas y todas las gratitudes, todas las penas y todas las alegrías, todas las esperanzas y todos los anhelos.

Y verán; verán los lectores, o, por mejor decir, oírán, si es que siguen leyendo, la peregrina oración que yo oí cierta tarde, cuando estaba de cura en el Sagrario de la Santa Iglesia, sentado en la espaciosa colecturía, junto a la puerta que cae frente al retablo, abierta a la sazón de par en par por hacer un calor como de agosto, que era el mes que corría, si no flaquea nuestra memoria:

—Señor mío Jesucristo...

Pero hagamos por pintar el tipo del orante.

I I

Tendría su medio siglo. Pero si se le querían añadir de cominitos media docena de años, también los admitía tan guapamente; no pondría la mano en el fuego porque no hubiese cumplido los sesenta.

Era hombre desmedrado de estatura, desgastado de indumentaria, limpia como si estuviese loco y tuviese la monomanía del aseo, muy rapado de barba, muy peinado de pelambre y muy pintado de bigote, por donde—¡vaya usted a poner puertas al campo... de la imaginación!—hubiéramos roto lanzas por que fuese barbero.

Estaba de rodillas ante el altar, y por ende de espaldas a la colecturía; con el sombrero bombín sobre las corvas, los ojos en la imagen, los brazos en cruz y el alma en los labios; y como se viese solo y sin testigos de vista ni de oído, he aquí que empezó a decir, exhalando un suspiro, como si el alma se le arrancase:

—Señor mío Jesucristo... Dios y hombre verdadero... Criador y Redentor mío... Jesús mío del Perdón, de mi alma... Padre de mi corazón. ¡Por tu pasión y muerte, Jesús mío! ¡Por... las lágrimas de tu Madre y Señora mía... de la Soledad, que yo soy hermano suyo de la de San Loren-

zo (1) y salgo todos los años de hermano de canastilla!... ¡¡Por el Santísimo Sacramento del Altar!! ¡¡Por lo que Tú más quieras en el mundo... y en el otro!!... ¡¡Por la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero!!... ¡¡Que mañana se juegue, Jesús mío!!... ¡Que no se te olvide el número!... ¡Catorce mil novecientos treinta y siete!!

¡No por mí, Jesús mío de mi alma del Perdón, sino por aquella casa de familia, sin más amparo en el mundo que la miseria que viene uno a ganar! ¡Ocho, ocho, Jesús mío, contando con mi suegra, y la casa nueve! ¡Nueve bocas... abiertas en mi corazón, todas a la clemencia del cielo, como Tú no lo remedies con tu poder divino! ¡Que no se te olvide el número, por el amor de Dios! ¡Catorce mil novecientos treinta y siete! ¡Jesús mío de mi alma! ¡Compasión de este infeliz!

—¡Vaya!—decía yo entretanto, compadecido del novenario de bocas abiertas en el corazón del cuitado. —Habrás jugado a la lotería de mañana y viene a pedir al señor el apósito de un premio. Dios premie tanta fe y acoja benigneamente tan ahincada oración. ¡Pobrecito!

Cuál no sería mi sorpresa cuando oí que decía, con las manos cruzadas sobre el pecho:

—¡Que yo no quiero ni pensar que venga premiado! ¡Jesús mío de mis entrañas, que no llegue a venir ni en la pedrea! ¡Catorce mil novecientos treinta y siete!! ¡Que no se te olvide, por los clavos de... tuyo!!

Yo me hacía cruces. ¡Pedir con tanta instancia hombre tan necesitado que no fuera a tocarle la lotería!... ¿Era una de esas almas desasadas de todo lo terreno, que ven en la riqueza un obstáculo insuperable para la salvación, candidatos seguros para la bienaventuranza, como supremos pobres?...

Pero si no quería dinero, ¿por qué demonstres jugaba a la lotería? Y si estaba tan enamorado de la pobreza voluntaria, ¿por qué se lamentaba de las nueve bocas con que le había agasajado el Dios que todo lo dispone con suavidad? Yo estaba aturullado.

Y prosiguió mi hombre la siguiente letanía, con la voz entrecortada por los sollozos, golpeándose el pecho a cada jaculatoria:

—¡Por tu oración del huerto! ¡Que no me salga!!

¡Por tu columna y azotes! ¡Que no me salga!!

¡Por tus tres caídas... que también soy hermano de la de San Isidro! (2)

¡Que no me salga!!

¡Por la Santa Mujer Verónica! ¡Que no me salga!!

¡Por tus siete Palabras en la Cruz!

¡Que no me salga!!

—Señor mío Jesucristo.

—¡Por tu muerte santísima! ¡Que no me salga!!

¡Por la soledad de tu Madre! ¡Que no me salga!!

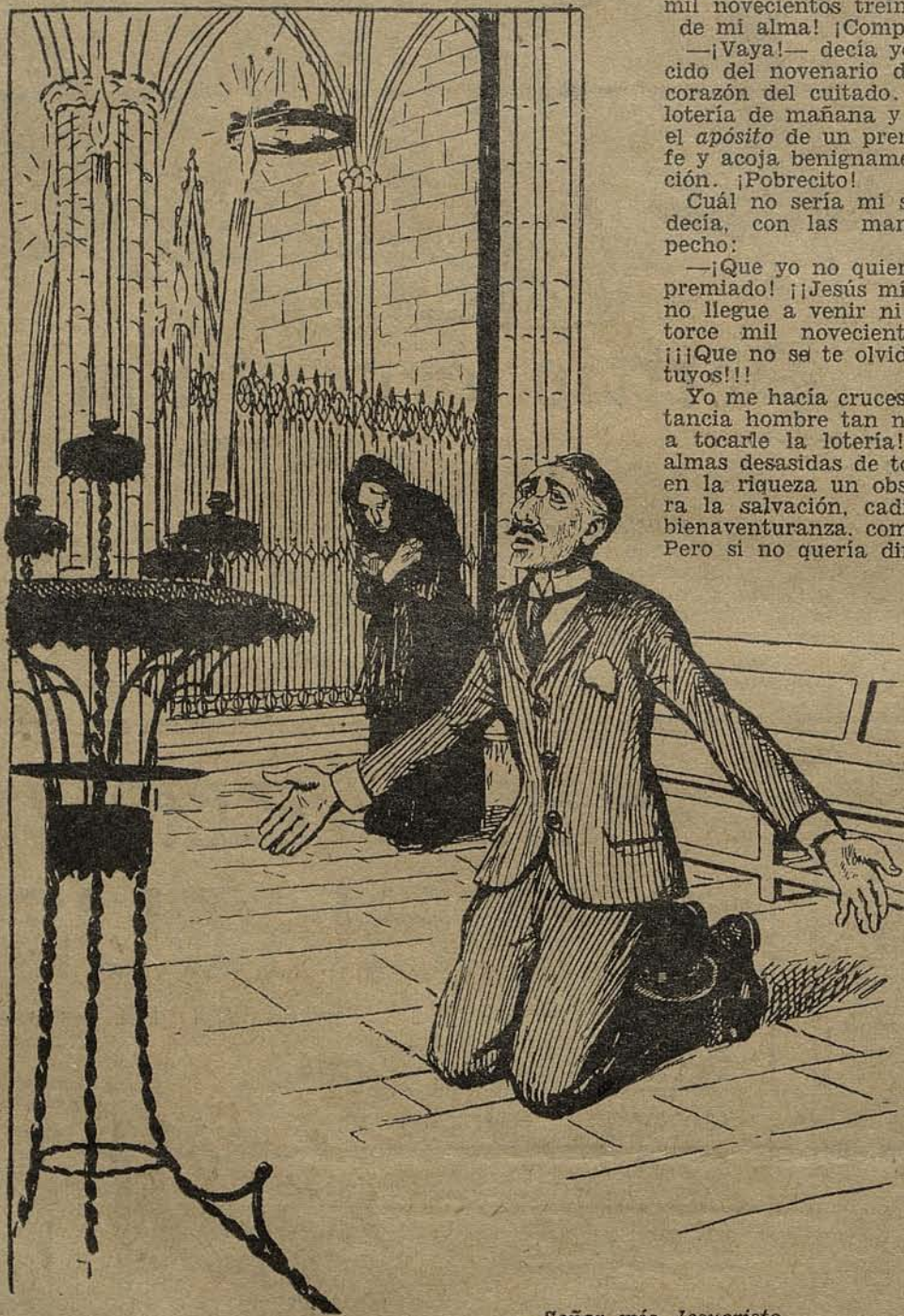
¡Por San José Arimathea, y Nicodemo, y San Juan Evangelista, y las tres Marias y el Santo Sepulcro! ¡Que no me salga!!

¡Por... las sibilas del Santo Entierro! ¡Que no me salga!!

—Pero ¿por qué ese horror—seguía yo diciéndome— a que le salga la lotería? ¿Tiene más que repartir entre los pobres lo que le toque, y hasta romper el décimo para que le sea

(1) Cofradía que hace estación el Viernes Santo.

(2) Cofradía establecida en dicha parroquia.



REGALO

Por Isabel Sandy

NOS habían dicho cruzando sus grandes manos enguantadas de algodón negro sobre sus rodillas:

—Me encuentro sin dinero, arruinada por la guerra como tantos pequeños rentistas. Durante largos meses, he soportado la miseria: la mansarda ruin, el traje viejo, los zapatos rotos, el hambre y el frío.

¡Ahora ya no puedo más! ¿Pero qué hacer a mi edad? ¿Dónde colocarme?

—¿No podría usted hacer pequeñas labores? — dije intimidada por este infortunio.

—¿Cómo cree usted, con mis ojos! No me queda sino ocuparme de criada. Y en esto, sé mi oficio. En casa de mi madre que no gustaba de los criados, hacía yo todo el trabajo: lavaba, repasaba, enceraba. Mi pobre madre no era avara, pero decía que una joven debía ante todo saber hacer los quehaceres de la casa, ¡y tenía razón! Hoy día, es a esta formación que debo el no morir de hambre... si todavía...

—Habla — dije humillada — porque temi que me fuese hecha una proposición inaceptable.

—Y bien, helo aquí: somos un poco parientes por mi padre y el vuestro. Vosotros me perdonaréis más fácilmente mi edad que los extraños... ¿Me queréis por criada?

Estas palabras las pronunció la solterona con una voluntad fría y una amargura que me impresionó.

—¡Prima mía! se lo ruego, no hable usted así! Nos apena usted mucho, se lo aseguro. Mire usted la cara de Pablo. Muerde su cigarrillo sin saber qué decir.

—Efectivamente — murmuró mi marido, muy molesto.

Nuestras miradas se cruzaron, se consultaron, mientras que sin considerar nuestra emoción, la solterona continuó:

—Cuando se ha sufrido como he sufrido yo, las palabras no intimidan. Por otra parte, si ustedes aceptan mi proposición, estará bien entendido que entraré en casa de ustedes en calidad de asalariada. Me llamaréis Paulina y yo les llamaré a ustedes señor y señora. Mi orgullo es permanecer donde la suerte me ha colocado. Para el sueldo no seré exigente: un cuarto limpio, alimentos y con qué vestirme. No pido más...

Entonces, ante mi embarazo creciente, mi marido tranzó:

—He aquí lo que vamos a hacer: hay por arriba un cuartito muy bueno y muy claro. Instálese usted allí. Toma sus alimentos con nosotros y ayudará usted a Magdalena en lo que guste... Esto le permitirá a usted esperar una situación mejor.

Ella aceptó. Tomó una taza de leche y subió a su cuarto después de un seco buenas noches.

—¿Pero has visto? — exclamó mi marido. — ¡Qué cara nos ha puesto!

—¿Pero por qué has aceptado su proposición? — le dije yo.

El se enfadó, asegurándome que había querido agradarme y esa misma noche, la vieja prima ocasionaba nuestra primera disputa!

Debo decir que esta penosa impresión se disipó, o mejor dicho se transformó, más pronto de lo que nosotros hubiéramos creído. Desde el día siguiente de su llegada, Paulina se reveló un ama de casa admirable. Su silueta angulosa no aparecía más que entre un torbellino de ollas, pots de cera y cacerolas brillantes como espejos.

Su propiedad meticulosa nos perseguía: cada pieza debía hacerse a una hora fija: imposible entregarse a la pereza o a cualquiera diversión. Leer el diario que debía ser sacudido en ese momento, por ejemplo. A medio vestir, tiritando en las corrientes de aire, concluíamos por escondernos en la sala de baño, esperando el fin de la batalla.

—Es una persecución — supiraba mi marido. — ¡Si quisiera hacer su trabajo un poco más tarde, y no todo a la vez!

—Es cierto, pero todo está tan limpio, y desde que ella está aquí yo estoy tan descansada...

—¡Pero es que es una verdadera figura de Cuarema. ¡Nunca una sonrisa ni siquiera cuando tú tienes una aten-

Para Todos-4

ción para ella! Yo envidio a los arrendatarios del segundo, cuya criada canta todo el día!

Bruscamente el invierno se tragó al Otoño de un golpe, como una fiera hambrienta; las últimas tibiezas del aire, los últimos crepúsculos rosa, las últimas púrpuras del jardín desaparecieron en aquellos días. Con su prudencia habitual, los boletines meteorológicos, anunciaron el invierno del cual nadie dudaba. Paulina saludó su venida con una recrudescencia de mal humor. Sus ojos parecían más hosclos, sus labios más delgados. La tibieza de nuestro hogar no la calentaba. Algunos seres son transformados por el sufrimiento, como esos frutos llenos de savia, cuando se abandonan en las fuentes petrificadas: nada les hará revivir. ¿Cómo puede ser que después de la muerte de lo más rico y divino que hay en uno mismo, un ser humano puede todavía moverse en la luz y respirar el aire sonoro y azul de los vivos? No se sabe. Todos los cadáveres no duermen bajo tierra; el encuentro de uno de ellos, rígido y helado, entristece a todos los seres jóvenes enamorados de la vida. Por causa suya, nosotros no nos atrevíamos a reír como antes a causa de nada, ni establecer nuestra humilde felicidad.

—Es necesario aprovisionar a esta lechuza — dijo un día mi marido. Si le compráramos un abrigo bien caliente, quizás le proporcionaríamos un placer...

Y tuvo un buen abrigo de lana obscura, pero apenas si nos dió las gracias, y continuó sirviéndonos con la misma puntualidad.

Diciembre llegó más blanco que de costumbre, todo forrado de armiño angelicalmente puro, como para niños y enamorados.

Me pareció que Paulina menos exacta, se tardaba en sus compras. ¿Se complacía ella en la vista gratuita de las vitrinas? El azar respondió a mi curiosidad. Paulina alimentaba una pasión secreta: una muñeca de gruesas mejillas de bizcocho tal vez de 1880, expuesta en casa de un anticuario en medio de los objetos más diversos, que la retenía junto a ella muda y conmovida. ¡Ah, la calle podía arrastrar sus millones de desconocidos, su infinito de esperanza y miseria! La solterona, perdida en sus propios recuerdos, no veía nada, no escuchaba nada, sino la voz menuda de esa muñeca vestida de rosa...

Freguirla acerca de eso era trabajo perdido. Yo le hablé una vez de la muñeca diciéndole que su belleza me había conmovido. Ella se contentó con responder de muy mal talante:

—En otra ocasión, yo tuve una como esa. Pero su traje era azul.

La confesión me bastaba. Quedaba pues, en su corazón endurecido un rincón sensible a la emoción del pasado. No estaba muerto, y podía renacer. La poesía de su dulce infancia había sido dejada a esta infortunada y en el naufragio de su vida, le restaba la segura barca del recuerdo.

Este año, razones de familia nos llamaron a provincia, pocos días antes de la Pascua. ¿Llevaríamos a Paulina? Tan- teé el terreno y obtuve esta respuesta:

—Como usted quiera. No estaré peor que aquí. La fiesta de Noel para mí no tiene más importancia que otra cualquiera.

Nada la sacaba de su marasmo: ni el viaje con sus variados horizontes, ni nuestra llegada al valle salvaje cubierto de nieve. Debo decir que soportaba sin parecer notarlo, las incomodidades de la vieja casa inconfortable, y que sin que se le dijese nada, comenzó un aseo en regla en las habitaciones polvorientas. La persecución comenzó; arrojados de una pieza a otra, mordidos por las corrientes de aire, concluimos por prohibirle el acceso al saloncito donde nos refugiábamos.

—Es preciso absolutamente, encontrarle una situación en otra parte — suspiró mi marido. — Esta especie de Cuarema me ataca los nervios y yo prefiero vivir en el polvo antes que vivir en el mal humor.

El 24 de diciembre llegó, florido de campanas campesinas y de cantos viejos como mi raza. Todo el día, el sol azotó la nieve cegadora. Alejados de la ciudad y de sus rumores,



Casi todas las velocidades de marcha que se necesitan para un viaje ordinario se obtienen en engranaje de alta velocidad. El engranaje de baja y el de segunda velocidad sirven principalmente para impulsar al vehículo durante el arranque y para aumentar la tracción mientras el motor está sujeto a carga pesada.

RESPONSABILIDAD DEL DUEÑO EN LO TOCANTE AL CUIDADO DEL AUTOMOVIL

Un automóvil nuevo exige una atención más cuidadosa durante los primeros días de servicio que más tarde, o después de que todos sus órganos se hayan "afinado" perfectamente con el uso. Para obtener los mejores resultados, el automóvil nuevo no debe correrse a más de 48 a 56 kilómetros (30 a 35 millas) por hora durante los

EL AUTOMOVIL Y SU FUNCIONAMIENTO

AJUSTE DEL JUEGO DEL PEDAL DEL EMBRAGUE

Este ajuste se efectuará con facilidad quitando el pasador de acero y girando la varilla del brazo de soltura.

Atornillando la varilla, se disminuye el juego del pedal del embrague. Desatornillando la varilla, se aumenta el juego. Después de efectuado el ajuste, reinstálase el pasador de acero con una chaveta.

SISTEMA DE LUBRICACION DEL FORD

El objeto de la lubricación es reducir la frotación (fricción) entre las superficies del movimiento.

La lubricación correcta tiene un efecto vital sobre el automóvil y por esta razón, el dueño debe seguir cuidadosamente estas instrucciones.

LUBRICACION DEL MOTOR

Todos los órganos del motor reciben lubricación del depósito de aceite, mediante un sistema combinado de bomba, inmersión y gravedad, típicamente Ford.

En el motor debe emplearse únicamente un aceite semi fluido de motor, de muy fina calidad. Un aceite de esta clase llega a las superficies de contacto con mayor facilidad y reduce notablemente el calor generado por la frotación. Debe, por supuesto, ser de una consistencia adecuada, para que la presión entre las dos superficies de contacto no lo desaloje, exponiendo estas últimas a un contacto directo de metal contra metal.

Los aceites espesos y de inferior calidad se carbonizan pronto. También se ponen "gomosos" en los anillos de los émbolos, vástagos de válvulas y cojinetes. Durante el tiempo frío es necesario emplear un aceite fluido de primer orden, de gran resistencia a la baja temperatura.

AGOTAMIENTO DEL RECIPIENTE DE ACEITE

Recomendamos limpiar el recipiente de aceite, agotando todo el aceite sucio, después de que el automóvil nuevo haya corrido los primeros ochocientos kilómetros (quinientas millas). La limpieza del recipiente debe repetirse después a la vuelta de cada ochocientos kilómetros. El aceite debe estar un poco caliente antes de ser agotado. También se recomienda, durante el invierno, el quitar y limpiar la placa del recipiente, una vez al mes.

LUBRICACION DEL DIFERENCIAL

A la vuelta de cada 8000 kilómetros (5000 millas) debe agotarse el lubricante del diferencial y limpiarse muy bien la caja con petróleo. Debe echársele lubricante nuevo y fresco hasta el nivel del orificio de aceite de la caja.

LUBRICACION DEL CAMBIO DE MARCHA

A la vuelta de cada ocho mil kilómetros debe agotarse el lubricante del cambio de marcha, para lo cual se quita el tapón de agotamiento que hay al fondo de la caja de cambio de marcha. El interior de la caja deberá entonces limpiarse bien con petróleo. Llénese después la caja con lubricante de engranaje nuevo y fresco.

El lubricante nuevo se echa en la caja del cambio de marcha por el orificio que ella tiene en el lado derecho. Echese suficiente lubricante hasta que éste llegue al nivel del orificio.

LUBRICACION DEL COJINETE DEL EMBRAGUE

El cojinete de guía del embrague, al frente del embrague, está bien provisto de grasa, cuando el automóvil sale de fábrica, y no hay necesidad de lubricar este cojinete sino hasta el momento en que se desmonta el embrague

(Continuará)

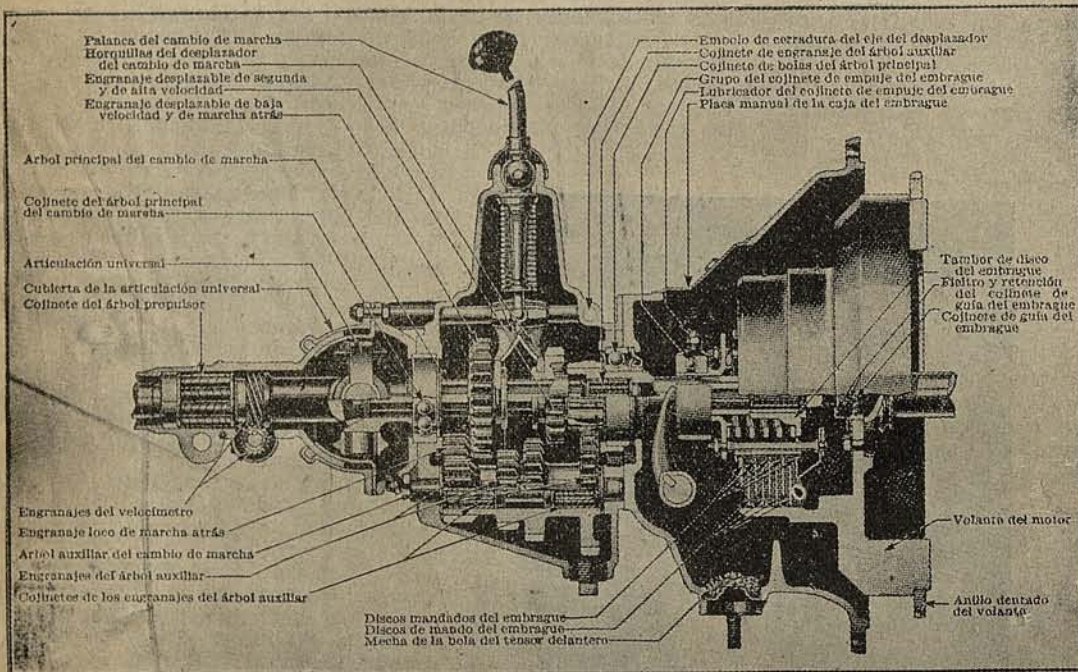


Figura 6
Cambio de Marcha y Embrague

primeros 800 kilómetros (500 millas). El aceite en el motor debe cambiarse, como lo indicamos en el capítulo de Agotamiento del Recipiente de Aceite. Nunca se salga en automóvil sin previamente averiguar si tiene suficiente abastecimiento de agua, aceite y gasolina.

Véase que todos los neumáticos tengan una presión de aire de 35 libras. La inflación insuficiente produce más gastos que toda otra irregularidad del vehículo.

Inspecciónese el acumulador cada dos semanas y manténgasele lleno de agua destilada hasta el debido nivel. Cuando se permite que el agua se evapore y el nivel quede debajo de la parte superior de las placas, se afectará seriamente la duración del acumulador.

Deje que el representante autorizado del Ford le examine su automóvil una vez al mes, para que le haga todos los ajustes mecánicos que sean necesarios para la conservación del vehículo en buen estado de funcionamiento.

NO DEJE EL PIE DESCANSANDO SOBRE EL PEDAL DEL EMBRAGUE

No se acostumbre a llevar el pie descansando sobre el pedal del embrague, mientras el automóvil va corriendo, pues inadvertidamente puede oprimir el pedal y causar así un desgaste innecesario al revestimiento de los discos.

JUEGO DEL PEDAL DEL EMBRAGUE

La distancia o juego correcto del pedal del embrague es alrededor de 19.05 mm. (3/4"). Esto quiere decir que cuando el pedal del embrague está bajado, debe existir un juego de 19.05 mm. en el pedal antes de que éste empiece a desembragar.

A medida que se desgastan los revestimientos del embrague, este juego o distancia disminuye.

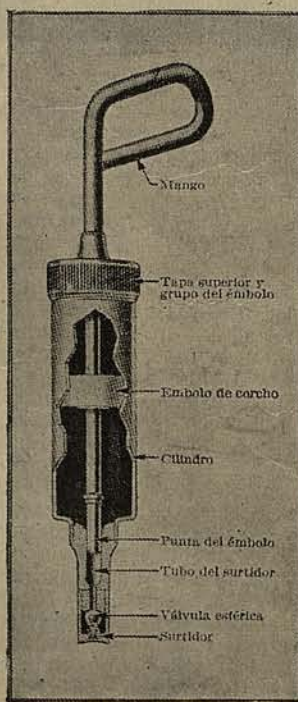


Figura 7
Inyector de Lubricante de Compresión

atados a la montaña por los miles de brazos de nuestros abuelos montañeses, preparados por ellos para beber a largos sorbos la poesía de una fiesta de Pascua en el campo, habríamos gustado de una rara felicidad, sin la presencia de Paulina. En vano buscaba yo una sonrisa sobre sus labios grises, y mientras nos acercábamos a la aldea para escuchar la misa de medianoche, le dije a mi marido:

—Si mañana no consigo hacer cambiar su ceño, nos separaremos, te lo prometo.

Intrigado, me hizo mil preguntas, a las cuales me di yo el placer un poco maligno de no responder. A la misma hora, apelotonada en su almohada ¿pensaba la solterona en sus Pascuas de otras veces?

Ella había rehusado seguirnos al Oficio, y como yo le preguntara si no tenía miedo sola, en esa casa abandonada, me respondió encogiéndolo los hombros:

—¿De qué? ¡El miedo es un lujo para los desgraciados! Hace mucho tiempo que yo lo ignoro.

Era por eso tal vez que dormía tan pesadamente, que se podía penetrar en su pieza sin que se diera cuenta...

Misas del gallo montañesas, tan cercas del asno y del buey, cuyo cálido aliento parece mezclarse al de la multitud prosternada! Misas del gallo llenas de viejos nudos como encinas, de claridades de cirios y de guirnaldas de rosas de papel! Plegarias y cantos de la austera montaña a los pies del Niño que conmovió el mundo, ¡qué dulzura derramas en nuestras almas! A tu claridad, el camino de la vida me parece más fácil y bello, y me digo que un poco de felicidad, siquiera un poco le está prometido a todos los hombres!

—Como regalo de Pascuas, te ofreceré la sonrisa de Paulina, osé yo prometer a mi regreso.

Incrédulo, Pablo me ofreció a su turno, sin ser profeta, un día de borrascas y de mal humor.



Al día siguiente a la hora fijada por mí, la bandeja del desayuno se ofreció a nuestros ojos conducida por una desconocida... A decir verdad, esta desconocida tenía cierto aire de familia con Paulina, pero se le habría creído prima suya lejana, porque los labios distendidos se entreabrían con la más radiosa sonrisa. Una luz, nacida en los ojos bañaba todo el ingrato semblante y lo transfiguraba. Era más que un cambio: una resurrección, un prodigio. Estupefacto, mi marido murmuró:

—Vamos, Paulina, vamos ¿qué le pasa a usted? Hable.

Sin decir nada, ella abandonó la bandeja, salió y volvió sin tardar: la muñeca de 1880 vestida con un traje azul, reposaba en sus brazos.

—Vamos, Paulina, el bueno de Noel ha pasado por su cuarto...

—Ha pasado como pasó otra vez — dijo ella con alegría — porque la misma muñeca me fué donada hace muchos años en la chimenea. ¡Ah, hija mía!, tenía tanto miedo de recibir un regalo útil, un regalo de asalariada, que no es de la casa, alguna cosa que hiciese sentir la piedad... Pero no. Noel me trae como a los felices, una inutilidad, un juguete, sonrisa de mi infancia... Por fin me siento cerca de vosotros, no sólo soportada, sino quizás amada... Me parece que un milagro acaba de producirse en mi pobre vida!

Y mi marido que había comprendido al fin, le respondió con dulzura:

—Ese milagro, mi buena Paulina, ha comenzado hace dos mil años: en el mismo instante en que, lanzando en la noche de Judea, los ángeles prometían “paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”.

ISABEL SANDY



RANAS Y TORTUGAS, ADORNO DE SALONES

“Los diarios de Nueva York dicen que, desde hace mucho tiempo, ha surgido en los Estados del Sur y del Oeste del Norte de Norteamérica una nueva industria, que está proporcionando a los que se dedican a ella grandes beneficios.

Esta industria consiste en la cría de tortugas, de cocodrilos, de ranas y de reptiles.

Entre las mujeres de la buena sociedad norteamericana, va siendo ya moda tener en vez de un perrito o un gatito una pequeña tortuga en casa.

Las conchas de estas tortugas son adornadas de manera muy caprichosa, y el animalito, al caminar lentamente por los salones iluminados y metido dentro de su concha, enriquecida con incrustaciones y otros adornos, ofrece un espectáculo que llama mucho la atención.

En lo que respecta a las ranas, se las cría, sobre todo, para exportarlas al Japón, donde son preferidas las ranas yanquis a las de otros países.

Los criadores de ranas establecen su indus-

tria en las proximidades de terrenos pantanosos, que son los más favorables, y todos los años sacan de ellos grandes cantidades que son enviadas vivas a los puertos japoneses.

También se hace de ellas gran consumo en los restaurantes de Nueva York y de Chicago.

Pero la cría de reptiles, y, sobre todo, de serpientes, es la que produce mayores ingresos.

Hay ya docenas de “snakefarms” en los Estados del Sur y del Oeste de la Unión. En ellos son criados centenares de cocodrilos, aligatores y serpientes. Los aligatores y los cocodrilos son vendidos jóvenes, no sólo para las casas de fieras ambulantes y los jardines zoológicos, sino también para muchísimas familias elegantes, que prefieren tener en casa, en vez de una tortuga, un gran lagarto. Parece que éstos se acostumbran a la domesticidad, y lejos de causar daño alguno, son inofensivos y amigos de que los acaricien.

La cría de serpientes se hace con dos objetos: primeramente, la venta de estos reptiles vivos para las casas de fieras y los jardines zoológicos, y después para la venta de pieles.

La piel de serpiente es utilizada para adornos de vestidos y de abrigos. En Arizona, una señora se ha especializado en la cría de serpientes de cascabel, que vende carísimas, porque la piel de estos reptiles es de las de primera calidad. Con ella se hace una tela especial, impermeable.

Hace poco, en una fiesta nocturna, la esposa de un millonario yanqui lució un vestido hecho exclusi-

vamente con piel de serpientes de cascabel.

Su éxito fué formidable, y todas sus amigas, envidiosas, se han encargado vestidos iguales.”

PENSAMIENTOS

Poca filosofía aparta de la religión; mucha filosofía lleva a ella.—Bacon.

Un hombre honrado no encontrará jamás una amiga mejor que su esposa.—Rousseau.

La educación de los niños debe empezar desde su nacimiento, tanto en su propio interés como en el de los padres que tienen también necesidad de reposo.

Cada mujer adora, por lo menos, a dos hombres.

Primero, al que elige para su amor tal y como él es. Y más tarde, a este hombre, pero no ya como es, sino como ella quisiera que fuese.



ANGELITA LA CALLE

Exija
películas
de esta
marca



Son las
mejores
del
mundo

CRUELDA D...

(Cuento) Por VALENTIN DE PEDRO

I

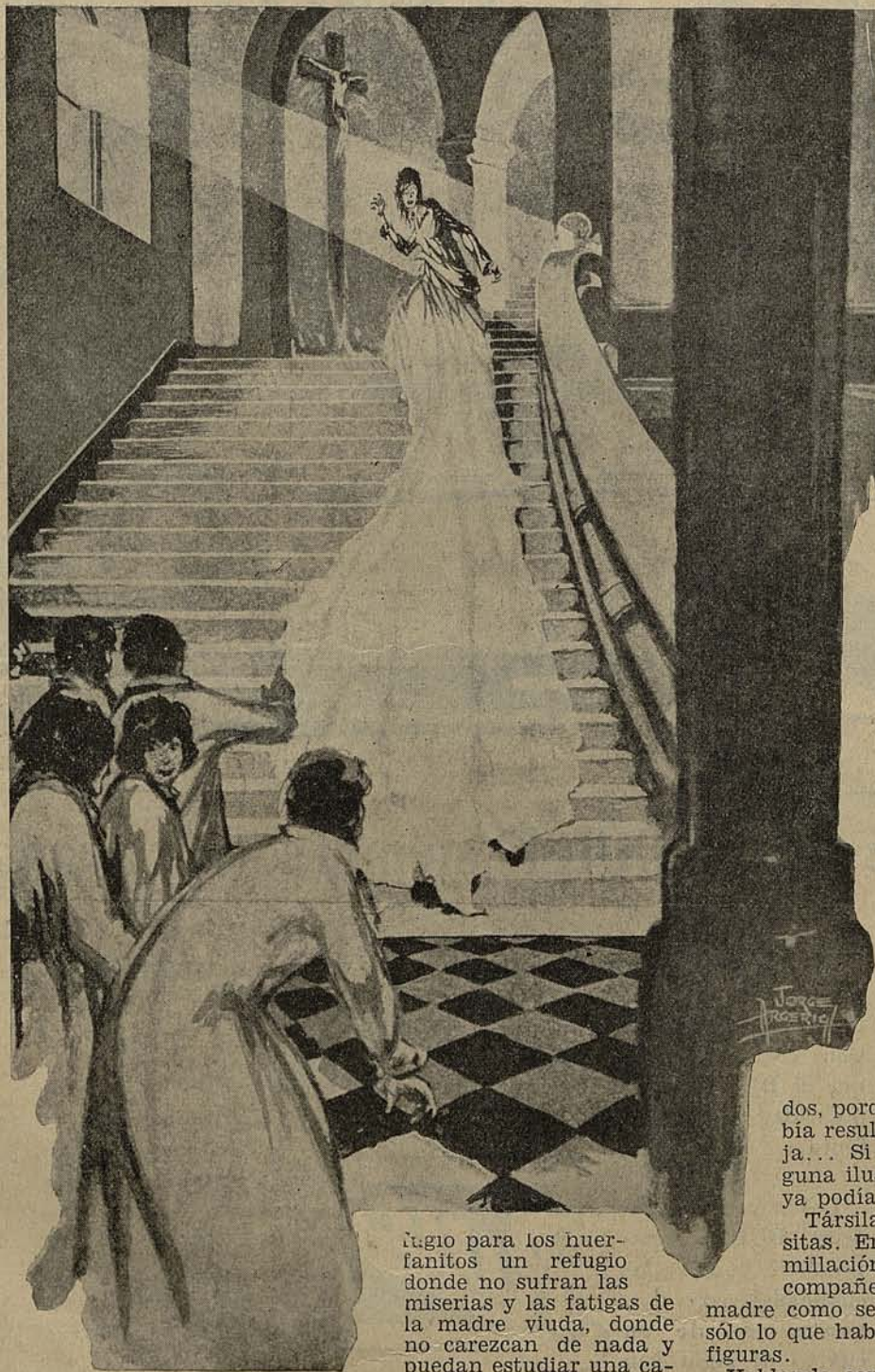
Llevaba muchos años interna en aquel colegio. Era la más antigua. Todas sus compañeras de ahora, se habían encontrado con ella al llegar; y ella había visto marcharse a todas sus compañeras de antaño; las que estaban allí cuando llegó, las que ingresaron al mismo tiempo que ella, y aun otras que llegaron después. Dijérase que allí había nacido y que allí había de pasar toda la vida.

Ni siquiera estudiaba. Y no porque hubiese terminado ya su carrera, sino porque las monjas habían renunciado hacía tiempo a la tarea inútil de enseñarle nada. Inútil, porque su cerebro parecía cerrado a todos los llamamientos del aprendizaje. Su puesto hubiese estado perpetuamente entre las más pequeñas. Y, como además de no aprender nada era una perturbación en las clases, dejó de asistir a ellas. Así era sólo compañera a medias de las demás; mitad compañera y mitad bufón. Piedra de toque de todas las burlas; hazmerreír de todas sus compañeras. Raramente se le designaba por su nombre— llamábase Társila, sino aplicándole un remoque burlesco: "Escampavía", "Marizápalos", "Pájaro bobo..." Aunque el mote más socorrido y vulgar era el de "la tonta". Ya el hecho de llamarse Társila servía de regocijo a las muchachas, por lo exótico del nombre, y con frecuencia la decían "Pánfila", fingiendo equivocarse.

I I

Aquel pensionado suponía, para las educandas, un paréntesis más o menos largo, que la desgracia abría en sus vidas. Se trataba de un colegio para huérfanas de no sé qué cuerpo de servidores del Estado, sostenido por la magnificencia oficial y regentado por monjas.

Llegaba siempre la madre, muy enlutada, con la niña de la mano. Y era siempre la misma historia: el hogar feliz que se desmorona a la muerte del marido; el sueldo que permitía vivir con cierta holgura, reducido a una misera pensión; la necesidad de buscar un re-



ugio para los huérfanos un refugio donde no sufran las miserias y las fatigas de la madre viuda, donde no carezcan de nada y puedan estudiar una carrera, o recibir—al me-

nos — una educación decorosa.

Allí se hacían mujeres. Algunas, muy pocas, eran libertadas de aquel encierro antes de terminar sus estudios. Buena señal; pues suponía un mejoramiento económico en sus casas, lo que solía ocurrir por un nuevo casamiento de sus madres. Pero, en la mayoría de los casos, las niñas se quedaban allí hasta terminar sus estudios, ya mujercitas, y salían en condiciones de no ser una carga para su familia.

Las madres, cuando aparecían por primera vez con sus hijas, mostraban aún, bajo el luto reciente, un frescor de juventud, y en su indumento asomaba la gracia de la coquetería. Y, año tras año, iban todas tomando el mismo aire, pa-

reciéndose entre sí; como si fueran dejándose de ser mujeres para ser solamente al mismo tiempo que sus ropas negras, envejeciendo prematuramente, yendo ya siempre por la vida con un aire de aflicción.

La madre de Társila era la más vieja, la más lamentable de todas. Encarnación de cuanto tiene la viudez de más triste: soledad, pobreza, abandono. Siempre contando desdichas, siempre atosigada por la desgracia. Iba a ver a su hija de tarde en tarde; no la sacaba nunca en los meses de vacaciones. A veces, hasta llegaron a pensar en el colegio que se había muerto. Y ya cuando todos parecían olvidados de ella, aparecía de nuevo en una tarde de visita, más consumida, más rengueante, más encorvada, como si la vejez se ensañara con ella, dándole una fealdad de bruja. ¡ay! Ella había tenido dos hijos— un varón y una mujer — y ninguno de los dos le valían para nada. Sólo ella sabía lo que había hecho para sacar adelante al hijo, sin que sus sacrificios se viesen compensa-

dos, porque en fin de cuentas había resultado un perdido; y su hija... Si alguna esperanza, si alguna ilusión había puesto en ella, ya podía estar bien desengañada.

Társila no le agradecía sus visitas. Era un motivo más de humillación; porque sabía que sus compañeras se burlaban de su madre como se burlaban de ella. Veían sólo lo que había de grotesco en sus dos figuras.

Hablando con su hija, asomaba a los ojos de la madre un fulgor de locura. Le contaba una vieja historia:

—No las hagas caso... Todo lo que te hacen es por envidia... Porque tú serás rica, hija mía... Y lucirás como ninguna... Y gozarás de la vida más que todas ellas juntas...

I I I

Era una vieja historia, que sabían todas las compañeras de "la tonta". La madre de ésta había encontrado entre los papeles de su difunto marido unas acciones de una hipotética mina de plata, en las que había empleado buena parte de su ahorros, con la esperanza de tener una ganancia fabulosa. Pero



Correspondencia de París.

UN SINDICATO DE MARIDOS

Se anuncia que en una pequeña ciudad de Alemania, los maridos se han reunido para fundar un sindicato secreto. Cada uno de ellos paga una cuota, y en caso que alguno quiera divorciarse, es el sindicato el que se encarga de todos los gastos. Esta singular decisión fué tomada a propósito de que, cierto número de damas de la ciudad, han tomado demasiado en serio sus deberes de electoras, y no piensan sino en la política. Asisten a una multitud de meetings, de comisiones y subcomisiones, y abandonan demasiado su hogar.

Los cuidados del menaje les parecen indignos de su magisterio de ciudadanas electoras, y la cocina no está vigilada convenientemente.

La divertida observación de M. Gastón Gerard, fino grunmet, diputado de Guijón y abogado, se verifica una vez más. Este gran embajador de vinos de Francia, afirma que jamás ha querido divorciarse ningún marido, cuya esposa vigi-

le atentamente su "cordon bleu". Yo agregaría, para corroborar este acerto, que el país donde se come peor en el mundo, es también el país donde hay más divorcios: América. Allí no se consume sino conservas, la cocina no existe; es impersonal, sin arte, química y sintética, salvo, naturalmente, en casa de los millonarios que hacen traer a precio de oro un "chef" de Francia.

Esas esposas que parecen tan modernas — en el mal sentido de la palabra — no son sino una creación del progreso mal entendido y mal adaptado. A decir verdad, no creo que la política las vuelva horripilantes. Siempre ha habido mujeres demasiado satisfechas de sí mismas, que desplazan mucho aire, y cuyo interior les parece teatro demasiado modesto para desplegar convenientemente sus talentos. Siempre ha habido mujeres que pasan la vida haciendo visitas, bailando, jugando bridge, haciéndose ver y admirar. Seguramente pensando en ellas, escribió "La Bruyère": "Hay pocas mujeres tan perfectas que no hayan obligado a su marido lo menos una vez al día, a arrepentirse de haberse casado."

Esta pesimista exageración, en un moralista que, por lo demás, nos ha reconocido tantas virtudes de abnegación y de corazón, puede justificarse o al menos excusarse por el hecho de constatar: que, cuando en una pequeña ciudad se ha formado un sindicato de maridos, algunas mujeres se reúnen para formar corporaciones, donde la vanidad y la envidia entran forzosamente en juego.

★ ★

No me he conmovido mucho por esta información que, mal interpretada por comentaristas tendenciosos, haría creer que basta con acordarnos algunas libertades, para que abusemos de ellas, y que

el día que seamos electoras, nos vamos a pasar el tiempo en estériles parloteos, abandonando por completo nuestros hogares.

Tal argumento es indigno de una discusión leal, y no se encuentra sino bajo la pluma de adversarios furiosamente apasionados que no quieren darse el trabajo de discutir.

El día en que votemos, habrá cambiado en las costumbres de las mujeres laboriosas — las que no lo son, tienen muchas maneras de pasar el tiempo que no son, el cuidado del hogar—. Las buenas dueñas de casa, no tienen necesidad de andar en reuniones públicas para dar su opinión. Por mi parte declaro que no sentiría el menor deseo, de encontrarme en un bullicioso meeting, entre señores poco escrupulosos de lenguaje, tenida descuidada, y que llenarían la sala, con seguridad, de un olor espeso...

Para resumir, creo que si votáramos, no se modificaría gran cosa, el aspecto de nuestro hogar. Los buenos, permanecerían buenos, y mediocres los mediocres. Pero desde el punto de vista social, habría grandes cambios, sobre todo en lo que concierne a la legislación de la mujer y el niño. Los salarios femeninos serían semanalmente protegidos respecto de los maridos poco escrupulosos. Desaparecerían, ciertamente, algunos arbitrarios tratamientos de los que aún somos víctimas, y nuestros salarios dejarían de ser, por lo general, inferiores a los de los hombres.

Desde el punto de vista político, grandes metamorfosis se producirían también. Pero este es un peligroso tema que es mejor no abordar.

★ ★

En cuanto al sindicato de maridos, no es cosa de tomarlo muy en serio, tratándose como se trata, de alemanes. Cuando tres alemanes se encuentran en el extranjero, se dice, lo primero que hacen es formar una sociedad: un presidente, un vicepresidente, un secretario general... El sindicato de maridos, es una sociedad más, en un país donde estas se cuentan por millares...

Sin embargo puede sacarse de esta iniciativa, un aspecto moral. Ya hemos visto formarse en los EE. UU. una sociedad de ese género. Maridos poco satisfechos de verse considerados como máquinas fabricadoras de dollars, han levantado el estandarte de la revolución.

La felicidad conyugal habita en las fronteras del círculo familiar. La mujer no gana nada con llevar un vida para el exterior. Hay un mundo entre una emancipación racional, fundada en la justicia, — y la licencia. Ternura y abnegación: los dos polos del matrimonio. De modo que pueda decirse: "El matrimonio, es sin lugar a duda, el estado de perfección social". ¿Sabéis quien pronunció esas palabras? Napoleón...

CONSECUENCIAS DE LA ACIDEZ ESTOMACAL

La mayor parte de las dolencias digestivas son debidas o van acompañadas de una acumulación de elementos ácidos cuyas consecuencias son la dilatación de las mucosas, acedías, ardores, pesadeces, así como la indigestión y fermentación de los alimentos. Si sufre Ud. de estas dolencias, tome la Magnesia Bisurada que protege los delicados epitelios del estómago y facilita el buen funcionamiento del tramo digestivo. La Magnesia Bisurada, M. R., se vende en todas las farmacias y es el único medio que la terapéutica preconiza para corregir los efectos de una acidez excesiva.

Base: Magnesia y Bismuto.



LA MAS GRANDE PELICULA DE 1929

LA DANZA ROJA

CON

DOLORES DEL RIO

y CHARLES FARRELL

CRUELDA D...

(Cuento) Por VALENTIN DE PEDRO

I

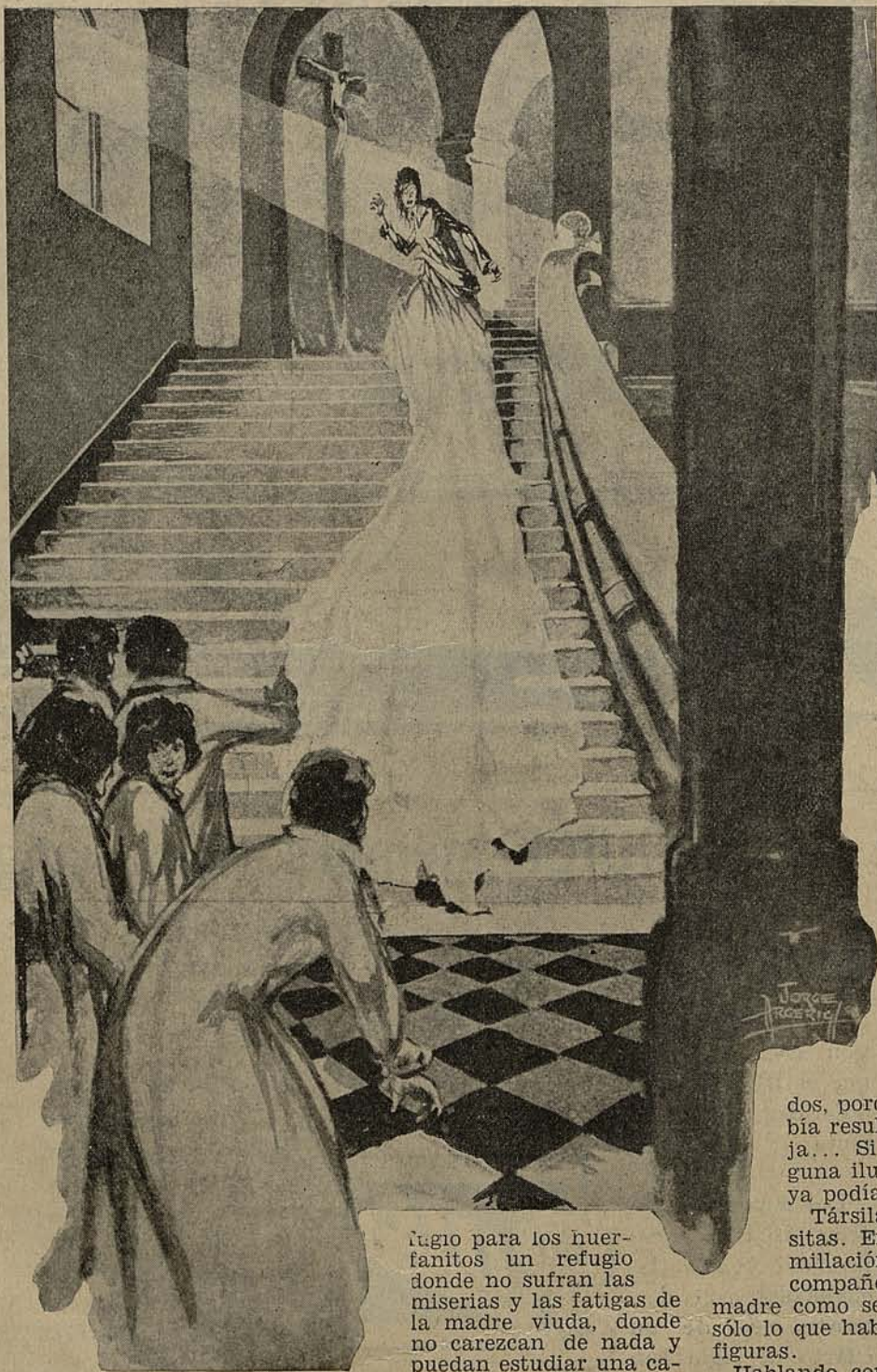
Llevaba muchos años interna en aquel colegio. Era la más antigua. Todas sus compañeras de ahora, se habían encontrado con ella al llegar; y ella había visto marcharse a todas sus compañeras de antaño; las que estaban allí cuando llegó, las que ingresaron al mismo tiempo que ella, y aun otras que llegaron después. Dijérase que allí había nacido y que allí había de pasar toda la vida.

Ni siquiera estudiaba. Y no porque hubiese terminado ya su carrera, sino porque las monjas habían renunciado hacia tiempo a la tarea inútil de enseñarle nada. Inútil, porque su cerebro parecía cerrado a todos los llamamientos del aprendizaje. Su puesto hubiese estado perpetuamente entre las más pequeñas. Y, como además de no aprender nada era una perturbación en las clases, dejó de asistir a ellas. Así era sólo compañera a medias de las demás; mitad compañera y mitad bufón. Piedra de toque de todas las burlas; hazmerreír de todas sus compañeras. Raramente se le designaba por su nombre— llamábase Társila, sino aplicándole un remoque burlesco: "Escampavía", "Marizápalos", "Pájaro bobo..." Aunque el mote más socorrido y vulgar era el de "la tonta". Ya el hecho de llamarse Társila servía de regocijo a las muchachas, por lo exótico del nombre, y con frecuencia la decían "Pánfila", fingiendo equivocarse.

II

Aquel pensionado suponía, para las educandas, un paréntesis más o menos largo, que la desgracia abría en sus vidas. Se trataba de un colegio para huérfanas de no sé qué cuerpo de servidores del Estado, sostenido por la magnificencia oficial y regentado por monjas.

Llegaba siempre la madre, muy enlutada, con la niña de la mano. Y era siempre la misma historia: el hogar feliz que se desmorona a la muerte del marido; el sueldo que permitía vivir con cierta holgura, reducido a una misera pensión; la necesidad de buscar un re-



fugio para los huérfanos un refugio donde no sufran las miserias y las fatigas de la madre viuda, donde no carezcan de nada y puedan estudiar una carrera, o recibir—al me-

nos — una educación decorosa.

Allí se hacían mujeres. Algunas, muy pocas, eran libertadas de aquel encierro antes de terminar sus estudios. Buena señal; pues suponía un mejoramiento económico en sus casas, lo que solía ocurrir por un nuevo casamiento de sus madres. Pero, en la mayoría de los casos, las niñas se quedaban allí hasta terminar sus estudios, ya mujercitas, y salían en condiciones de no ser una carga para su familia.

Las madres, cuando aparecían por primera vez con sus hijas, mostraban aún, bajo el luto reciente, un frescor de juventud, y en su indumento asomaba la gracia de la coquetería. Y, año tras año, iban todas tomando el mismo aire, pa-

reciéndose entre sí; como si fueran dejándose de ser mujeres para ser solamente al mismo tiempo que sus ropas negras, envejeciendo prematuramente, yendo ya siempre por la vida con un aire de aflicción.

La madre de Társila era la más vieja, la más lamentable de todas. Encarnación de cuanto tiene la vida de más triste: soledad, pobreza, abandono. Siempre contando desdichas, siempre atosigada por la desgracia. Iba a ver a su hija de tarde en tarde; no la sacaba nunca en los meses de vacaciones. A veces, hasta llegaron a pensar en el colegio que se había muerto. Y ya cuando todos parecían olvidados de ella, aparecía de nuevo en una tarde de visita, más consumida, más rengueante, más encorvada, como si la vejez se ensañara con ella, dándole una fealdad de bruja. ¡ay! Ella había tenido dos hijos— un varón y una mujer — y ninguno de los dos le valían para nada. Sólo ella sabía lo que había hecho para sacar adelante al hijo, sin que sus sacrificios se viesen compensa-

dos, porque en fin de cuentas había resultado un perdido; y su hija... Si alguna esperanza, si alguna ilusión había puesto en ella, ya podía estar bien desengañada.

Társila no le agradecía sus visitas. Era un motivo más de humillación; porque sabía que sus compañeras se burlaban de su madre como se burlaban de ella. Veían sólo lo que había de grotesco en sus dos figuras.

Hablando con su hija, asomaba a los ojos de la madre un fulgor de locura. Le contaba una vieja historia:

—No las hagas caso... Todo lo que te hacen es por envidia... Porque tú serás rica, hija mía... Y lucirás como ninguna... Y gozarás de la vida más que todas ellas juntas...

III

Era una vieja historia, que sabían todas las compañeras de "la tonta". La madre de ésta había encontrado entre los papeles de su difunto marido unas acciones de una hipotética mina de plata, en las que había empleado buena parte de su ahorros, con la esperanza de tener una ganancia fabulosa. Pero

al empezar la explotación, se encontraron con que la plata no existía y la compañía explotadora se declaró en quiebra.

Sin embargo, la madre de Tarsila no se resignaba a aceptar la inexistencia de aquella mina. Los agentes de negocios, cuando intentó vender las acciones, le dijeron que aquellos papeles no tenían ningún valor. Sólo en el caso de que se encontrara el filón... lo que era muy difícil, porque todos los trabajos que se habían hecho para encontrarlo habían resultado inútiles...

La buena mujer no podía convencerse de que aquella mina era creación fantástica de un hábil estafador, y esperaba el día en que se encontrara el filón. Con las acciones, papeles sin valor ninguno, hacía los castillos de sus sueños.

Serían ricos... Y en las horas de mayor negrura se aferraba a aquellos papeles. Era el consuelo de su pobreza. El único regalo que podía hacer a sus hijos, regalo de una ilusión que ella hacía valer como el presente más costoso.

Al principio, aquella historia fué oída con credulidad en el colegio. La madre y la hija pudieron darse tono de personas importantes a las que espera una mañana magnífica. Pero como esa mañana no llegaba nunca, ya no era posible creer en ella. Y, al dejar de creer, pagaron en la muchacha el engaño; no la perdonaban el que durante algún tiempo la considerasen como persona de calidad. Para vengarse, sus compañeras se complacían en humillarla.

—¿Sabes lo que tú eres? Una pobreta... Una pobreta...

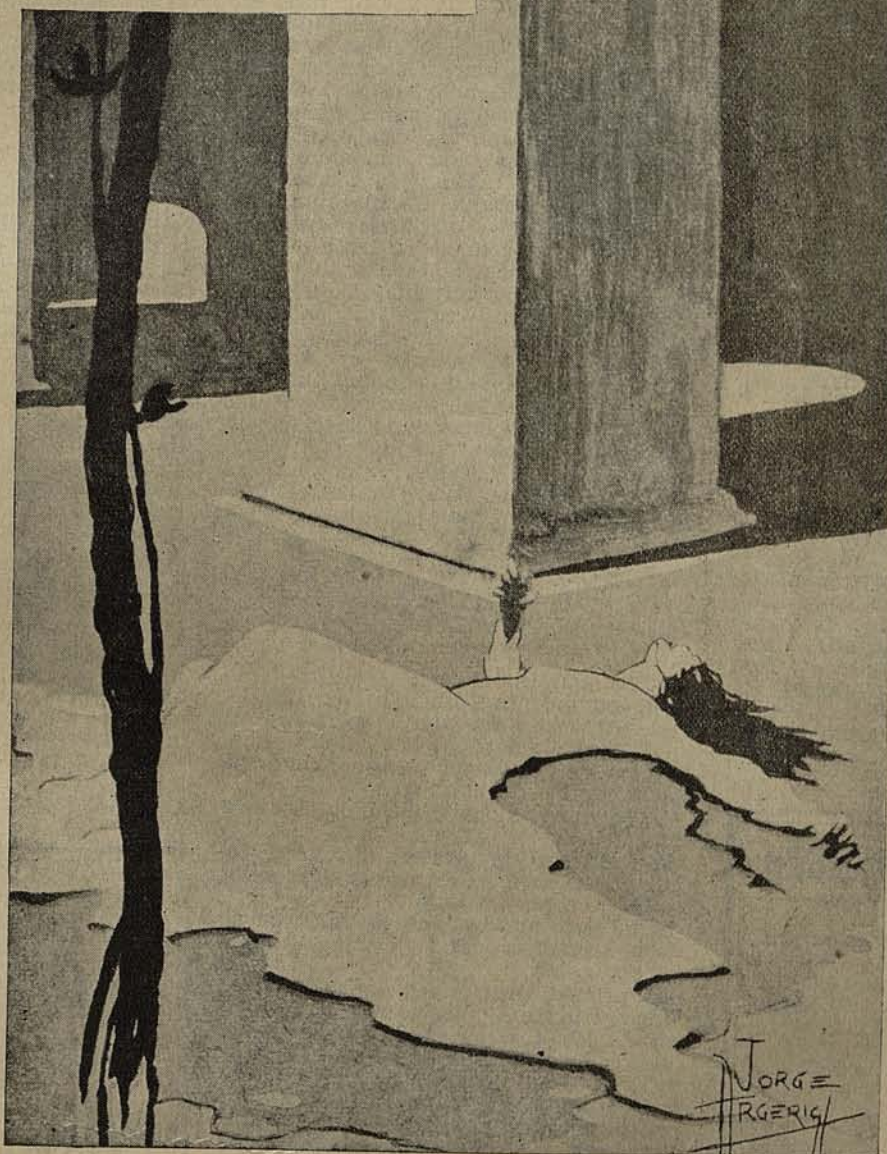
IV

En realidad, todas eran pobres; pero había en las compañeras de Tarsila una complacencia en demostrarle que ella era la más pobre de todas.

Durante las vacaciones, mientras las demás iban a sus casas, ella permanecía en el colegio. Y el no poder salir, como las demás, era su mayor tortura. Porque al volver, todas eran a abrirla, contando las excelencias de la vida que había llevado en los días de asueto. Ponían especial empeño en demostrarle que, mientras ella había seguido allí encerrada, haciendo la vida monótona de todos los días, se habían divertido enormemente. Como nadie podía comprobar lo que había hecho cada una, libres de toda mirada fiscalizadora, echaban a volar su imaginación...

La verdad era que salían a compartir la pobreza de sus casas, que se divertían bien poco y que no podían gozar de ningún lujo. Eran esas muchachas cursitas que aparecen en los veranos en los paseos de la ciudad, y que participan con el aire cohibido y los ojos soñadores

—de las diversiones inocentes y gratuitas que organiza el municipio. Pero, como la vida corre a su alrededor, y se ven cerca de la realidad soñada, se imaginan ser la muchacha que pasa en el “auto”, la que va todas las noches a la terraza de un cinematógrafo, o a un teatro, la que no se priva de ninguna verbena ni de ninguna fiesta, la que va a veranear a una playa de moda. Dan por hecho lo



que hubiesen querido hacer; pero como entre ellas la fantasía va en competencia, no pueden darse celos ni envidia. ¡En cambio con “la tonta”...! La pobre, condenada a encierro perpetuo, no puede oponer a las fantásticas historias que le haya acontecido a ella. Lo más que la cuentan, ningún hecho notable que hace a veces, es un movimiento de rebeldía, es mostrarse incrédula; lo que es peor para ella, porque entonces concita el odio de sus compañeras, y tiene que oír, además de las palabras dichas para darle envidia, otras palabras de humillación y de desprecio.

En su pobre cerebro, donde no hay cabida para la geografía, ni la aritmética, ni la historia, hay—en cambio—espacio para pensamientos vanos. Ella quiere, al igual que sus compañeras, lucir, y gozar de la vida, y triunfar... Y aquella apetencia ha de vivir encerrada en su alma, torturándola, sin encontrar siquiera—como en sus compañeras—el desahogo de su imaginación.

Un sordo rencor crece en su alma, contra todo lo que la rodea. De buena gana se volvería contra las muchachas de su edad, contestando a sus vanidosas presunciones con arañazos y mordiscos, pero ha de callar y estarse quieta, porque su miedo es tan grande como su envidia. Y aquel rencor escondido estalla de pronto; busca querrela con las más pequeñas, a las que puede fácilmente dominar con su fuerza y pegar a sus anchas. En estos casos se pone hecha una furia, descompuesta, loca, y si no acudieran a tiempo llegaría al crimen. Entre las colegialas cunde la indignación y la protesta. “No es sólo tonta, sino también mala” —afirman—. Las monjas le imponen severos castigos, la aíslan de sus compañeras. Y al cabo de unos días, vuelve a aparecer entre ellas, con ese aire temeroso y huidizo de los perros que han cometido una falta y se arrastran alrededor del amo espiando sus movimientos...

V

“Las mayores”—como llaman en el colegio al grupo que forman las educandas de más edad, las que están en las clases superiores y son ya unas mujercitas—están revolucionadas, se reúnen, comentan. Tienen el rostro encendido, sus pupilas brillantes. Su desasosiego, su excitación, proviene del hecho que no

cesan de comentar; una de sus compañeras, que abandonó el colegio el año anterior para ir a vivir entre los suyos, acaba de casarse. Y ha estado con su flamante marido, a visitar a las monjas y a sus antiguas discípulas. Aquella visita tiene en el colegio una trascendencia enorme, sobre todo para “las mayores”, que ven realizado su destino en la compañera que acaba de casarse. Viven esperando al hombre que se adelantará un día hasta ellas, ofreciéndoles su brazo para ir a la iglesia. Sueñan con lo que toda boda tiene de espectacular. Ahora, en un grupo, se habla del tra-

je de la novia. La ex compañera les ha enseñado un retrato, el obligado retrato de recién casados, donde aparece con el traje blanco, la diadema, el velo, los azahares... El traje no es del gusto de todas. Y, mientras hay quien aspira a llevar uno así el día de sus esponsales, otras le ponen defectos y dicen cómo ha de ser el que ellas lleven. "La tonta" se acerca al grupo; parece beber ávidamente las palabras de unas y otras; también su rostro está encendido; también en sus pupilas hay un vivo fulgor. Ella también se ve como una posible novia, lo mismo que las demás, y también ella tiene que hacer su comentario. Cuando ha empezado a hablar, se ha hecho a su alrededor un silencio entre curioso y burlón, como si cada una se dijera para sí: "vamos a ver, vamos a ver qué dice está desgraciada". Y Társila dice:

—Mi traje de novia tendrá una cola larga, muy larga... Y me casaré en una iglesia que tenga una gran escalinata, para que al subir y al bajar, arrastre la cola por los escalones...

Una carcajada general ahoga sus palabras. La hacen objeto de las burlas más sangrientas, la zarandean, la insultan. Está tan lejos del ánimo de todas el que aquella infeliz pueda casarse, que su sola suposición les parece algo descabellado y grotesco.

Corrida por las risas y las burlas, se aísla de sus compañeras, más entontecida que nunca, escondiéndose por los rincones, mirando a todas partes con desconfianza; como si ocultara algo a la mirada burlona de sus compañeras: aquel sueño de novia del que hacen escarnio, como de todo lo suyo.

V I

Una, la más traviesa y avispada de todas, va de cama en cama, poniendo en guardia a sus compañeras para que no

se duerman; es necesario que estén prontas para sorprender a Társila.

—¿Eh?
—Yo os aseguro que nos vamos a divertir. "La tonta" maquina algo...

En el silencio de la noche, corre de cama en cama, en el dormitorio de "las mayores", un susurro que es un presagio...

V I I

Társila se levanta cautelosamente, segura de que nadie advierte su maniobra. Sale del dormitorio y cruza los oscuros corredores como un blanco fantasma. Llega al vestíbulo, de donde arranca la escalera de mármol que conduce al primer piso. Una luz lechosa, luz de luna que penetra por grandes ventanales, ilumina fantasmagóricamente aquella escena.

La muchacha se detiene al pie de la escalera. Si vacila no es de miedo; es por el temor de que alguien la vea. Y, sin embargo, ella es miedosa, terriblemente miedosa; incapaz de dar un paso en la obscuridad sin sentirse dominada por un terror invencible, sin echar a correr gritando desfavorida. ¿Qué fuerza es la que ahora la sostiene y anima? Quiere vivir a solas su sueño, aquel sueño del cual se han burlado tan cruelmente sus compañeras. Trae en sus manos un gran bulto blanco; lo deslía. Ha cosido una a otra las dos sábanas de su cama, que forman—unidas—un lienzo enormemente largo; la cola de su traje de novia. Sujeta una extremidad a su cintura, y adoptando un aire majestuoso, empieza a subir lentamente la escalera, complaciéndose en sentir cómo se arrastra tras ella la larga cola.

Está fuera del mundo. Se imagina vestida de sedas y de tules, envuelta en una nube de incienso, acariciado su oído por una música celestial.

Y de pronto, la vuelve a la realidad una infernal algarabía de risas y gri-

tos. Al pie de la escalera, se apiñan las colegialas, poseídas de una loca alegría infantil ante el espectáculo que las ofrece la infeliz compañera. No ponen sordina a su algarabía, porque cuando acuden las monjas al rumor del escándalo toda la culpa caerá sobre "la tonta". Esta se ha detenido, allá en lo alto de la escalera, como petrificada. Mira a sus compañeras con ojos extraviados. Arreccion los gritos y las risas; la incitan a que siga subiendo.

Cunde la alarma en el colegio; se encienden las luces; acuden precipitadamente algunas monjas... Y allá arriba, en la escalera, la pobre Társila como un animal acorralado, tiembla con una rabia feroz y contenida.

Quisiera desaparecer, que la tierra se la tragara... Y huye hacia arriba, desesperadamente, de la burla cruel y del castigo que la espera...

V I I I

Poco después ya nadie ríe. Hay un revuelo asustado de tocas monjiles. Las educandas han sido encerradas en sus dormitorios. La noche del colegio se ha poblado de luces, de lamentos y de rezos. Ninguna de las muchachas podrá dormir. Aunque cierren sus ojos, no dejarán de ver a "la tonta" en un charco de sangre, rota su vida al caer desde la azotea sobre las losas del patio.

Con una crueldad inconsciente, no habían pensado que la hazmerreír, aquella desdichada criatura que las servía de bufón, tenía un corazón como el de ellas. ¡Si lo hubiesen sabido!... ¿Quién iba a pensar que se mataría?...

De vez en cuando, un sollozo revela lo agudo de su remordimiento. Todas están poseídas de un miedo terrible, como si esperasen de un momento a otro la acusación de la muerte. Acaso no olviden nunca a aquella desdichada y su recuerdo punzante trueque en sus almas—ya para siempre—la burla por la piedad...

H I S T O R I C O

—¡Bonjour, monsieur!
—Good morning, Sir.
—Nous avons un temps splendide.
—I beg your pardon! but I don't know.
—Je vous disais: un voyage comme ça, c'est e comble du bonheur.
—Yes you are right but I don't know what you say!

El resultado siempre era el mismo: tenían que separarse los dos matrimonios y cada uno por su lado.

Echábanse mutuamente la culpa de no haber aprendido cuando jóvenes un idioma extranjero.

De pronto, unas risas llenas de vida y unos gritos infantiles llamaron la atención de los dos matrimonios aburridos, y vieron con gran sorpresa que sus respectivos hijitos, a pesar de hablar cada uno solamente su idioma, se entendían a la perfección y jugaban como locos, adivinando sus más pequeñas intenciones; quedaron aquellos papás maravillados y avergonzados, al ver que ellos, en la plenitud de su talento y hombres de carrera y ellas, dos señoras distinguidísimas, de mucho tacto y talento, no podían cambiar entre sí una sola palabra y en cambio sus hijos, sentaditos en el suelo, jugaban y conversaban y lo más hermoso es "que se entendían a la perfección".

—¡Bon Dieu de bon Dieu!! voila una chose épatante —dijo el francés.

—Look, Mary —dijo el inglés a su esposa, "it's wonderful". En este momento acertó a pasar por allí el capitán del buque, el cual, como buen capitán, y alemán por más señas, dominaba varios idiomas.

Le explicaron la causa de su sorpresa,

y el capitán, encendiendo su pipa y con mucha flema contestó:

—Esto es natural: los niños de ustedes no conocen más lenguaje que el de la infancia, y éste es universal entre ellos, o sea, el idioma de los ojos, el de la inocencia, que es el de los ángeles; mientras que ustedes, sólo hablan el idioma de las personas, el de los "Picaros".

—¡C'est ça! —dijo el francés.
—¡That's so! —dijo el inglés; y siguió riendo hacia el puente el buen capitán.

INSTITUTO DE BELLEZA



UNICO EN SU GÉNERO EN SUD AMERICA Y DE FAMA MUNDIAL

Impuesta de que hay quien vende preparaciones diciendo que son de mi establecimiento, pongo en conocimiento del público que ni mi

tratamiento Bizzornini, ni ninguna de las preparaciones para el embellecimiento de la cara, busto y manos, se vende fuera de mi establecimiento, no tengo sucursal aquí ni fuera de Santiago, ni en ninguna parte. Para garantía llevarán todas mis preparaciones mi retrato, que será la marca registrada de todos mis productos.

Todo pedido de fuera debe hacerse directamente a mi establecimiento e inmediatamente se envía.

Pida prospecto gratis a
Dra. ELVA LARRAZAVAL DE TAGLE

SAN ANTONIO NUM. 265

CASILLA N.º 2165 — SANTIAGO

Canosos

NO PIERDAN SU TIEMPO EN ENSAYOS CUANDO TIENEN A LA MANO

LA TINTURA FRANCOIS
INSTANTANEA

(M. R.)

La única que devuelve en algunos minutos y con una sola aplicación el color natural de la juventud, su negro, castaño oscuro, castaño o castaño claro, y que ha probado sus buenos resultados desde 20 años que se vende en todas las Farmacias. Autorizada por la Dirección General de Sanidad, Decreto N.º 2505.

LO QUE
ELLOS SERAN



Una posible
belleza fu-
tura.



Este es feo...
pero esos ojos
denuncian
que hay algo
dentro.

*Una
deliciosa
familia
perruna*



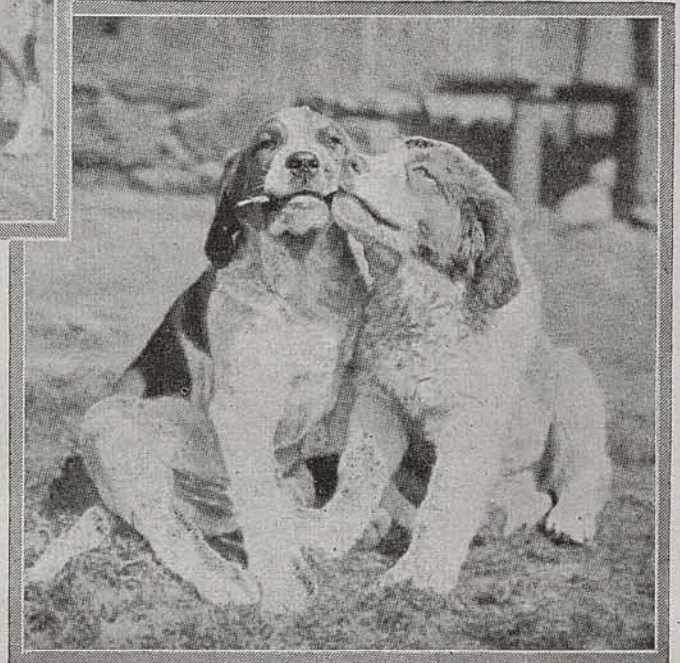
Esperan el almuerzo con verdadera ansiedad.



Siempre hay que ser valiente, César.



Uno que entiende.



Se sienten tan hermanos, a pesar del hueso...



La siesta después del almuerzo.

DE LA VIDA DEL CINE



CHARLES SPENCER CHAPLIN, el popularísimo y verdaderamente genial, "Charlie", en la visita que hizo al estudio en que se filma "Ritzy Rosie", segunda cinta estelar de Alice White, para la First National. De izquierda a derecha: Ep. Asher, productor de la obra; Chaplin, Thelma Todd, que desempeña un papel prominente en el reparto, y Mervyn Le-Roy, el director.



CLARA BOW, la más inquieta de las estrellas cinematográficas de primera magnitud, siente un entusiasmo inagotable por el mar. En traje de baño, sentada sobre el muelle del club, viendo cómo los yates fastuosos se balancean sobre la espuma, la señorita Bow es completamente feliz...



HAROLD LLOYD, el popularísimo humorista de la Paramount, en una de esas cómicas escenas que hacen las delicias de jóvenes y viejos de todos los sexos, razas y países.

VOLVERA EL VESTIDO LARGO

El vestido comienza a alargarse insensiblemente. Estos modelos pueden dar la medida de la nueva evolución de la moda que, acaso, reserva sorpresas únicas.



Estampas del
exótico y lejano
Japón



Paisaje de otoño.



Paisaje lunar.



Una musmé.



Una pagoda en un bosque sagrado.



La cima nevada del Fusi-yama.

EL PERFECTO ELEGANTE

Una serie de trajes masculinos



He aquí, también, una serie de trajes, modelos de elegancia masculina. Traje de deportes, que aunque aparecen para el sky o el patin en el hielo, pueden ser adaptados fácilmente para otros deportes interesantes. El pantalón amplio, el chaleco cruzado, el abrigo suelto, denuncian una continuidad en la tradicional elegancia.



DE TODAS PARTES



El Príncipe de Gales, la Princesa María y el Príncipe Alberto, Duque de York, en 1900



Payne Whitney Payson, que acaba de cumplir un año, es el más joven de los herederos de la enorme fortuna dejada por Mr. Payne Whitney, sportsman y financista. Se calcula que dicha fortuna es de 178,000,000 de dólares, la más grande que haya sido dejada por una sola persona.



Esta curiosa fotografía es del Congreso de Fumadores, celebrado hace poco. Se ensaya la prueba de velocidad.



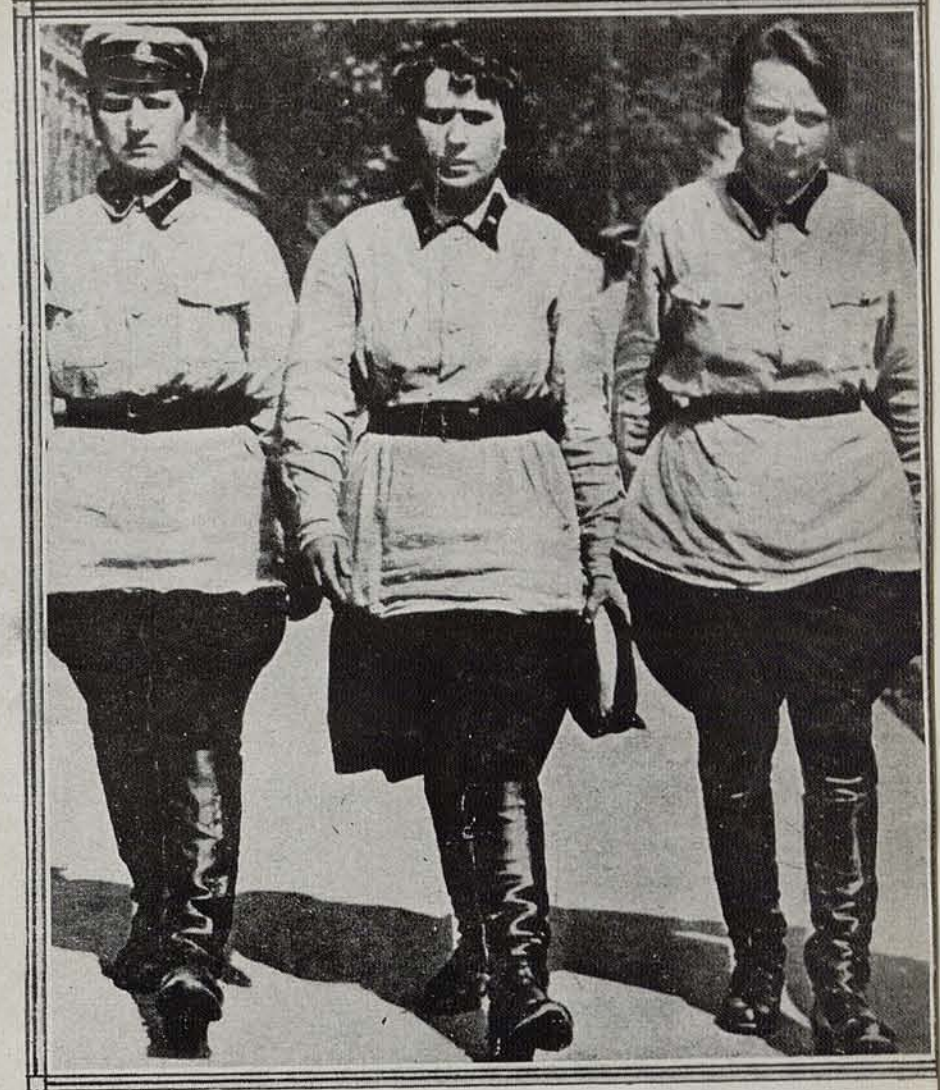
Cosas de todo el mundo



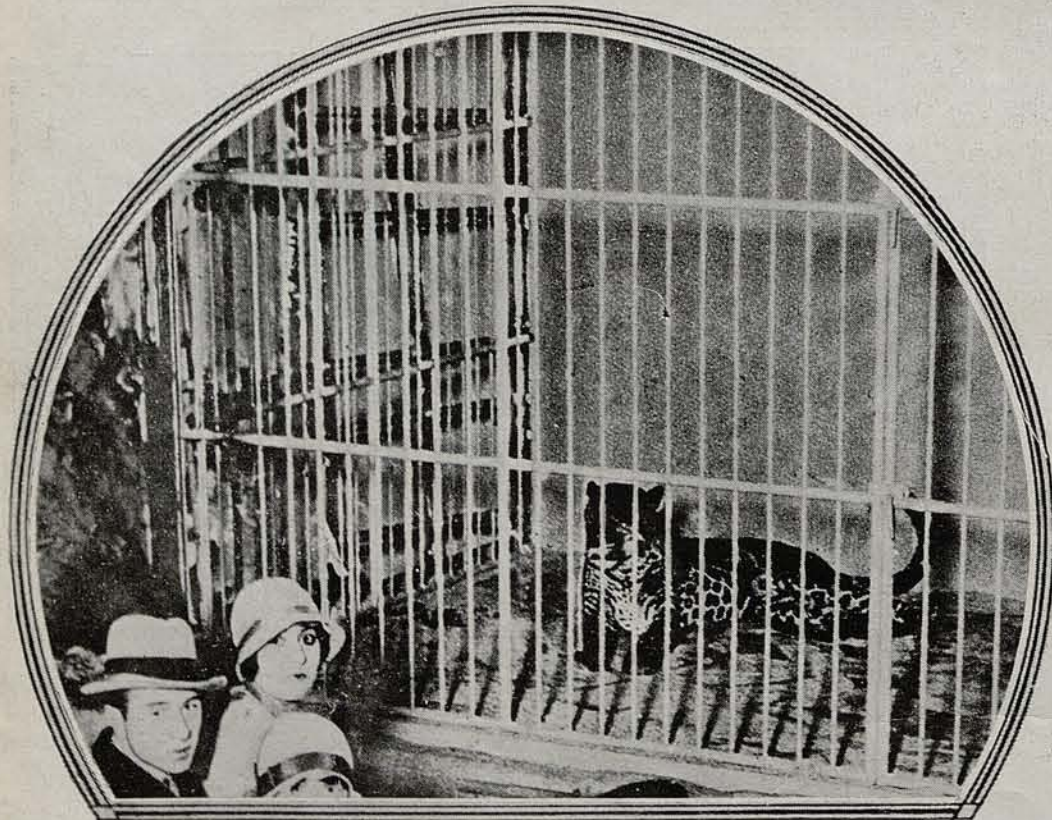
He aquí un verdadero campeón. Este niño, al que el oficial de marina acoge con un gesto protector, ha cruzado el Atlántico una vez más de los años que cuenta. Tiene cinco años y le ha cruzado seis veces. Esta vez se ha lanzado nuevamente a la travesía en un barco alemán: el "Colombus".



Esta jovencita, más bien niña—tiene solamente doce años—es una inglesa que comienza a ser la estrella de moda. Se llama Betty Joan Carter y los empresarios la disputan, asegurando que sobrepujará a Jackie Coogan. Su madre, sin embargo, ha rechazado ya dos contratos y la hace seguir estudiando en la escuela de la señora de Chicetti, el maestro que entrenó a la Pawlova.



Los Soviets han recurrido a todos los medios para asegurar el orden en sus ciudades. Parece que uno de los que les ha proporcionado mayor éxito es la creación de la policía femenina—tres de cuyos ejemplares tenemos el gusto de presentar a ustedes—la cual, según dicen, se distingue principalmente por su acometividad.



Esta pantera no se encuentra en ningún parque zoológico, sino en una calle de París. El escaparate de unos almacenes la ha instalado para anunciar su negocio de pieles, lo cual ha dado origen a un ruidoso proceso a causa de la aglomeración de público que para verla interrumpía la circulación. El Tribunal juzgador ha estimado que la fiera era inocente y la ha absuelto.



En una fiesta militar austriaca celebrada recientemente, un cabo ha realizado una portentosa hazaña. Se trata del llamado "Salto del Rey", que de ordinario se realizaba por encima de seis caballos colocados en la disposición que se ve en la fotografía.



Mientras aquí nos dedicamos a recoger la uva, en Filipinas, recogen el coco. Y si bien los negritos que realizan esta faena están bastante habituados, tanto al trabajo como al calor, de vez en cuando les gusta sentarse un ratito y beber el agua de la fruta, boteo providencial que, afortunadamente, en esta faena, tienen siempre a mano.

La fotografía Pues bien, este maravilloso acróbata ha dado el famoso salto sobre un caballo más de los acostumbrados, con limpieza absoluta, al menos mientras estaba en el aire. No sabemos qué pasará al llegar al suelo.

Bellezas Europeas



Bellezas europeas reunidas en los Estados Unidos para tomar parte en un concurso en el cual tendrán por rivales a bellezas norteamericanas. De izquierda a derecha: Josefina Viret, representante de Francia; Angela Joyce, de Gran Bretaña; Natli Bair, de Rusia; Jeannette Caubert, de Francia; Nita Smolinske, de Polonia; Jacinta Cobra, de España, y Joy, Ashley, de Gran Bretaña.



JEANNETTE
CAUBERT, de
Francia



JACINTA CO-
BRA, de España



JOY ASHLEY,
belleza de Gran
Bretaña



JOSEFINA VI-
RET, de Fran-
cia

BONITA PAREJA
Fay Gray y Gary Cooper aparecen juntos en "La
"edición de los condenados", una cinta de Paramount
semejante a "Alas". Después, una pareja que forman. A pe-
sar de estar tan amorosos en la fotografía, Fay Gray acaba de ca-
sarse con el autor del argumento de "Alas", y Gary Cooper
está de novio...



ND parece actor de cine Ronald Colman. Cada vez que le vemos pasar por las calles de Hollywood recostado al desgaire en el respaldo de su "roadster", esa es la idea que espontáneamente brota en nuestro cerebro. No parece actor de cine.

Parece un caballero de la vida real, sin afectación: sin esa apariencia de exceso de cuidado en su belleza y en su ropa, que suelen revelar otros películeros; sin ese aire de vanidosa satisfacción con que las "estrellas" pasan ante la multitud, dejando adivinar el pensamiento que va haciendo cosquillas en su presunción: "Toda esta gente me admira".

Con el rostro cabizbajo, y caída el ala del sombrero, Ronald Colman parece más bien que pretende pasar sin que le conozcan.

Quien no hubiera visto jamás una película suya le tomaría por un joven bien acomodado, de buenas costumbres, serio, simpático, varonil, y tal vez preocupado un poquillo, ya sea por algún negocio difícil, o por algún percance amoroso, o por algún otro problema de los muchos que pueden tornar sombrío el rostro de un caballero afortunado.

Sin embargo, Ronald Colman es todo un astro en los estudios de Sam Goldwyn, y trabajó en películas inglesas antes de trasladarse a los Estados Unidos, y aun con anterioridad a aquellos sus primeros trabajos cinematográficos, llevaba ya algún tiempo ganándose la vida en los teatros británicos.

Ronald Colman es inglés. Nació en Richmond (Surrey) el día 9 de febrero de 1891.

Su padre se dedicaba a la importación



RONALD COLMAN

fanteria escocesa de Londres, cayó herido en la primera batalla de Iprés. En 1916 quedó licenciado del Ejército, como inválido, después de haber ascendido de soldado raso a teniente primero. Y entonces fué cuando se le ocurrió seguir la vocación que le empujaba hacia el teatro.

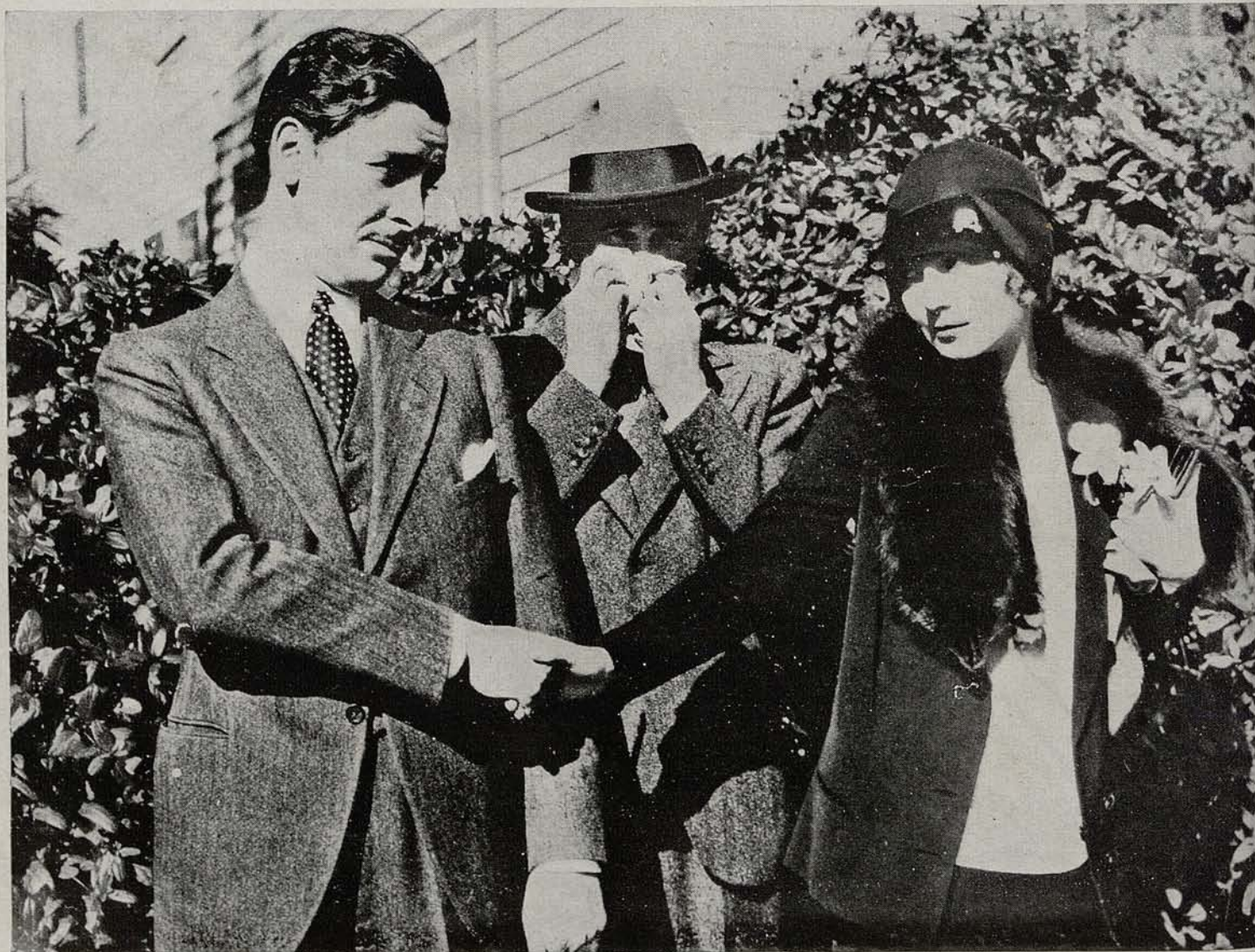
Trabajó en teatros londinenses y en otros de Manchester, de Liverpool y de muchas otras ciudades de las islas británicas. Al principio, le fué bastante bien, porque escaseaban los actores. Pero después empezaron a bajar los salarios y progresaba muy poco Ronald Colman. Dice él mismo que, probablemente, contribuiría también a hacer más desfavorable su situación la circunstancia de que él era muy mal actor (según su propio juicio).

En aquella época, sin dejar de trabajar en el teatro, donde estaba tomando parte en "*Mercancías averiadas*", comenzó a dedicarse al cine. Ganaba, como películero, dos libras esterlinas—o sea, unos 10 dólares—al día. Uno de los productores le habló de contrato; pero le ponía la condición de que tendría que renunciar a las tablas. Ronald pidió entonces un sueldo de 20 libras—unos 100 dólares—a la semana. Y como no llegó a cuajar aquel proyecto, en 1919 se embarcó el actor inglés para los Estados Unidos, no sin antes pedir dinero prestado para el pasaje.

de sedas de la China y del Japón; pero fué un hermano de Ronald quien se hizo cargo, a su debido tiempo, de los negocios del padre.

Ronald intentó abrirse paso por cuenta propia: en la Ingeniería, en la Abogacía, en el Comercio. (No es cierto que haya tenido que ver con la Medicina, a pesar de lo que en tal sentido se ha publicado más de una vez).

A los pocos días de estallar la guerra mundial, ofreció sus servicios a la patria; y, mientras los prestaba con la In-



TERMINADA LA ULTIMA ESCENA de su último film, Ronald Colman y Vilma Banky, se dicen adiós, ante el llanto fingido de Samuel Goldwyn, convencido de que separarlos ahora, es más negocio todavía que unirlos antes.

PANORAMA
MUNDIAL



Los reyes de
España
y el Prin-
cipe de
Gales



Caracteriza-
ciones del
alemán
Franz
Leder-
er



Un tigre jo-
ven del
Zoo de
Berlín



LA PRIMERA REPRENSION

LAS "ESTRELLAS" MAYORES

Vilma Banky, la extraña actriz húngara de los "ojos color violeta", contestando la carta que le ha dirigido un emocionado espectador. Casi aseguráramos que aquél es ninguno, pues que el amor patrio puede obrar el milagro de que una estrella hollywoodense conteste...



Graciosa y alada
como un pájaro



Hé aquí las hermosas
danzas de las artistas
vienesas Gisa Geert
e Ilka Zezulak, que acaban de
fundar una escuela de bailes como
Isadora Duncan.



La Silueta que veremos en Otoño



Cada vez se adorna más la espalda. La espalda de abrigos y trajes, muy sacrificada hasta ahora, viene siendo objeto de sutiles e inteligentes rebuscas. Es justo, puesto que se enseña tanto como la parte delantera de un traje o de un abrigo. ¿Por qué no habría de ofrecer a las miradas el atractivo de adornos igualmente interesantes?

Esto ha parecido justísimo a los modistos y les ha decidido a dar a la espalda el mismo interés que a las partes delanteras. He aquí, por ejemplo, un modelo adorable de paño azul, adornado de bandas que suben en la espalda, donde ya en libertad, forman pequeños y flexibles godets. Lo mismo ocurre en la espalda de las mangas, a la altura del codo.

EL LORO



Fig. 6.—Cubre pasteles



Fig. 7.—Montura de alambre y manera de pasar la cinta.



Fig. 9.—Cabeza del pájaro. (tamaño natural)

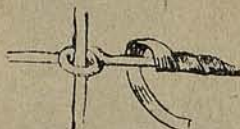


Fig. 8.—Manera de enrollar la cinta en el alambre.

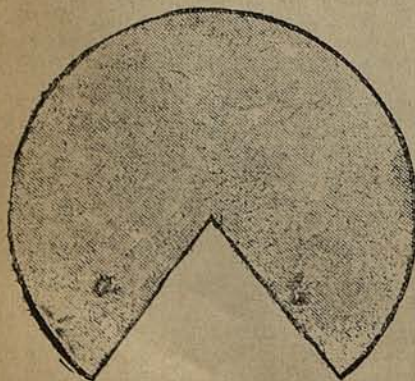


Fig. 10.—Esquema de la flor. Tamaño en que debe cortarse.

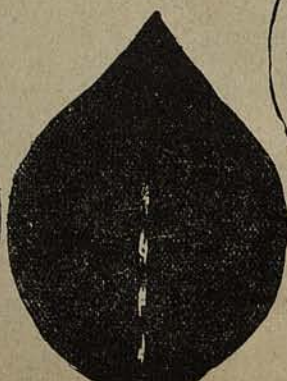


Fig. 11.—Esquema de la hoja. Tamaño en que debe cortarse.



Fig. 12.—Ala. Tamaño en que debe cortarse.

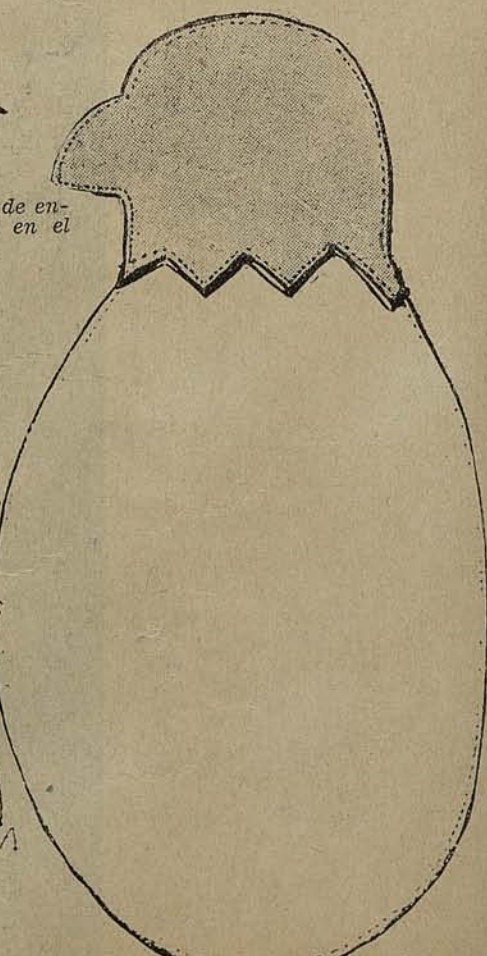


Fig. 13.—Cuerpo y cabeza del pájaro. Tamaño en que debe cortarse.

Es indispensable en el campo, sobre todo cuando se sirve el té en el jardín, cubrir los sandwíchs y los pasteles para librarlos de las moscas y otros bicharracos, tan campestres como desagradables. Este modelo, "el loro", por su aspecto armonioso, dará a la mesa del té la nota campestre deseable. La pequeña jaula está formada por nueve trozos de alambre de treinta centímetros de largo. Se les fija a igual distancia los unos de los otros por medio de dos círculos, teniendo el de la base treinta centímetros de diámetro y el de más arriba, veinticinco. Todos los alambres se reúnen arriba formando una pequeña oreja en la que irá parado el loro. Si no se quiere construir por sí misma este alambrado, se puede emplear un viejo cubre teléfono, o algo por el estilo. Cada alambre se cubre con una angosta cinta de seda crema enrollada. En lo alto, se pasa entre los alambres una cinta de seda verde de un centímetro de ancho. En el interior de la montura se coloca una banda de tul ocre de treinta centímetros de ancho. Esta banda está sólidamente cocida por la parte de abajo en el círculo grande de latón. Las campanillas son de tela. Para cada una se cortan dos trozos de tela, como en el esquema, colocadas unas sobre otra, y se reúnen por la pequeña costura que une los lados (a) y (b). La tela interior de la flor, es blanca y la de afuera, rosa vivo. Las hojas se hacen en verde oscuro, y se cortan según el esquema N° 11 y están adornadas con cuatro puntadas en lana verde claro que forman el nervio de la hoja. Flores y hojas van montadas sobre alambres recubiertos de una estrecha cinta de seda verde, alambres que dan vuelta en torno de la jaula. El loro se ejecuta de la manera siguiente:

Se cortan dos trozos de tela amarilla, según el patrón N° 13 (cabeza no comprendida). Sobre cada uno de ellos, se aplica un trozo de terciopelo negro cortado como en el modelo (cabeza fig. N° 13). Se juntan ambos trozos, cuerpo y cabeza, por una costura en todo el derredor. Se da vuelta y se llena de kapok el saco así preparado. Por el derecho, se une el terciopelo a la tela amarilla con puntos de lana como en la fig. 9. Hebras de lana naranja que van de un lado a otro sobre la tela sobresaliente, forman el pico. El ojo está formado por una pequeña perla de vidrio, naranja o azul. En la base del cuerpo se le fijan dos alambres negros, plegados en dos que forman las patas y van unidos al puño de la jaula. Las alas cortadas en tela naranja, según el patrón 12, están adornadas con pequeñas bandas de terciopelo negro, unidas con un punto de lana amarilla, sobre el terciopelo negro, y negras sobre la tela amarilla. La cola está formada por bandas de tela naranja y amarilla y de terciopelo negro, largas y estrechas, terminadas en punta y fijadas en la base del cuerpo.

CONJUNTOS SEDUCTORES PARA CUALQUIER TIEMPO

1.—Traje en crepe de China beige lindamente drapeado. Falda con godets. Metraje: 4 m. 95 en 1 m.

2.—Abrigo que completa el ensemble en tela beige del mismo tono que el vestido. La parte baja está guarnecida de volantes lisos colocados en punta. Las mangas y los extremos del echarpe van adornados con pieles. Metraje: 3 m. 80 en 1 m. 40.

4.—El traje es de crepe satin rosa, abierto sobre un plastron de crepe blanco. Metraje: Crepe satin rosa, 4 m. 10 en 1 m. Crepe blanco, 0 m. 50 en 1 m.

5.—Elegante conjunto de terciopelo azul marino, impreso con pastillas mordorées. El cuello y el nudo van adornados con zorro claro.

6.—El traje es de terciopelo mordo-



3.—Abrigo de raso rojo de forma recta, forrado en satin rosa y sostenido por delante con un cinturón. El cuello echarpe y los adornos son de piel rubia trabajada en bandas. Metraje: Terciopelo: 3 m. 70 en 1 m. Crepe de China, 2 m. 50 en 1 m.

rés terminado con un gran volante de terciopelo marino impreso, que sube en bandas por delante. Mangas, mitad en terciopelo liso, mitad en terciopelo impreso. Metraje: 1 m. 80 en 1 m. de terciopelo liso. Terciopelo impreso, 1 m. 50 en 1 m.

EL DIVORCIO Y SUS CAUSAS

No está de más, señoras mías, que un abogado hable a ustedes de divorcio, ahora que esta cuestión interesa con apasionado interés. El hombre o la mujer desgraciados, acaban siempre por pronunciar la palabra "divorcio", que por ahora no existe en nuestro país, pero que acaso pronto existirá, siendo como es hoy reemplazado, por la separación temporal de cuerpos y demasiado frecuentemente, por la nulidad de matrimonio. Cuando la palabra, o mejor dicho, el espectro del divorcio es evocado, llena con el la casa y no la deja más. Pero la verdad. ¿No es mejor separarse que vivir juntos una existencia miserable? ¿No vale más ensayar conseguir la felicidad cada uno por su lado, qué concluir por odiarse, porque el odio esta tan cerca del amor, que dos esposos, enamorados antes, si luego no se entienden, acaban por concebir uno por el otro, un odio feroz.

Lo que es necesario hacer, es no hablar de ruptura, de separación, de que por motivos fútiles, como ocurre en países donde los casos de divorcios se hacen cada día más numerosos. Se engañó aquel sobre el carácter de la joven que supuso tímido y dulce. Se ha revelado ahora un poco tiránica, y el marido, sin pensar en arreglar las cosas con dulzura e ingenio, piensa inmediatamente en la separación. Los hombres tienen rara vez la paciencia que haría falta y las mujeres son irritables y nerviosas. Moraleja: el mundo no es perfecto. ¿Pero no podemos ensayar de corregirnos un poco? Las causas de divorcio o separación de cuerpo previstas por el Código, son limitadas al adulterio, a la condenación infamante de un esposo, a las injurias graves. Bajo este vocablo, se agrupan todas las maldades pequeñas: Injurias, falta de dulzura, falta de atención, negligencia y mal humor. Los tribunales eligen y deciden si la esposa ofendida tiene o no razones suficientes para quejarse del esposo ofensor.

¿Pero, es acaso muy difícil ser feliz?

La felicidad no es tan difícil y tan frágil como se cree. El matrimonio es una sucesión de pequeñas alegrías, de pequeños placeres, como el tiempo es una sucesión de minutos. Para ser feliz, no hace falta sino que lo quieran los dos. Y es esto lo único difícil.

I. N. (ABOGADO).

INDIOS BLANCOS

"Las últimas noticias recibidas de Pará dan cuenta de la existencia de "indios blancos" en el valle del Amazonas y del descubrimiento de rarísima raza de oborígenes en las regiones del Aragualla y Tocantins.

Dicen tales despachos que esos indios son hombres de gran estatura, musculosos y muy valientes. Los varones llevan adornos de hueso en la nariz y en el labio inferior. Ha llegado también la noticia de que los "indios blancos" atacaron repetidas veces a las cuadrillas de obreros que trabajan en la nueva línea ferroviaria, llevándose las herramientas y vituallas. En uno de los "raids" se llevaron así mismo a un anciano, cuya suerte se ignora.

Los hombres de ciencia brasileños de Pará están preparando una expedición para explorar la región y hacer un estudio de los "indios blancos", que siempre han sido motivo de especial interés para los científicos extranjeros."

UN INGENIOSO MENDIGO

"En las galerías subterráneas del Metro de Nueva York se ha encontrado a un curioso mendigo. Joven de veintitrés años y mal vestido, hacía ya mucho tiempo que era un vendedor ambulante. Vendía lápices y cortaplumas a los viajeros, al precio de 6 peniques cada uno, y le costaban a 10 chelines la gruesa. Todos los días, al terminar su trabajo, se retiraba a su vivienda, situada en la Octava Avenida. Allí pagaba dos libras por semana y tenía un criado. Así poco a poco adquirió una fortuna de 8.000 libras, que convirtió en buenos valores. Perseguido por la Policía, fué obligado a salir de Nueva York sin tardanza. Hubo de resignarse, no sin antes haber pagado 200 libras para garantizar su partida."

EL PROVERBIO EN EL EXTRANJERO

China — La honradez y la reputación se asemejan a una luna brillante, que en un momento puede quedar eclipsada.

— Los peces son los que no ven el agua.

Francia — El zorro cambiará de pelo, pero no de naturaleza.



Sus nervios
debilitados
tienen su salud
al borde
del abismo.

TONIFIQUE SUS NERVIOS
PARA RECONSTITUIR
SU SALUD, TOMANDO

"PROMONTA"

(en tabletas y en polvo)

Preparado orgánico a base de sustancias del sistema nervioso central, vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albúmina soluble de la leche.

Indicado en los casos de:

Anemia
Debilidad
Decaimiento
Insuficiencia orgánica
Nerviosidad
Neurastenia

Promonta es recomendado por eminentes médicos del extranjero y del país.

De venta en todas las boticas.

LAZOS Y FANTASTICOS RECOGIDOS ADORNAN LOS TRAJES



La línea de los trajes se evade cada día más de la fórmula recta, llamada "camisa". Movimientos imprevistos y llenos de reminiscencias rompen de nuevo, la línea de nuestros trajes.

Los hay muy "chic", en tafetán Pompadour Martial y Armand, se inspiran a veces en motivos japoneses. Pero siempre y en cada caso, los resultados son adorables.

“PARA TODOS”
TRAJES ELEGANTES



- 1.— De terciopelo delgado. Un trabajo de finas alforzas adorna el panneau del costado.
- 2.—Traje de muselina de seda negra, enteramente compuesto de volantes. Va adornado con grandes lazos de tul negro retenidos con motivos de strass.
- 3.—De raso verde nilo, está compuesto de una chaqueta drapeada con nudo al costado. Un encaje de plata rodea el escote.
- 4.— De crepe gris con panneaux superpuestos. Bordados de cristal.

NOTAS BREVES

El olor a tabaco que hay por las mañanas en las habitaciones donde han pasado parte de la noche fumando se quita fácilmente quemando un poco de café en platitos de metal, y dejando abiertas después las puertas y ventanas durante un cuarto de hora.

Los cañones de fusil se broncean calentándolos y frotándolos con una mezcla de aceite común y manteca de antimonio.

En seguida se les da cera y se dejan sin tocar durante algún tiempo, transcurrido el cual el antimonio, descompuesto por el hierro, se deposita sobre los cañones en estado metálico.

PARA blanquear y embellecer el rostro, el cuello y los brazos, en un momento dado, no hay nada como la

Crema de Perlas de BARRY

Al aplicarla queda el cutis terso y blanco, sin la más mínima imperfección

No se nota ni se cae

M R



Agentes Generales: Droguería del Pacífico S. A. Suc. de Daube y Cía.

CONSEJOS A LA SEÑORITA

CURIOSIDAD FUERA DE LUGAR O INTERES SINCERO

Hay mil maneras de interesarse en las penas y en las alegrías de nuestros semejantes. Así como las preguntas directas o insidiosas son siempre desagradables y embarazosas, el interés delicado, conmueve profundamente.

No creáis por eso que es preciso ser íntimo de alguien, para interrogarle acerca de un enfermo, o procurar calmarle un pesar. Nada es más dulce, por el contrario, para los corazones doloridos, que el amable pensamiento que le dedique un superior o una persona cualquiera.

Sin embargo, es preciso que pongáis mucho tacto en vuestras preguntas, señorita, si interrogáis acerca de sus desgracias a una persona a quien debéis respeto y deferencia.

Huid aun de hacer preguntas indiscretas a vuestras propias compañeras. Esperad el momento del examen o el acto del noviazgo que os confirmen la buena nueva. Porque puede ocurrir que vuestra pregunta obligue a vuestro interlocutor a confirmar un fracaso o a confesar una ruptura.

Evitad toda pregunta que, si os la hicieran a vosotras, os resultara desagradable o penosa.

Si por casualidad (los indiscretos forman legión) uno de

los vuestros, insinúa un asunto espinoso, no dudéis en interrumpirlo, sea en una risa o broma cualquiera, o desviando en forma hábil la conversación.

Es mucho más fácil sacar a otro de un embarazo que sacarse a sí mismo de él.

Cuando en un salón una dama de edad respetable y quizás buena, pero curiosa y mal educada, os dirige preguntas que pueden dar lugar a la odiosa maledicencia, llamad a toda vuestra presencia de espíritu para responder en forma diferente, sin dar la menor señal de mal humor o impaciencia, pero en forma tan discreta y reservada, que la indiscreta interlocutora se sienta obligada a guardar silencio o a cambiar de tema.

Ya véis, señoritas, cuantos matices ofrecen las relaciones con nuestros semejantes: superiores, iguales e inferiores; sin embargo no tenéis por qué alarmaros, ya que una señorita bien educada, de corazón y por consecuencia de tacto, sabe salir perfectamente de estas y otras dificultades mundanas. ¡Son tan fáciles de realizar las cosas, cuando una bella y primaveral sonrisa las acompaña!

CONSEJOS A LAS MADRES

La coqueluche o tos convulsiva, tan frecuente en los niños, desaparece en pocos días, haciendo uso de la preparación siguiente: Se pone medio kilogramo de café verde en una vasija que contenga cuatro litros de agua y se hierva hasta reducirlo a dos litros. Después se cuela y se vuelve a poner en la vasija, agregándole medio kilogramo de azúcar por cada litro de agua. Se coloca otra vez al fuego hasta que tome el punto de jarabe, y esto se le dará al niño cada vez que le venga un acceso de tos. La dosis será de una cucharadita de té o de postre, según la edad del niño.

También es un remedio de eficaz resultado, la preparación si-

guiente: Se corta una remolacha en rebanadas, se coloca en un plato y se espolvorean con bastante azúcar molida. Así preparadas, se dejan al sereno y a la mañana siguiente se da al niño una cucharadita de las de café de ese licor, que debe formar el jugo de la remolacha con el azúcar. Es un remedio inofensivo y fácil de ponerlo en práctica, y de un resultado excelente.

* * *

La felicidad del hombre en esta vida no consiste en no tener pasiones, sino en saberlas dominar.



RUBIA O TRIGUEÑA

AMBAS tienen que tener un cuidado especial para mantener su cutis en perfecto estado... fresco, sano y libre de todas esas impurezas que tanto afectan a la mujer más bella.

No hay nada que sea tan perjudicial al cutis como el uso de jabones de clase inferior. Para que un jabón no dañe la piel es necesario que sea absolutamente puro.

El Jabón Reuter está elaborado con los ingredientes más finos y puros del mercado, y debido a sus cualidades sanativas y exquisito perfume es el preferido de todas aquellas damas cuyo buen gusto y belleza están sobre todas las cosas.

Hágalo por su belleza—use exclusivamente el

Jabón
REUTER

M. R.

Agentes Generales: Droguería del Pacífico S. A. Suc. de Daube y Cía.



—Esta carta pesa mucho; hay que ponerle otro sello.

—¡Pues, si se le pone otro sello, pesará más!

LA MODA EN POCAS LINEAS

Se habla de reemplazar el clásico lápiz de rouge para los labios, por un rojo líquido, contenido en un pequeño frasco que tiñe más o menos en la misma forma que el estuche ordinario. El líquido se filtrará por un destilagotas, a la manera de un estilógrafo. El todo es de un aspecto muy lujoso.

Las flores continúan adornando los trajes de noche, pero bajo ningún pretexto aparecen ahora en la espalda o en los hombros. Se les fija en la cintura. Son generalmente de terciopelo, más obscuras en el centro. Se ve de esa manera una curiosa combinación de terciopelo y de cuero rojo oscuro.

La línea se mantiene sin grandes cambios: una transposición del traje princesa, con la cintura colocada un poco más arriba.

El cuello muy alto se usará mucho en el próximo invierno. Contrastarán con el traje y serán de quitar y poner. El cuello echarpe no ha dicho aún su última palabra, y aparecerá mucho en los trajes de noche.

"Le nouvement plongeant" combinación muy en boga en los trajes de noche. Muchos tocan el suelo y reemplazan la cola. Su gran inconveniente es que suelen romper con frecuencia la línea del abrigo de noche.

El empleo de seda artificial en la composición de rasos y terciopelos, les da a estas telas un brillo hasta ahora no logrado. Ello permite la realización de terciopelos transparentes, que son una de las novedades de las últimas colecciones.



La última palabra en materia de "sweater" consiste en tejer plumas finas y ligeras con la lana, lo que aumenta considerablemente la dulzura y la tibieza del modelo, tanto como su originalidad. Los hay aún, enteramente tejidos de plumas.

EL HOMBRE QUE SE ARRUINO POR COLECCIONAR MARIPOSAS

"Aunque los anales de la ciencia abundan en episodios de celo fanático y de apasionado ahinco por el conocimiento, es dudoso que registren algo más extraño que la historia del inglés James John Joicey, en su vida privada, rico propietario de minas de carbón, y en su vida pública hombre de ciencia de bien fundada reputación como entomólogo, el cual se

ha visto tres veces en bancarrota ante los tribunales ingleses a causa de su manía de coleccionar mariposas.

Los enormes gastos originados por la recolección de ejemplares de lepidópteros en todo el mundo le hicieron contraer deudas que en 1909 ascendían a 875.000 pesos oro, y por las cuales fué declarado en quiebra.

Este año los Tribunales han vuelto a declararlo en bancarrota, con un pasivo de 525 pesos oro.

Este hombre, que recibe de sus minas de hulla de Durham una renta anual aproximada de 280.000 duros, no tiene más objeto en su vida que perseguir las tenues alas de las mariposas, y en esa ocupación se gasta millones.

Su colección, que ahora cuenta con más de un millón cien mil ejemplares, está destinada a pasar después de su muerte a la nación británica.

Nadie sabe el valor actual de esta colección. Cuando se le pregunta, Joicey responde que es de 300.000 pesos oro, pero, según las opiniones de los círculos científicos, esa suma es absurdamente baja, y se la considera un capricho de Joicey.

El museo particular de Joicey posee cerca de cinco mil compartimentos y unas cuatro mil cajas de vidrio.

Naturalmente, el secreto de esas bancarrotas frecuentes está en que Joicey adquiere, sin hacer cuestión de precio, cualquier nuevo ejemplar que se le ofrezca, de cualquier parte del mundo. Tiene correspondientes en todo el orbe, y cuando considera que en el Perú, en la Guayana Británica, en la India, puede obtener nuevos ejemplares, no vacila en equipar y costear una expedición de varias personas, que se trasladan a las más remotas regiones del globo. Y si en esas ocasiones carece de dinero, recurre a los prestamistas, a los cuales suele pagar intereses que, según quedó demostrado en el proceso, ascienden de un cincuenta a un ciento por ciento.

Ultimamente Joicey ha pagado a los prestamistas un total de quinientos mil pesos oro, en gran parte por concepto de intereses.

Su cabello
crecerá
más bello y
más hermoso
si usted usa
el

Tricófero de
BARRY

Agentes Generales: Drogueria del Pacifico S. A.
Suo. de Daube y Cia.

Algunas nuevas maneras de alargar trajes y abrigos

4. Traje de noche en muselina negra con bordados en cristal azul y rojo, prolongados por un panneau de tul.



1. Linda interpretación del lazo japonés en este traje. El cinturón es de tafetán con grandes flores de oro.

2. Arriba, a la derecha, traje de lama plateada. La falda está hecha de un doble enrollamiento de volantes en forma, terminada de un lado por un largo panneau.

3. Exquisito traje para una silueta alta y delgada. Falda alargada por detrás, hecha por una sucesión de volantes de tul.



5. Soberbio abrigo de terciopelo rubio, más largo atrás para seguir la línea actual de los trajes de noche. Piel de visón.

Para el gran día

1. En crêpe de Chine durazno, con su falda plegada y chaqueta ablusada. Un gran nudo al costado. Es este un lindo traje de ceremonia para una jovencita. El cuello chal y el borde de la falda son de encajes de plata.

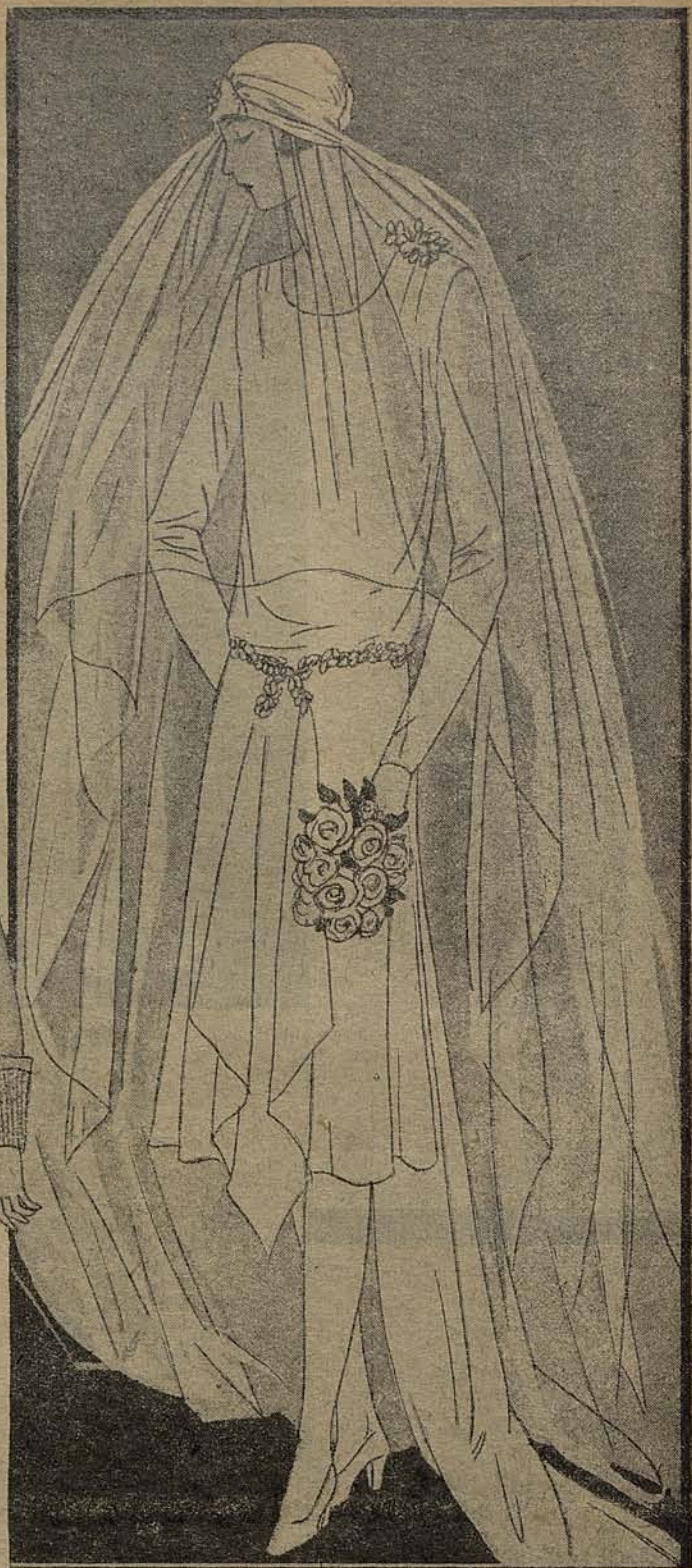
2. Este gentil traje de jovencita es de tafetán coral cortado en



jestones que orna un vivo gris. Una cinta rodea y anuda el cuello.

3. En crêpe florentino verde nilo, este traje es muy gracioso con sus volantes en forma, su cintura anudada, su gran cuello y sus no menos grandes puños mosqueteros, recubiertos de pliegues de georgette blanco.

4. De crêpe romano blanco es este bello traje de novia. Su gracia sencilla le presta gran dignidad y elegancia.



Para las abuelas en el gran día

1. Traje de novia en encaje de seda marfil. La falda arrastra detrás. Va sujeta con pliegues menudos a la chaqueta lisa.

2. Traje de terciopelo verde oscuro. Chaqueta ablusada. Falda fruncida. Adornos de mangas, forro de sobre falda y lazo del cuello en raso marfil.

3. De encaje beige, guarnecido de incrustaciones de georgette beige. La falda lleva godets de georgette. Cintura anudada también de georgette. Un estrecho echarpe de georgette se anuda alrededor del cuello.

4. De liviano raso negro se ejecuta este modelo lleno de distinción. Los volantes en forma, lo vuelven muy gracioso. Es una especie de traje abrigo que se cierra sobre un costado con una hebilla de plata. El escote se disimula con una pechera de crêpe blanco con cuello alto.



1



2



3



4

Nueva disposición del plisado sobre una línea conocida

Este traje encantador y fácil de llevar está hecho en crêpe café plisado. Su tono muy nuevo y la disposición de los plisados en la chaqueta y en la falda, donde forman volantes, hacen, a pesar de su conocida línea, un traje de un aspecto extremadamente novedoso.

NERVIOS EN TENSION

El insomnio es una de las formas manifestadas de la debilidad nerviosa. Inútil es intentar una reacción definitiva con medicaciones calmantes de efectos momentáneos.

Para combatir el insomnio, en su origen, es inigualable la Fitina, célebre especialidad recetada por la mayoría de los médicos especialistas.

La Fitina, fósforo orgánico asimilable extraído de semillas de plantas, el elemento vital del cerebro y de los nervios, corrige el insomnio nervioso e infunde nuevas energías morales al recobrar el cerebro su potencia y lucidez. Su médico puede confirmarlo.

FITINA

REINTEGRA LA VITALIDAD. En sellos, cápsulas y comprimidos.

Fabricantes: SOCIEDAD PARA LA INDUSTRIA QUIMICA EN BASILEA (Suiza)

Pida folletos a los agentes generales:
EMILIO HAAS & Cia., Ltda.
Santiago — Casilla, 2858

Fitina, M. R., a base de fósforo orgánico vegetal.

SUAVE Y

LISA es la piel de esta bella señorita. A ella no la preocupa el crecimiento del vello, que resta encanto y distinción a la mujer. Como millones de otras damas, se ha convencido que la CREMA "VYTT"



es la más rápida, segura y satisfactoria solución al problema con que muchas, la mayoría de las mujeres, deben enfrentarse.

Nada de depilatorios. Sólo una delgada capa de "Vytt" sobre el vello y éste saldrá con su raíz de debajo de la epidermis, en unos pocos minutos.

El "Vytt" se remite por correo, enviando \$ 7.50 en sellos o giro postal, al agente general L. J. Webb, Casilla 1161, Santiago.

El "Vytt" se vende también a \$ 6.50 en todas las boticas y perfumerías.

Base: Calcium Sulphhydrate, Carbonate, Almidón, Perfume, Agua.— M. R.

VYTT



(Conclusión.—De la pág. 20)

LA VENTA DE LOS GATOS

aire libre, entre el bullicio y la animación de la venta, educada para ser dichosa en la pobreza, la sacaron de esta vida, y se secó como se secan las flores arrancadas de un huerto para llevarlas a un estrado. Mi hijo hizo esfuerzos increíbles por verla otra vez, por hablarle un momento. Todo fué inútil: su familia no quería. Al cabo la vió, pero la vió muerta. Por aquí pasó su entierro. Yo no sabía nada, y no sé por qué me eché a llorar cuando vi el ataúd. El corazón, que es muy leal, me decía a voces:

—Esa es joven como Amparo; como ella sería también hermosa; ¿quién sabe si será la misma? Y era: mi hijo siguió el entierro, entró en el patio, y al abrirse la caja dió un grito, ca-

yó sin sentido en tierra, y así me lo trajeron. Después se volvió loco, y loco está.

Cuando el pobre viejo llegaba a este punto de su narración entraron en la venta dos enterradores de siniestra figura y aspecto repugnante. Acabada su tarea, venían a echar un trago a la salud de los muertos, como dijo uno de ellos, acompañando el chiste con una estúpida sonrisa. El ventero se enjugó una lágrima con el dorso de la mano, y fué a servirles.

La noche comenzaba a cerrar, obscura y tristísima. El cielo estaba negro, y el campo lo mismo. De los brazos de los árboles pendía aún, medio podrida, la soga del columpio, agitada por el aire; me pareció la cuerda de una horca oscilando todavía después de haber descolgado a un reo. Solo llegaban a mis oídos algunos rumores confusos: el ladrido lejano de los perros de las huertas; el chirrido de una noria, largo, quejumbroso y agudo como un lamento; las palabras sueltas y horribles de los sepultereros, que concertaban en voz baja un robo sacrilego... No sé; en mi memoria no ha quedado, lo mismo de esta escena fantástica de desolación que de la otra escena de alegría, más que un recuerdo confuso, imposible de reproducir. Lo que me parece escuchar tal como lo escuché entonces, es este cantar que entonó una voz plañidera, turbando de repente el silencio de aquellos lugares:

En el carro de los muertos
ha pasado por aquí;
llevaba una mano fuera,
por ella la conocí.

Era el pobre muchacho, que estaba encerrado en una de las habitaciones de la venta, donde pasaba los días contemplando inmóvil el retrato de su amante sin pronunciar una palabra, sin comer apenas, sin llorar, sin que se abriesen sus labios más que para cantar esa copla tan sencilla y tan tierna, que encierra un poema de dolor, que yo aprendí a descifrar entonces.

G. BECQUER

Es, durante el Veraneo,



que la Mujer verdaderamente elegante, debe cuidar, con mayor celo, de su cutis, porque el sol, el agua de mar, el aire salino o del campo, son agentes destructores de la piel y NO HAY ELEGANCIA POSIBLE con un cutis que se ve rojo y empieza a descamarse.

el **Velocity** *de* **Dixon**
m. r. **Paris**

está al alcance de todas para preservar la piel de la acción funesta de aquellos agentes destructores.—Se prepara en Blanco, Natural, Marfil y también en Ocre para las que desean parecer quemadas

Salazar & Ney

Arturo Prat 221 - Casilla 1034
SANTIAGO

ENVIAMOS TRES TUBITOS DE

MUESTRA CONTRA \$1.00

PARA FRANQUEO

CURIOSIDADES

En Colombia sólo ha habido 26 divorcios al año para una población de 100.000 almas.

Los sellos que se imprimen en Inglaterra para la república turca, representan la figura de un héroe legendario, con su lobo favorito a los pies.

Algunos experimentos han demostrado que la preferencia de los peces a las aguas oscuras o en sombra, se debe al hecho de que los rayos ultravioletas del sol les dañan. Otros seres, sin embargo, muestran una reacción favorable a estos rayos.

El lagópodo o perdiz de la nieve, que anida en los terrenos pantanosos de Escocia, tiene el cuerpo moteado de gris y blanco, y se oculta entre las rocas de tonos parecidos, que abundan entre los pantanos, para hacerse invisibles.

La gruta más grande del mundo se encuentra en la comarca de Clack Hills, al sur de la curva que describe el Missouri, en los Estados Unidos; mide 83 kilómetros de largo.

En Berkeley (Estados Unidos), en lugar de imponer penas de prisión a los violadores de las leyes del tránsito, se ha adoptado el procedimiento de encerrar los coches por un periodo que puede durar hasta 30 días.

“PARA TODOS”
DOS TRAJES ADORABLES
**Las Reinas
y la Moda**



La reina María de Rumania es una de las soberanas que posee el sentido de la más refinada elegancia. Su buen gusto se afirma, no sólo en el efecto del conjunto sino en la elección de los detalles, que son la rúbrica del artista.

Dócil a las instrucciones del Papa sobre la moda, la reina de España se esfuerza en conciliar la elegancia con la sencillez. Lo consigue a maravilla y sus “toilettes” poseen un chic muy particular.

Después de haber sido largo tiempo refractaria al gusto del día, la reina de Inglaterra, parece aceptar ahora cortes y colores menos austeros. Las preferencias de la princesa María, su hija, se dirigen claramente al traje sastre con cuello y corbata. En cuanto a la duquesa de York, gusta de los trajes de estilo, que encuadran maravillosamente con la dignidad, llena de dulzura de su físico.

“PETITIO DECENTIUM”

(Continuación de la página 24)

imposible el cobro, ya que tanto parece repugnarle el poder llegar a ser infiel a la pobreza, con la que se ha desposado a lo Francisco de Asís?

Y añadía el sin ventura, con el afán con que le náufrago se agarra a la tabla salvadora:

—¡Cinco años, Jesús mío! ¡Cinco años, en memoria de Tus cinco llagas, prometo venir a verte día por día que llueve, que ventee! ¡Pero no me desampares, por las ánimas benditas del purgatorio! ¡Que no se te olvide el número! ¡¡Catorce mil novecientos treinta y siete!!

Como en esto llegasen por distintos lados una vieja encorvada y angulosa y un caballero de noble porte, y una y otro se arrodillasen ante el altar, nuestro orante dejó de orar en alto. Tournó a ponerse en cruz por espacio de tres credos; besó el suelo tres veces con la mayor humildad y compostura; recogió el bombín, que se le había rodado de

sobre las corvas; se alzó del suelo y se limpió las rodilleras, y, santiguándose de despedida, desapareció de la escena en derechura de la puerta del Lagarto.

III

Al día siguiente.

—¡Sinvergüenza! ¡Ladrón! ¡Afeitamueitos!
—¡A la cárcel! ¡Al Pópulo! ¡A la casilla!
—¡Dale un trancazo! ¡Pégale un tiro!
—¡Bribón!... ¡Reladronazo!... ¡Diego Corriente!

—Pero ¿qué ocurre? — preguntamos al remendón de la esquina, que arengaba a la turba sediciosa como Marat.

—¡Ahí es ná lo del ojo! Que er tío ese han dao partisipación a medio barrio en un dósimo ‘e lotería que no compró; ha venío premiao con er gordo, y misté ponde nos vamos a esayuná con chuletas ‘e barbero. ¡Anda ahí con él! ¡¡A cuarto la vara e tripa!!

—¿Y recuerda usted el número?
—¡Er catorse mi novesiento treinta y siete!
—¡¡Jesús mío del Perdón!!

JUAN F. MUÑOZ y PABON

¿Hasta que profundidad puede verse un objeto sumergido en el agua? Factores diferentes modifican en proporciones apreciables la transparencia del agua, así que no se puede dar una contestación profunda a la pregunta formulada al iniciar esta breve nota. Según que el agua sea más o menos límpida, el recorrido de los rayos visuales a través de la masa líquida es más o menos grande. La naturaleza del fondo contribuye a modificar en un sentido o en otro la transparencia del agua. El estado atmosférico influye asimismo en el color de las aguas y en su transparencia. El sol, un cielo límpido, permiten a la mirada penetrar hasta profundidades grandísimas; por el contrario, un cielo gris, cuyas nubes se reflejan sobre la superficie de un río o de un lago, reducen enormemente la transparencia del agua, y la mirada no

La Transparencia del Agua

puede penetrar a una pequeña profundidad.

Con respecto a este asunto de la transparencia de las aguas, se han hecho en París, en el Sena, numerosos experimentos. Como es de suponer, la limpidez del río, sobre todo en su recorrido a través de la capital francesa, es muy relativa. El Sena arrastra una cantidad de inmundicias que restan transparencia a las aguas del río.

Los experimentos consistieron esencialmente en la inmersión, a profundidades variables, de un disco de palastro cubierto de una capa de pintura blanca, para hacerlo más visible. Para tener la mayor cantidad de pruebas los

experimentos se repitieron en diferentes épocas del año. Se pudo comprobar, después de numerosos experimentos, que el río parisense es más transparente en verano que en invierno. En el mes de junio, iniciado el estío, las pruebas permitieron constatar que el disco de palastro sumergido era visible para una vista regular a una profundidad de un metro sesenta y siete centímetros, mientras que en febrero no se ve el disco si pasa de la profundidad de veinte centímetros. Se atribuyó esta diferencia a la inmundicia precipitada sobre la superficie del río por los pedazos de hielo al ser arrastrados en el fondo por la corriente. También pudo influir en la transparencia del agua durante las observaciones, la corriente más violenta al finalizar el invierno, que es cuando aquéllas se hicieron, que en otra cualquier época del año.

LOS RIGORES DEL DUELO SE ENDUL- ZAN CON ALGUNAS FANTASIAS

1.—De una hermosa distinción, este traje de crepe georgette. Los volantes de las mangas y el corpiño son de crespón lo mismo que el reverso del velo.



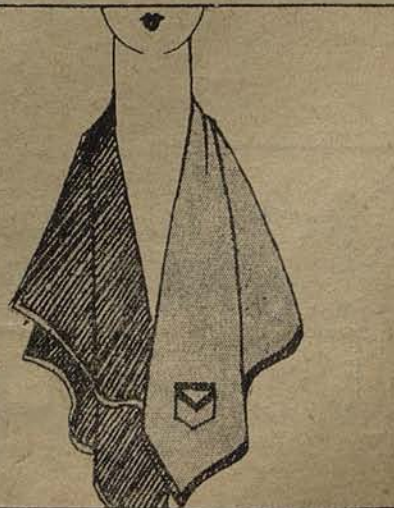
los costados. El alto cuello recto prolongado por solapas menudas y los puños, son de crespón.

5.—Traje de tarde en crepe georgette. Falda de doble volante plisado muy fino. Chaqueta en forma de bolero con nudo.

2. — Sombrero de taupe recortado sobre las orejas, adornado con una banda de raso y dos alfileres de metal. Saco de gamuza negra con gran cierre y cerrado con un botón.

3.— Sombrerito de georgette negro adornado con una banda de pespuntos. El velo es un largo echarpe que se enrolla alrededor del cuello. A la izquierda un echarpe hecho con dos clases de crespón, uno blanco y otro negro. Pequeño bolsillo.

4.—Abrigo de duvetina negro adornado de cortes que dan amplitud a



PARA LAS MUJERES QUE MANEJAN

Es preciso ir lentamente sobre los caminos en mal estado, y evitar que salte el coche en los hoyos. Si las ruedas se golpean, los órganos inferiores del chasis pueden ser deteriorados. Si las ruedas caen de un sólo lado, los resortes padecen. Así, el conductor prudente no aborda los terrenos malos, sino con mucha precaución.

"Los lomos" son inconvenientes del terreno que todos los conductores conocen. Si se les aborda con rapidez, se sufre un fuerte golpe que ha quebrado muchas narices y averiado muchos coches. Es preciso, entonces, cruzarlo lentamente y oblicuamente a su línea. Si no se toma esta precaución, se puede romper un resorte y perder la dirección.

Cuando se cruza un camino donde hay abundancia de piedras sueltas, es preciso ir despacio, si no se quiere fatigar el motor y averiar los neumáticos.

Es preciso recordarlo, señoras chauffeurs, tened piedad de los neumáticos. Cuando se parte de excursión, es preciso inflarlos bastante para que resistan mejor a sus enemigos: piedras puntiagudas, vidrios rotos, irregularidades del terreno y... ¡los kilómetros!

Evitemos rozar los neumáticos contra la vereda y mon-

tarlos sobre los rieles. Evitemos los frenajes bruscos que los hacen ¡pobres! resbalar bruscamente y lastimar su sólida piel.

¡Cuidémoslos! Arranquemos de ellos, las piedras pequeñas que se les adhieren traidoramente. Evitemos en los caminos pasar sobre manchas de aceite o de bencina que destruyen el caucho.

¡Inflémos los neumáticos! Durarán más tiempo y no padecerán con el peso que se les impone. Es preciso recordar lo peligroso que resultan los virajes a gran velocidad para ellos... y para nuestras vidas.

Cualquiera que sea la manera de engrasaje de vuestro coche, es preciso inspeccionar periódicamente las ruedas y cada 3000 kilómetros engrasarlos con grasa fresca.

Cada 10000 kilómetros es útil desmontar las ruedas, limpiarlas a fondo y engrasarlas.

Todas estas precauciones constituyen el cuidado constante de un o una automovilista que ama su coche. De ese modo dura más, está siempre en buen estado y las reparaciones son menos costosas.

ETUICELLE

Un Agua de Colonia a las Flores de Francia

En los jardines de Francia pesadas están las flores con perfumes. Uncense sus olores frescos, embriagadores, hechizadores, en un ramillete maravilloso.

Aquella misma magia de las flores de Francia, la alientan las Aguas de Colonia de CHERAMY. Con su olor vivificante de Agua de Colonia se mezclan las creaciones favoritas "JOLI SOIR" (Hermosa tarde), "OFFRANDE" (Ofrenda), "CAPPI", "FAUSTA". Ya sean empleadas para el vaporizador, como perfumes o para el tocador, en fricciones después del baño, en lociones para la cabellera, de igual provecho resultan las Aguas de Colonia de CHERAMY.

Por cierto, las hay más baratas, más no mejores; y quizás, después de todo, no exista ninguna tan ventajosa.



a los perfumes
JOLI SOIR
OFFRANDE
FAUSTA, CAPPI
ROSE, JASMIN
FOUGERE, etc.

Aguas de Colonia
CHERAMY M R
el Perfumista Parisiense

TRES POEMAS EN PROSA

El hermano bueno.

Hay un resplandor de alegría en el rostro de la madre, a tu regreso, hermano; una alegría que me llega hasta mi pobre corazón y afluye a mi cerebro martirizado por esta negación de felicidad que vibra en mí. Yo quisiera ayudarte, hermano, que mis manos obtengan como las tuyas, el fruto del trabajo diario, y mi cuerpo, adolorido y enfermo se sienta libre de tanta inutilidad. Pasan las horas, yo veo cómo pasan las horas más grises y más tristes que los días de invierno, mucho más triste como es esa otra desventura de ser joven y no poder erguirse, saltar, caminar, andar por todas las enrucijadas del camino, ágil y contento! ¡Eres tan bueno, hermano!

Noche

Ni cerradas las puertas, ni puestas los postigos de la ventana, ni cubriéndome el rostro con la sábana, he podido evitar de sufrir la borrasca de la noche, la borrasca desatada y rugiente que atraía todos los ruidos de la ciudad en una confusión de gritos lastimeros, de aullidos feroces... Y yo te oía, madre, como te acosaba esa pesadilla de quien sabe qué sueño terrible! Gritaba, te llamaba y por dos veces fui a zarandearte, para que despertaras y volvieras a la paz de tu sueño placido; el sueño de todos los días, que al amanecer florece en tu carácter dulce y bondadoso. Pero tú no despertabas, madre, como te acosaba esa pesadilla por encima de los rugidos del viento, por encima de la tempestad de la noche, tu inquietud pendía de esa atroz pesadilla, y yo vigilante, trémulo de miedo, no dormía, no dormía y me arrebujaba bajo las sábanas para escapar del espanto de la noche y del dolor de tus pesadillas... ¡qué noche, madre!

Nora

Hoy ya pronuncia mi nombre, ya intenta repetir mi nombre y lo hace con mucha gracia. Es un diablillo, como la dice la abuela, y corre por aquel patio tan vetusto y solitario, que sus pasitos resuenan alegremente y me golpean mi corazón como si me llamara...

Apenas pronuncia las palabras que la fuerzan a decir y ella, tanto da, las dice como puede y como no las dice exactamente, aparece más graciosa su vocacilla. Nora, yo no te acompaño en tus correrías, porque me da gusto verte desde aquí, sentada a la sombra de este muro tan alto, que me recuerda otra vida, es costumbre ya y me recuerda otra época de mi vida... ¡hace diez años!

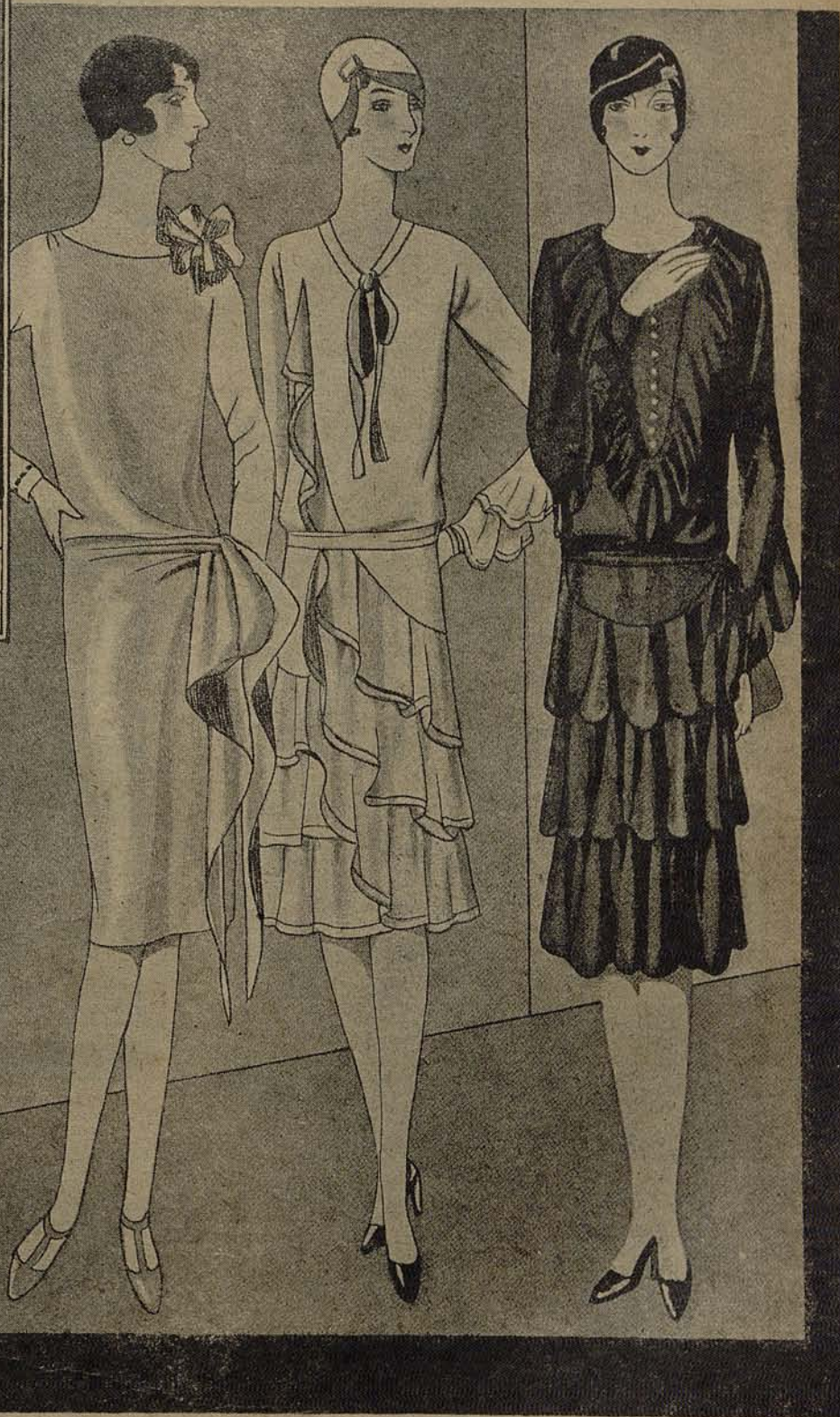
ENRIQUE ALMADA.

LAS TELAS LIVIANAS Velos, Crepe de Chine... Georgette...



(1)

De crepe mongol negro, guarnecido de incrustaciones de la misma tela. Pequeños nudos de lo mismo en la falda y en los puños.



(2)

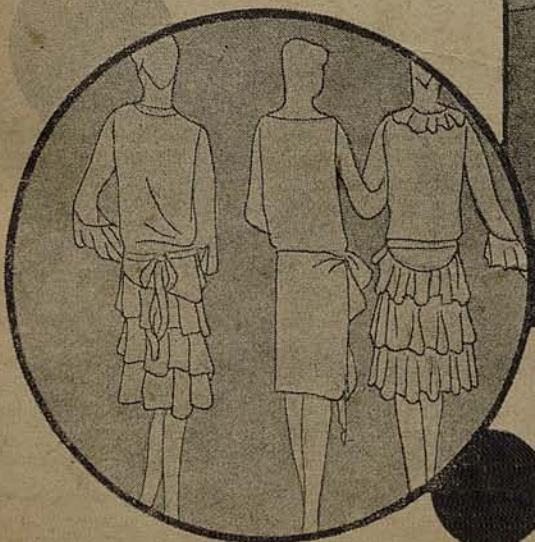
En crepe florentino miel, este lindo traje drapeado en la cintura. En el hombro, una flor de raso plateado.

(3)

Movimiento de espiral en los volantes en forma, componen la falda de este traje de crepe de China beige. Uno de los volantes sube por la blusa.

(4)

La chaqueta de este traje de georgette, se ablusa sobre la falda compuesta de tres volantes. Lo bajo de las mangas también lleva volantes.



El Traje Sastre se Usa en todo

Jamás habríamos podido creer que el traje sastre, tan correcto de líneas, tan severo y casi masculino, se transformaría en una tenida llena de gracia personal.

Se ha puesto el mismo cuidado, la misma rebusca para



BEER

LUCIEN LELONG



BERNARD

BEER.— En crêpe de China beige. Falda plisada. Bandas aplicadas y grupo de botones de perlas. Abrigo de etamina de lana beige. Zorro beige.

LUCIEN LELONG.— En crêpe de China beige verde. Pliegues en los costados que se abren sobre la cintura. Abrigo en lanilla del mismo tono guarnecido de renard rojo.

BERNARD.— Traje en duvetina verde agua. Chaqueta adornada de pespuntos. Blusa en crêpe de China verde con botones de acero.

el traje sastre que para los más lujosos trajes de vestir.

Hemos asistido a esta transformación del traje sastre, que se hace cada vez más variada y diversa, acercándose a veces al "ensemble" de la tarde; otras, al tres piezas espor-tivo y adaptándose a todas las circunstancias.

Tiempo y en toda Hora del Día

es el tailleur en marrocaín azul marino o raso negro que se lleva con blusa blanca, o, en fin, el tailleur cuya larga chaqueta de lanilla cubre un traje de crêpe de China y que rivaliza en elegancia con muchos "ensembles" para la tarde.



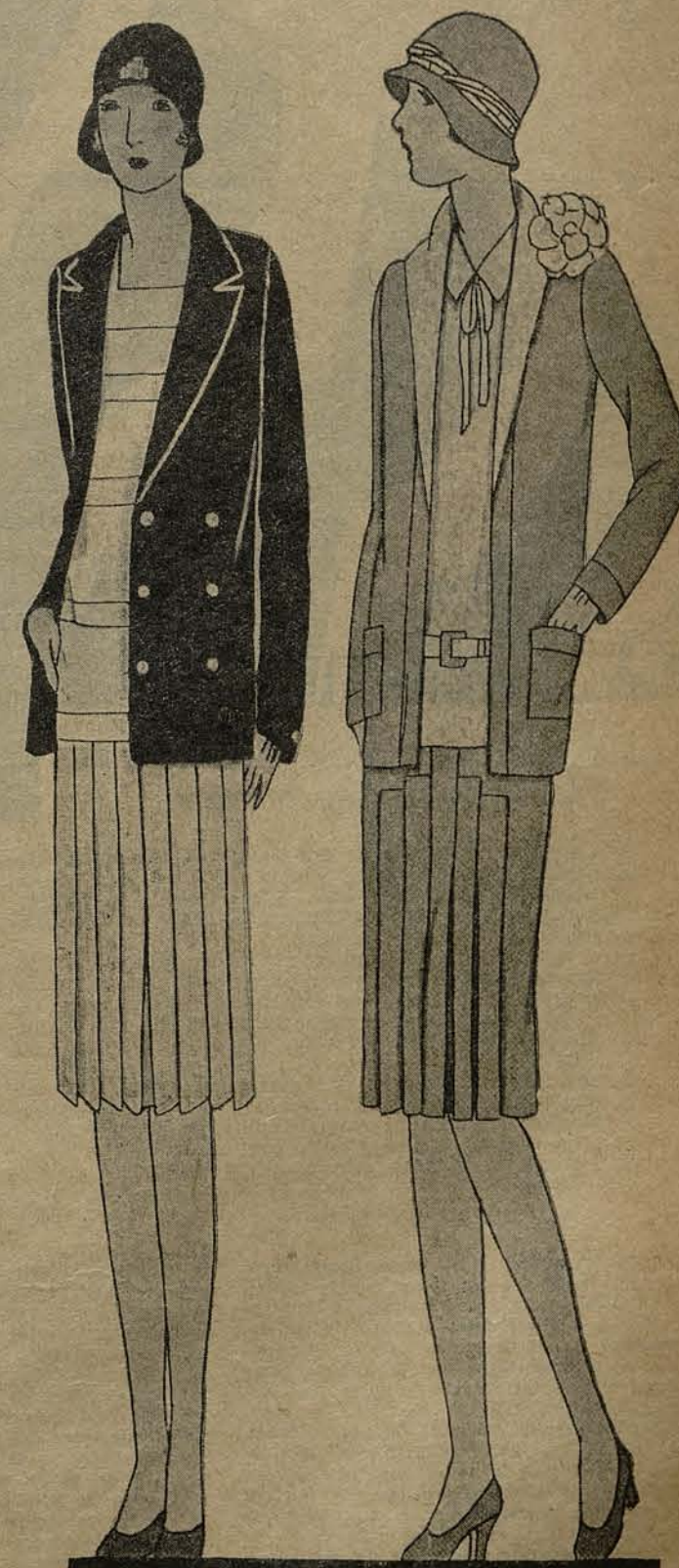
MIRANDE

MIRANDE.— Un muy ce tailleur en marrocaín azul marino. La chaqueta a ornada de bñas pespuntas y abotonada con tres botones de nácar.

LUCIEN LELONG.— Falda plisada en crepella blanca. Blusa de lo mismo con incrustaciones. Chaqueta de tela azul con botones de oro.

NICOLE GROULT.— Falda de crepella verde. Blusa de crêpe de China impresa verde y blanco. Chaqueta de jersey verde de liso.

A veces es el tailleur mañanero de lanas livianas inglesas o jersey, falda con pliegues, chaqueta recta abierta por delante o el pequeño traje sastre de tarde, sin pretensiones pero con un "cachet" de fantasía muy personal, como el modelo que aquí enseñamos, guarnecido de finas pieles y con cinturabaja que pasa por los ojales hechos en el vestón. O



LUCIEN LELONG

NICOLE GROULT

CHIFFONS ...



NUMEROSOS DETALLES RENUEVAN EL ASPECTO DE LAS MANGAS

Esta manga se ejecuta de dos maneras: las hojas estilizadas pueden colocarse sobre el tisú por medio de puntadas, o incrustarse en la tela. Esta última manera es bastante complicada y tiene el inconveniente de todas las incrustaciones: es difícil respetar la línea.

Otra manga que convendrá, de crêpe Georgette y de China con su plisado que pone de relieve la finura del puño. ¡Qué precioso hallazgo esta muselina de seda que se escapa de esta larga manga de crêpe impreso! Ello nos permitirá realizar lindos efectos en terciopelo impreso cuya boga es creciente.

Lindo efecto de nudo en esta manga novísima. Tres volantes muy originales por la forma en que van colocados. Estos volantes se hacen con una banda cortada en forma y colocada en espiral alrededor de la manga.

No carece de encanto esta manga terminada con una

sencilla banda de piel. Escoger un tono que armonice con el de la tela, porque es en estos refinamientos que se conoce la elegancia de una mujer.

Más complicada nos resulta esta que deja un trozo de tela por bajo de la piel, a fin de que, cuando metáis vuestros lindos dedos en el manchón, ésta parezca prolongación de aquél.

Debemos admirar al gran costurero que ha creado una manga suntuosa con la aplicación de tres bandas de piel, y al mismo tiempo práctica, gracias a la ingeniosidad que consiste en detener la piel a una corta distancia, a fin de que no estorbe nuestros movimientos.

Un ingenioso adorno, consiste en una incrustación de una banda formada con pequeñas alforzas de colores diferentes, armonizándose con la tela del pull-over.

LA MÚSICA HACE CRECER EL PELO

"Todo el mundo sabe, porque desde luegos años se repite por todos, que la música endulza las costumbres y suaviza el carácter. Pero lo que ignorábamos, y ahora viene a enseñarnos un docto profesor de la Universidad de Stuttgart, es que la música posee también el misterioso don de hacer que crezca el cabello.

Según el sabio alemán, ésta es la razón de que los que cultivan la música sean los más cabelludos de todos los artistas. Se podría creer hasta ahora que los músicos debían esta particularidad a su cuidado de no someter sus espléndidas cabelleras con excesiva frecuencia a la tijera del peluquero.

Es muy posible que haya alguna verdad en esta aserción; pero harán muy bien en creer los músicos que, gracias al arte a que ellos se dedican, no están en tan inminente peligro, como el resto de los hombres, de una calvicie prematura.

Lo más curioso de todo esto es que la estadística está en perfecta concordancia con las afirmaciones del docto profesor. Porque, efectivamente, no se conoció más que un 2 por 100 de calvos entre los discípulos de Beethoven, de Bolldieu y de Mozart, en tanto que la proporción es mucho más elevada entre los dedicados a las demás carreras liberales.

Y ahora, una recomendación a los literatos y periodistas, nuestros compañeros, cuyo cráneo tiende a desnudarse prematuramente: aquí tenemos una magnífica receta, que vale, según parece, más que todas las lociones capilares del mundo. Na abuséis demasiado de la escritura ni de la lectura. Dedicad algún tiempo todos los días a la música, y después decidnos como os ha ido en el tratamiento, para emplearlo nosotros.

Y en cuanto a vosotras, queridas lectoras, no os aconsejamos la receta, porque vuestro fino instinto musical la hace completamente innecesaria".

LA QUE NO SE DEBE AMAR

Cuando Loreta, la hermana pequeña de Arrigo del Ferrante, se contempla delante del espejo, no puede por menos de sonreír a su propia belleza. Después se vuelve hacia su hermano, que la contempla divertido, y rompe a andar con los brazos abiertos.

—¡Qué bueno eres— le dice. — No sólo me sacas de aquella cueva en donde vivo con nuestros padres, para llevarme al teatro, sino que, además, me regalas con este vestido maravilloso.

Están en casa Arrigo, un pisito coquetón y elegante. Arrigo es lo que en otros tiempos se decía "un arribista". Ha conquistado la ciudad. Dios sabe cómo, y hoy se mantiene, a fuerza de equilibrios, en un plano social que no quisiera abandonar. Hijo de familia humilde, oculta ésta a sus amistades, y únicamente por Loreta, el Benjamín de la casa, va a hacer una excepción. Esta noche va a llevarla a la Opera; pero no podía acompañar a su hermana vestida ridículamente, y él mismo le ha elegido esta sorpresa de un vestido de noche en casa de cierta modista de fama.

—¿Qué tal te parezco? — pregunta la muchacha antes de salir. — ¿De veras me encuentras guapa...?

—Muy guapa — responde Arrigo.

Y luego, en su interior, piensa que, de no haber sido así, porque es muy guapa y va muy bien vestida, nunca hubiera llevado a su hermana consigo.

Cuando llegan al teatro ya ha empezado la función, y la sala, naturalmente, permanece casi a oscuras. Arrigo y su hermana se acomodan en una platea bien visible. Cantan Carmen, la ópera famosa, y el teatro presenta el aspecto de los días de solemnidad. Lo mejor de la aristocracia ocupa los palcos, y en las butacas se ve el claroscuro que forman los des-cotes femeninos y los fracs de los caballeros.

Cuando termina el acto y la sala se ilumina, Arrigo sabe va a ser el punto de mira de todos los gemelos. Lo sabe, y, precisamente por ello, adopta una postura elegantemente indiferente. En efecto, desde el proscenio de los abonados, en las plateas, donde aletean los abanicos de plumas, la pregunta ha surgido unánime, llena de curiosidad.

—¿A quién acompaña Arrigo...? Sea quien sea, lo indudable es que se trata de una mujer muy bonita.

Loreta se da también cuenta de que es objeto de una general atención. Pero, ¡hecho raro...! Una muchacha como ella, no acostumbrada a las exhibiciones, diríase que está en su ambiente natural. Respira sólidamente el perfume de aquella atmósfera, mezcla de muchos perfumes, y entorna los ojos, grandes, que velan unas largas pestañas. Arrigo la observa con el rabllo del ojo y queda satisfecho de su examen.

En esto, la puerta del palco se abre y entra en él una florista, que entrega a la Loreta unas rosas de té.

—Buenas noches, señorito Arrigo — dice.

—Hola, pequeña — responde éste al saludo. — Esta señorita que ves conmigo es mi hermana.

Desaparece la florista. Loreta extrañase haya hecho el regalo de sus flores sin recibir nada en cambio.

—¿Es que no le pagas? — indica.

—No, tonta. A esa clase de mujeres se les paga únicamente de cuando en cuando y una vez por todas.

El efecto está conseguido. Arrigo lo sabe y sonríe.

—¿Por qué sonríes? — insinúa su hermana.

—Porque dentro de cinco minutos toda la sala sabrá quién eres y qué lazos de parentesco me unen a ti. ¿Has comprendido...? La florista ha venido a eso, enviada por alguien, y no a otra cosa.

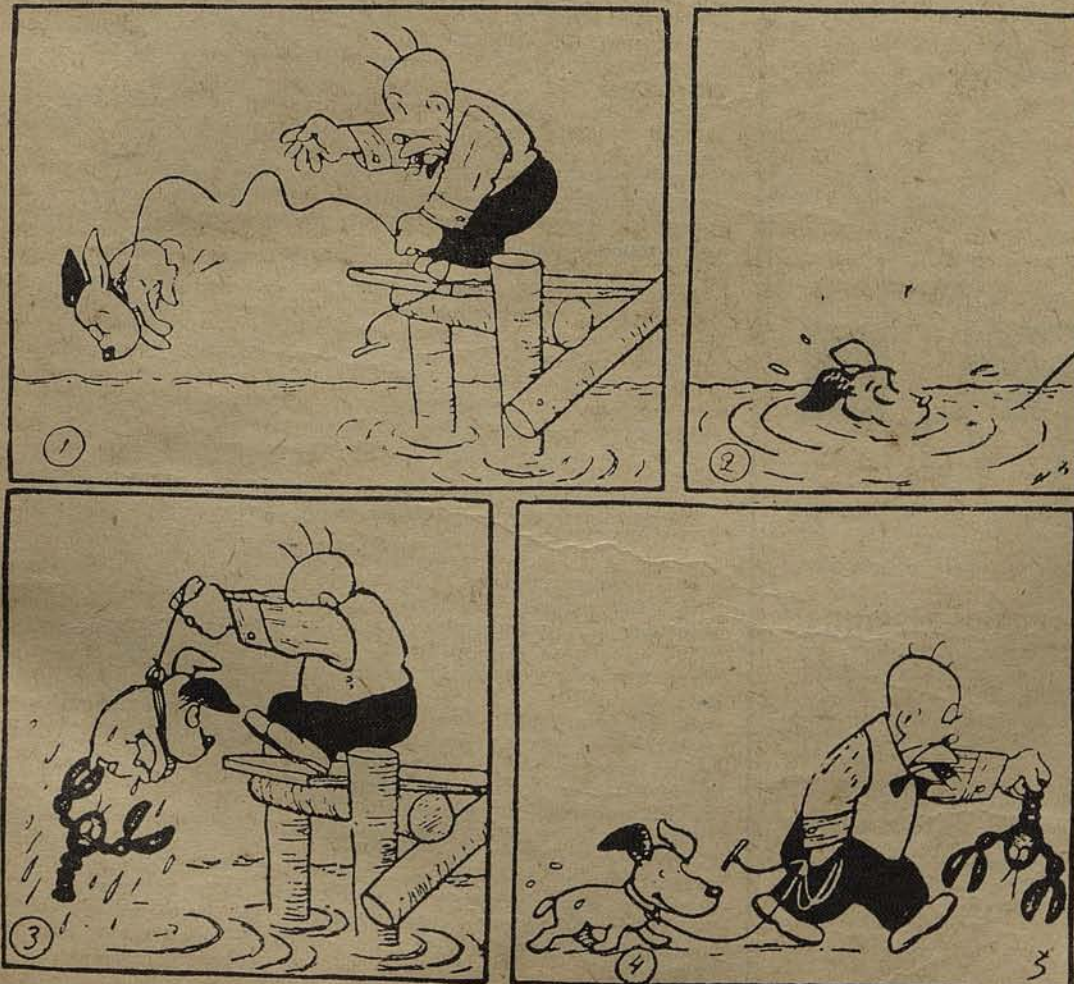
Opera. Canto. ¡Qué lejos vive Loreta de aquella humilde tienda de óptico, situada en un barrio humilde...! Ella, como su hermano, ha nacido para el lujo y no para habitar la trastienda de un comercio. Opera. Cuando Arrigo y Loreta salen del teatro, en el vestíbulo, todos los "Don Juanes" de la ciudad saludan ceremoniosamente a la pareja.

—Ahora tengo hambre — dice ella al oído de su hermano.

—Iremos a cenar, antes de dejarte en casa.

Y, deteniendo con el gesto un coche de alquiler, lanza al pescante las señas de un restaurant poco frecuentado, para descansar de aquel asalto de miradas a que han sido sometidos. Cualquiera, al verlos, pensaría en una pareja de enamorados.

LAS MENUDAS Y VULGARES AVENTURAS DE ADAMSON, Por Jacobsson



Adamson inventa un nuevo método de pesca

LAS NIÑAS "BIEN" NO QUIEREN DULCES

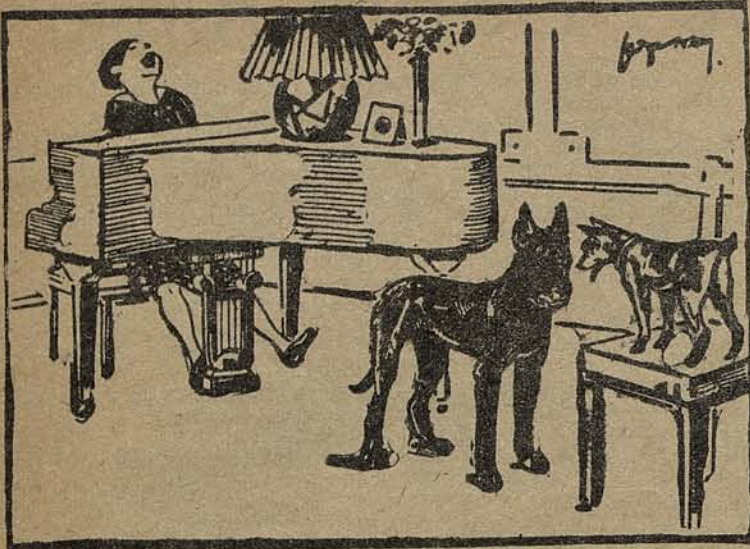
"La niña "bien" moderna, acusada de causar grandes perturbaciones a la sociedad, unas veces enloqueciendo a la juventud masculina y otras originando la ruina de la industria textil por lo escaso de sus vestidos, tiene ante sí una nueva acusación a que hacer frente.

Según dicen los fabricantes de chocolates y bombones, la joven moderna ha ocasionado la ruina de muchas fábricas dedicadas a esta industria.

En el informe anual de la sección azucarera de la Cámara de Comercio de Manchester se manifiesta que el deseo de la mujer moderna de tener una figura esbelta y de adelgazar por todos los medios posibles hace que rechace todo dulce que se le ofrezca.

Esto ha producido una baja enorme en el mercado de bombones y otras golosinas. La pasión por conservar la "línea" ha repercutido incluso hasta en el consumo de azúcar que ha disminuido durante el pasado año. La mujer moderna, en síntesis abomina el dulce desde que ha descubierto que hace engordar. Los novios dejarán de llevar, cuando vayan a "pelar la pava", la clásica cajita de bombones, o el tradicional cucurucho de caramelos reglamentario."

Dulce Aliento



— Cuando canta todo el aire queda perfumado.
— Puedes añadir que con Dentol.

El DENTOL (agua, pasta y polvos), es un dentífrico soberanamente antiséptico y dotado de un perfume muy agradable.

Preparado de acuerdo con los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios de la boca; impide y cura la caries de los dientes, la inflamación de las encías y de la garganta. En pocos días da a los dientes una blancura de nieve destruyendo el sarro.

Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente. Su acción antiséptica contra los microbios dura "por lo menos 24 horas".

Aplicado puro en una hila calma instantáneamente los dolores de muelas más rabiosos.

El DENTOL puede adquirirse en todas las buenas perfumerías y farmacias.

Base: Acido fénico, aceites esenciales de Menta inglesa, Badamia, Limón, Clavo y Acido Salicílico. (M. R.)

Una
Silueta
Elegante
y Esbelta



no sólo es un signo de belleza, sino también de buena salud. La gordura excesiva indica siempre trastornos del organismo, que a la larga resultan sumamente perjudiciales. Para reducir la obesidad, sin temer efectos perjudiciales sobre el corazón, tómense las

TABLETAS PARA ADELGAZAR "KISSINGA"
que no contienen yodo ni glándula tiroides, y están preparadas con las sales termales de Kissingen. (Alemania).

Para evitar el estreñimiento crónico, de que padecen tantas personas, cuide Ud. de que su intestino funcione correctamente, tomando las

PILDORAS LAXANTES "KISSINGA"
que son el laxativo más agradable para uso continuado.

Pildoras laxantes. Base: Sal therm. Kissingen, Extr. Rhey, Extr. cáscara sagrada, Corteza frangul, Sapo medio.
Tabletas para adelgazar. Base: sal therm. Kissingen, Extr. Rhey, Extr. cáscara sagrada, Magnes. ust. Natr. cholein.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS
M. R.

Agentes Generales: Droguería del Pacífico S. A. Suc. de Daube y Cia.

LA ZORRA BANDOLERA

Un gallo y una gallina estaban un día escarbando en el terreno de la granja, tratando de descubrir gusanos y bichos con que alimentarse. En su afán de encontrar algo sabroso para su desayuno, se alejaron más de lo prudente de la casa, cuando, de pronto, como salida de debajo de la tierra, surgió ante ellos una zorra, autora de muchos robos por aquellos sitios. A duras penas si los animales pudieron escapar volando.

Pasado el susto del primer momento, corrió el gallo para el lado del gallinero, y viendo a dos perros que allí estaban de guardia, les dio aviso de la presencia de la temida enemiga. Los canes, como buenos defensores de los intereses de su amo, no se hicieron repetir dos veces las cosas y partieron en busca de la zorra.

— ¡Por aquí! — decía el gallo, que los acompañaba en la pesquisa. — ¡Allí fue donde sufrimos la agresión! ¡No debe estar muy lejos!

Pero la zorra, tradicionalmente astuta, se valía de todas las tretas imaginables para escapar a sus perseguidores, que tampoco esta vez tuvieron éxito en la empresa. Y al ver que sus robos quedaban impunes se hacía cada día más atrevida, acercándose más de lo conveniente al gallinero. Sin ir más lejos, esa misma tarde consiguió sorprender a la gallina y la devoró. El gallo, compañero inseparable de la gallina, y que la quería mucho, sufrió bastante por aquella pérdida, que lo dejó inconsolable.

Pero el dolor no lo hizo quedar inactivo. Indignado ante tanta maldad, recurrió otra vez a pedir auxilio a sus buenos amigos, los perros, para que vengaran la muerte de su compañera.

Nuevamente se pusieron en campaña, con renovado entusiasmo.

Al cabo de un tiempo dieron con las huellas de la zorra, y husmeando el rastro, no tardaron en llegar a un sitio en el que se veían muchas plumas.

Eran los restos de la desaparecida gallina.

Animados por el descubrimiento, prosiguieron los canes la persecución, con la seguridad de que no pasaría mucho tiempo sin que los crímenes de la zorra recibieran el castigo merecido.

Por fin, cuando empezaban a creer que la zorra había conseguido burlarse de ellos una vez más, poniendo en práctica una de sus tantas mañas, la encontraron a la entrada de su cueva. No fue tarea difícil para los perros darle muerte.

Todos los malos reciben tal premio por sus acciones.



UNA PLUMA ESTILOGRAFICA DE HACE CUARENTA SIGLOS

"Los contemporáneos se pavonean generalmente por las invenciones del progreso mecánico realizado en el último siglo. Pero las investigaciones arqueológicas demuestran que no hay tanta base como se cree para esta jactancia. Muchos de los artefactos que parecen más nuevos han sido conocidos por los hombres de la antigüedad.

Se ha comprobado, por ejemplo, que en Ceylán existían los pararrayos desde hace aproximadamente unos mil años. Por otra parte, no escasos investigadores han creído ver en algunos aparatos descubiertos en Egipto el germen del actual ascensor, que tan extraordinariamente moderno nos parece.

También en Egipto se ha descubierto otro aparato curiosísimo. Se trata de una caña cuyo interior había vaciado y cuya extremidad se parece a la pluma de una pluma moderna de escribir. Los arqueólogos están convencidos de que esa sería la primera pluma fuente que habría fabricado el hombre. La tumba en que ha sido descubierta esta caña tiene no menos de cuatro mil años de antigüedad.

Si todo esto es cierto, ¿en qué se apoya la solemne vanidad del hombre moderno, cuyos caprichos puede satisfacer una máquina que ya inventó algún remoto antepasado?"

Para el Menú

Las Revelaciones de una Jugadora de Tennis

Restos de langosta

Se saca la comida a la langosta, patas y restos se muelen a máquina. Se aliña con sal, limón, ají de Cayena y se humedece con crema preparada como sigue: una taza de leche se espesa con dos o tres yemas, se sazona y se le pone estragón, moscada y una o dos hojas de colapiz. Poco a poco se mezcla la crema, se incorpora bien y se vacía en moldes chiquitos.

Pollo con tomates

Se dora el pollo en un poco de aceite y se cuece a vapor con todas las verduras. Se sirve con la salsa siguiente: se parten tres o cuatro tomates de los chicos, se les quitan las pepas y el jugo, se ponen al horno con un poco de aceite, laurel, pimienta y un terrón de azúcar. Estando asados se pasan por colador y se mezclan con salsa de leche con mantequilla y harina.

Budín de panqueques

Tres huevos. Harina y leche, la necesaria para dejar el batido claro que cubra la cuchara. Las claras se baten por separado. Se les pone sal. Se forman los panqueques delgados en sartén untado con mantequilla que no tenga más fondo que la budinera en que se va a armar el budín. Se le echa una o dos cucharadas del batido que cubra el fondo y se pone todo al fuego. Se repite esta operación hasta terminar el batido. Se arregla en budinera lisa untada con mantequilla, poniendo capa de panqueque y capa de algún pino, (sea de ave, carne o pescado). Se cubre con leche preparada como sigue:

Se baten dos huevos, se les añade un pocillo de leche hirviendo con sal, pimienta y perejil, se vacía sobre la bu-

dinera y se pone al horno hasta que cuaje.

Se sirve con salsa de jugo.

Budín helado con azúcar dorada

Seis cucharadas de azúcar granulada se acaramelan y se froma almibar espeso. Se baten cuatro claras. Se mezcla poco a poco el almibar y se forma betún. Se añade el colapiz. Cinco hojas si es del fino.

Se pone en hielo y se sirve con leche crema o crema de Chantilly.

COMIDA

Se pican verduras muy finas, se frien en mantequilla y se amortiguan. Se le añade arroz, salsa de tomates y todo el caldo necesario. Se deja hervir lentamente. Quedando bien reposado se aliña con huevo.

Filete de pejerreyes

Se sacan los filetes y se sazonan, se arreglan al contorno de moldecitos chicos untados con mantequilla. Moldes lisos especiales. En el centro se llena con pebre hecho con bastante mantequilla, una yema, un perejil y una clara batida.

Huevos con jugo

Se bate crema en cocktailera dejándola de regular espesor. Se les pone azúcar a los huevos. Se le pone a cada uno mantequilla y queso parmesano. Se ponen al horno.

Crema en copa

Se bate en una cocktailera dejándola de regular espesor. Se le pone azúcar al paladar mezclada con esencia de café.

COMO SE PINTAN, LOS FORDS

El acabado exterior de la laca de piroxilina y la manera cómo se aplica, sirven como ejemplo para ilustrar la mano de obra que entra en la producción del último de los productos de Henry Ford.

Cuando la nueva carrocería entra en el departamento de pintura, se somete antes que nada a un baño de licores espirituosos hasta que haya desaparecido toda traza de aceite o grasa. Entonces se seca con toallas limpias y se pule cuidadosamente para suavizar cualesquier marcas o desperfectos que haya podido sufrir la carrocería al armarse. Aquellos repliegues inaccesibles para una toalla se limpian con aire comprimido.

Después viene otra ablución que no sólo limpia de nuevo la carrocería, sino que también neutraliza cualesquiera ácidos que hubieran quedado sobre la superficie de la carrocería. Para este lavado final, se exige a los operarios que lleven guantes de goma, para evitar la menor posibilidad de que una mancha, por leve que sea, producida por los dedos pueda deslucir la superficie suave del metal bruñido. Después de esto se vuelve a secar la carrocería, esta vez con lienzos especialmente preparados que no dejarán ningún sedimento, suciedad o partícula sobre la ya mencionada superficie.

Ahora la carrocería completamente limpia, pasa al lugar apropiado, una sala especial para el caso, donde recibe la primera mano de piroxilina. Luego, pasa a un secador en que tiene que permanecer durante dos horas a una temperatura de 225 grados Fahrenheit. Seguido de esto, se remueven cualesquiera imperfecciones que pudiera tener la superficie pintada, con un cuchillo flexible y glassé metálico.

Ahora viene una mano de pintura básica seguida de otro período de sequedad durante una hora y media a 225 grados Fahrenheit. La carrocería sale luego de este proceso de secar y pasa a un banco de masaje, por así decirlo, en que operarios expertos y hábiles lavan y pulen toda la superficie con agua clara, papel de lija muy fino y, por último con piedra pómez en polvo.

Aún otro proceso secante más que se toma unos treinta minutos, y ya tenemos la carrocería lista para recibir la piroxilina. Colocada ya en la cámara de pintar, se le dan dos manos dobles de piroxilina. Cada una de estas manos dobles consiste de dos manos consecutivas, una aplicada con trazos verticales de la pistola de aire y la otra con trazos horizontales. Se conceden veinte minutos entre mano y mano para que se seque la pintura al aire.

Sólo se requieren dos horas y media para que la piroxilina se asiente y endurezca bien. Luego, mediante agua, esponja y papel de lija fino, se pule hasta adquirir una superficie suave. Vuelve a lavarse la carrocería y searse con toallas limpias, usándose aire comprimido para secar los lugares a que no tiene acceso la toalla.

Por último la carrocería recibe una mano de diluyente de piroxilina, lo suficiente no más para tapar las pequeñas marcas casi microscópicas dejadas por el papel de lija. Después de estar veinte minutos secándose a una temperatura de 100 grados Fahrenheit, la carrocería pasa a manos de los pulidores que le dan el brillo, el lustre que tan atractiva la hace.

Cómo había logrado triunfar en el club, en el torneo anual para damas, era cosa que ella repetía a toda hora: "Practicando, practicando todos los días". Pero lo que no contaba era el medio de que ella se valía para impedir que su cutis se arruinara por la violenta acción de los rayos solares y del aire. "Me he tostado como un churrasco", decía Beatriz, "y solamente concurre a la cancha los sábados y domingos". Y ella nunca hubiera llegado a remediarlo si no hubiese sido que una hermosa y muy bien conservada damita de unos cuarenta años de edad la iniciara en el salvador secreto.

"¿Por qué, querida", — decíale — "no se mercoliza usted en el cuarto de vestir, antes de salir a la cancha, y cada vez que vuelve de la misma? Yo lo hago siempre, pues un poco de cera mercolizada hace que la piel se conserve suave, inmaculada y juvenil, pues gracias a su poder, se contrarrestan de inmediato los efectos de los ardientes rayos del sol. ¡Haga la prueba, amiguita!"

PARA EXTIRPAR LAS RAICES DEL VELLO

Las damas a quienes contrarie el crecimiento de pelo superfluo, deben saber que existe un medio que permite obtener la definitiva desaparición de todo vello, lo que se consigue matando las raíces. Para conseguir este resultado, basta aplicar porlac puro pulverizado a las partes donde se haya presentado tan incómodo huésped. Recomiéndase muy especialmente este tratamiento, porque él tiende a la instantánea desaparición del vello y porque, además, al extirpar las raíces de dicho vello, hace que éste no vuelva a reaparecer. Una onza de porlac, que puede ser adquirida en cualquier farmacia, es suficiente para el tratamiento.

PARA HERMOSEAR Y HACER CRECER EL CABELLO

Los jabones y los shampoos artificiales causan la ruina de muchas cabezas de preciosa cabellera. Pocas personas saben que una cucharadita de las de café llena de buen stallax, disuelto en una taza de agua caliente, ejerce una natural afinidad sobre el pelo y constituye el lavado de cabeza más delicioso que pueda imaginarse. Deja el cabello brillante, suave y ondulado; limpia completamente la piel del cráneo y estimula en gran manera el crecimiento del pelo. Se vende en las boticas en paquetes sellados, a un precio que no es elevado, porque cada envase contiene cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoos lo que, al fin y al cabo, resulta económico. También se lo expende, por pocos centavos, en pequeños paquetes de muestra, que contienen cantidad suficiente como para hacer dos shampoos.

Lo que revela un Trousseau Elegante

El Ritmo de los Encajes en la Ropa Interior
Combinación Camisa-Pantalón, es lo que hoy se lleva



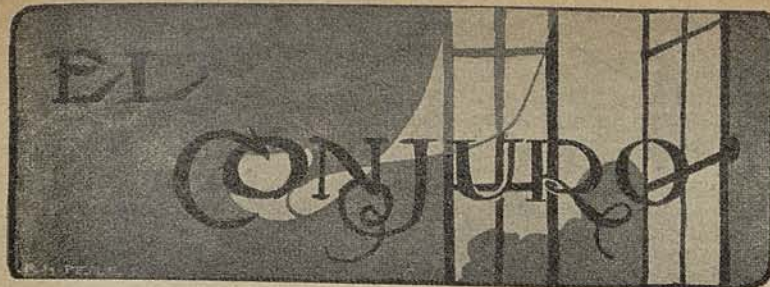
EL encaje es, sin duda, uno de los más bellos adornos de la mujer; uno de los que más se acomodan a su refinamiento y delicadeza.

Largo tiempo abandonados de nuestra ropa interior, helos aquí incrustados de nuevo en crepes y muselinas, agregando su gracia a su ligereza. Es así como esta camisa de noche en Crepe de China rosa va adornada de encajes y pequeños bouquets estilo rococó.

La camisa siguiente es de China igualmente rosa con encajes incrustados como también la camisa de noche, ésta última adornada con alencon de color rosa.

Encantador el deshabillé de Pierrot, de raso rosa festoneado de vivos de raso cielo.

Advirtamos que la combinación pantalón se ha hecho imprescindible como también el mal-lot de seda, muy agradable para los grandes fríos.



Al terminar la cena, me levanté presuroso y me retiré a mi cuarto de fonda. El viejo camarero, Paco, que compadecía mi orfandad, preguntóme paternal y solícito:

—¿No sale hoy el señorito?

—No... no... hoy no salgo—contesté.

Ante la sequedad de la respuesta, poco acostumbrado a tales brusquedades, calló, dándome las buenas noches. Yo me encerré en mi cuarto y me dispuse a trabajar. Estaba terminando una novela que era como una venganza; un compañero en el arte de las letras, antiguo camarada de francachelas de la adolescencia, me molestaba sobremanera; era un tipo bajo y raquítico que envidiaba mis triunfos, y amargaba mis horas felices con sus ironías biliosas. Hasta en mis amores quiso meter cizaña, haciendo suposiciones malévolas acerca de mi amada, amada cándida como novicia, y pura como vestal. Titulaba mi novela: “El amigo malo”. En ella pintaba, de cuerpo entero, el ente ridículo que me causaba tantos dolores. Otro de mis compañeros me aconsejaba desistiese de la venganza.

—Ese Gustavo—decía—tiene alma de jorobado y se vendará...

Reía yo de los consejos, y me apresuraba a terminar la novela de Gustavo el biblioso y de las torpes ironías.

Al sentarme ante mi mesa, me encontré inquieto, molesto, Yo soy muy supersticioso. Llevo en el alma el peso de todas las aberraciones creídas por mi difunto padre, como buen italiano. Creo en supercherías y conjuros, y tengo por herejes a los que se ríen de agüeros y no temen el “mal de ojo”. Aquella tarde, en compañía de mi amada, la niña cándida, había ido al Circo. Ella deseaba contemplar a una danzarina de fama mundial, que traía revueltas a todas las damiselas que tenían

amador. Quería saborear el poder de los ojos fementidos que hicieron enloquecer a tantos jóvenes y llorar a tantas adolescentes, ante el abandono de los tornadizos galanes. Yo me opuse a tal capricho, temiendo, inconscientemente, una desgracia. Pero ella, con sus ruegos, venció mis recelos, y fui.

Apenas apareció en el escenario la danzarina, sentí un escalofrío de terror. Iba luciendo su desnudez impúdica y desenvuelta, como una cortesana de Alejandría. Cubría su cintura un anillo de amuletos con colgantes de púrpura, y en su cuello y brazos llevaba tres culebras movedizas y vibrantes, de mirar fijo. Yo quedé atontado. Es para mí la culebra un reptil de agüero malísimo, inevitable. Tuve que salir del salón abandonando a mi novia. Al cruzar la antesala, hirió mis oídos una risa sarcástica y punzante como un insulto. Era Gustavo...

—¿No sale hoy el señorito?...

me sin saber por qué; evitaba hablar con las gentes, y daba grandes caminatas para calmar a mis nervios en tensión. Al caer de la tarde, entré en un templo y recé precipitadamente. Cubrí mi cuerpo y mi rostro de cruces trazadas con agua bendita, y logré con ello dar un sedante a mi agitación. Pero durante la cena volvió a apoderarse de mí el terror supersticioso: verti un salero, rompí un vaso y, del portazo que di al salir del cuarto tocador, saltó hecha pedazos la luna del espejo. Indudablemente, me esperaba algo siniestro, fatídico; mis pasos habían sido marcados por un conjuro.

No podía coordinar ideas. Las impresiones de la tarde danzaban aturdidoras en mi cabeza. A punto estuve de romper las ya escritas cuartillas, y olvidar mi anunciada venganza. Aquel barullo de risas de Gustavo y miradas de culebra con la presencia de mi novia, me enloquecía... Para distraer mi ánimo



Los Dolores Físicos Desmejoran, Afean y Envejecen

**FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZON
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO**

Quita instantáneamente los fuertes dolores del período menstrual de la mujer, que tanto la debilitan, privándola de entregarse a sus tareas domésticas y sociales. Estos sufrimientos son completamente innecesarios, porque con las tabletas de FENALGINA se quitan en seguida. Toda mujer que experimente dolores por esta causa durante el período, debe tener siempre al alcance de su mano las tabletas FENALGINA. Centenares de miles las toman cada vez que se sienten mal. Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita. ES INOFENSIVA.

NO ACEPTE SUBSTITUTOS.

EXIJA QUE LE DEN

PHENALGIN
(FENALGINA)



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbo-amoníada.

Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Unico distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile

ES INÚTIL
pretender curarse el catarro
abrigándose con exceso

ACERTARÁ
defendiendo sus
bronquios y pulmones con

**JARABE DE
RÉSYL**

*Eter glicero-guayacólico
soluble M.R.*

seguro contra la
**tos - catarros
bronquitis y
tuberculosis**

**DE VENTA EN TODAS
LAS FARMACIAS**
*Se expende también en
comprimidos forma
muy práctica para las
personas ocupadas*



Se presenta también en comprimidos forma muy práctica para las personas ocupadas.

**ANTI-REUMÁTICO
ANALGÉSICO SEDANTE**

**NEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS, GRIPE,
CIÁTICA, REUMATISMO**

Resfriados, Dolores de cabeza y muelas

*Alivio inmediato:
sin efectos secundarios nocivos*

ASCEINE M.R.

Comprimidos de Acido acetil-salicílico,
Acet fenetidina, Cafeína



De venta
en todas las
Farmacias

Tubos de 20 tabletas.
Sobrecitos de 1 y 2
tabletas

mo, pensé leer. Busqué libros en la biblioteca, pero nada lograba distraerme. Maquinalmente, arranqué la hoja del calendario. Al leer la fecha, un nuevo atontamiento perturbó mi espíritu. Era la del primero de diciembre... Tiene esta fecha un recuerdo doloroso y trágico. ¡Al lucir el alba de tal día, murió mi madre! Fué allí en mi pueblo, un pueblo del Alto Aragón, tranquilo y silencioso como una abadía. Vivía mi madre reclusa en una quinta de familia. Desde que faltó mi padre empezó a perder la razón, y no podía sufrir el trato de gentes. Sólo permitía mi presencia. Aún así, apoderábanse de ella raras exaltaciones, en las que gritaba señalándome.

—¡No eres él! ¡No eres él!... Tenía razón, tenía razón...

Y, tras tales gritos, huía hasta ocultarse en su cámara.

Aquella noche del 1.º de diciembre—hacia tres años—estaba tranquila. Después de besar su frente fui a seguir mis estudios de abogado, que entonces terminaba. Dispuesto estaba a pasar la noche ante los libros, cuando sentí un estremecimiento singular. Ante mí, por la pared, a la que estaba adosada la mesa escritorio, comenzó a ascender una araña enorme, ventruda y repugnante. Yo seguía, como en fascinación, su marcha lenta. Torció su camino, y fué hacia el ventanal de mi cuarto. Al acercarse, crujieron los vidrios, y ladró lastimeramente un perro en la lejanía. Oyóse otro ladrado más cercano, y, como respondiendo a su eco, el reloj del comedor, un antiguo reloj de caja sonora, comenzó a sonar campanadas. Era medianoche; al dar la cuarta hora, oí que mi madre rugía su grito trágico.

—¡No eres él!... ¡No eres él!...

Temeroso y azorado, fui corriendo a su retiro. Al llegar, un viento helado me cruzó la cara. Mi madre, sentada en el lecho, miraba extraviadamente la ventana, diciendo:

—Se fué... se fué...

La ventana estaba abierta; una ráfaga de aire había roto la falleba. Quise calmarla, y llamé al doctor del vecino pueblo... ¡Todo fué inútil! Al desaparecer del cielo la última estrella de la noche, murió. Llevado de mi temperamento excitable y raro, no he vuelto al pueblo, pero cada vez que siento las doce campanadas en la soledad de la noche, recibo en la frente un beso frío, como del aire que viene de una montaña nevada...

Tras de las impresiones del día, sólo faltaba este recuerdo para aumentar mis temores. Tal evocación llegó a darme la seguridad de que el fantasma de una tragedia se había interpuesto en mi camino. Paseando como un enajenado buscaba cansancio para rendir mi cuerpo. En las vueltas por la habitación encontré un montón de cartas y retratos. Eran de amigos. Revolviendo entre ellos, saltó a mi vista uno que me hizo estremecer. Era una cara cínica, de ojos saltones y cabeza huesosa como un cráneo sin piel. Tenía el aspecto siniestro de los signos cabalísticos:

Era Gustavo.—¡El!... ¡El!... ¡Siempre él!—dije. Volví a pasear y los temores fueron desapareciendo para ser dominados por un santo recuerdo. La sombra de mi madre, cubriéndome con sano sentimentalismo, hizo correr lágrimas de mis ojos. Caí de bruces sobre la cama, y oré. No sé cuánto tiempo permanecí rezando, pero, de pronto, sentí un extraño sobresalto. En los vidrios del balcón se oyó, claramente, un crujido seco y estridente. Acerquéme, resuelto a terminar mis temores, y no vi nada.

—El choque de alguna hoja muerta—pensé.

Volví otra vez al lecho. En mi cuarto, el reloj señalaba medianoche. Lejos, empezaron a sonar campanadas; mas, al llegar a la cuarta, cesaron, y se oyó un chasquido como de coraje que se rompe...

Ya no pude resistir más. Miré en mi torno, y todo eran som-



Aquella tarde, en compañía de mi amada, había ido al circo.



Era un tipo bajo y raquí-tico...

bras. En el quinqué de mi mesa empezaba a oscilar la llama, al apagarse. Se apoderó de mí un raptó de locura. Cogi el abrigo, el sombrero, y salí precipitadamente.

Paco, el viejo camarero, dijo asustado:

—¡Salir a tales horas!... ¡Hace frío, señorito!... ¡Hace frío!...

Sin contestar, me alejé. El recuerdo de mi novia me atolondraba. ¿Qué era aquello, señor? ¿Qué era aquello? Y corría, corría buscando tranquilidad en el frío de la noche. La luna, burlona, fingía sombras en los troncos y en las encrucijadas, y el susurro de la brisa entre los árboles me recordaba el eco de la burlona carcajada. Andaba sin rumbo, huyendo de la temida risa y del fantasma...

Inconscientemente, llegué a las afueras de la ciudad. Allí, en antigua casa que fué convento, vivía mi amada. Era un casón, con derruido campanario, sobre el que revoloteaban las agoreras sombras de aves nocturnas. Paréme frente a las ventanas, ahogado por las dudas.



Todos los presagios hacíanme adivinar un final en mis amores...

La cristalería de los balconajes, reflejando la luz de plata de la luna, era una silenciosa respuesta a mis dudas de enamorado... —“Ella debe dormir”— pensaba. Pero en mis oídos seguía el repiqueteo de la risa burlona...

Tras de la casa había un jardín, rodeado de verja propicia a los coloquios de amor. Allí fui, pretendiendo recordar pasadas noches de idilio... Mis pasos guiábalos el conjuro...

...Allá, bajo el dosel de una madreselva, estaba la amada; y junto a la verja, en gallarda actitud de doncel de poema, estaba Gustavo recitando la eterna canción del amor...

No he vuelto a ver a la amada engañosa. Gustavo me dió el final de la novela. Tuve que cambiar el título. Ahora será: “El amigo bueno...” Tuvo la delicadeza de no esperar a que me hubiera casado... ¡Oh, la amada cándida como novicia, y pura como vestal!

CARTA A UNA AMIGA DE DIEZ Y SIETE AÑOS...

Amiga: Quieres hacer “ejercicios espirituales”. Dicho de otro modo: deseas entrar en intimidad contigo misma. ¡Excelente idea! La intimidad contigo misma es el único medio de que llegues a poseer tu alma.

Consejos me pides. Vaya el primero: No te retraigas para meditar a un convento, ni te retires a una Tebaida. Aprende a hablar “contigo” a cualquiera hora en que lo necesites, en el trajín y el ruido de la vida corriente: aprende a recogerte entre la multitud, rápida, firme e inviolablemente. Monjita no has de ser, sino mujer valiente. Para vencer al diablo hay que pelear con él cara a cara y a la luz del día.

Vaya el segundo: Cincuenta y dos semanas tiene el año. No limites a una el “tratamiento” de tu alma. Loco llamarías a quien quisiera asegurarse la salud del cuerpo con sólo una semana de higiene. Hay que afilar el entendimiento todos los días para que no se embote su agudeza. Hora tras hora, hay que flexibilizar la memoria para que aprenda a recordar... y a olvidar presta y lealmente. Todas las semanas del año hay que templar la voluntad, que en todas ellas estamos obligados a vencer. Han pasado los tiempos de la

resignación. Hoy el fracaso es pecado mortal y la derrota, crimen. No hay virtudes cobardes...

Y vaya, por último, el plan que reclamas. Una “resolución” para cada día, una virtud que practicar, una excelencia que adquirir... Más sabrás tú que yo, lo que te falta, y por lo tanto lo que necesitas. Luego, tu plan, para ser eficaz, has de hacerlo tú misma... Mas, por una vez, y ya que has acudido a mi imaginación, quiero hacerte un proyecto de programa. Síguelo si te agrada; olvídale si acaso no te sirve.

Lunes.—Día de la Luna, engendradora de todos los sueños, reina de la imaginación, emperatriz de la fantasía. Virtud que has de adquirir: El optimismo. Considerando que el mal y el bien que, al parecer nos acaecen, hartas veces, sólo se diferencian en un punto de vista; menos aun, en la actitud con que los acogemos; menos aun, en la palabra con que los nombramos, no consientas que te haga llorar lo que, con poco esfuerzo por tu parte, bien pudiera hacerte reír. No les des este día... ni ninguno... beligerancia a tus pesares. ¿Qué más quieren ellos para sumergirte? Si acaso sientes deseos de llorar, mírate al espejo y sonríe. Respira fuerte y



\$ 50



ANTES

DESPUES

\$ 20.-

Rodillo para el semblante.

UNA SILUETA FINA
Es Elegante

EL AUTO-MASAJE CON EL

HEWA SAUG-ROLLER

ELIMINA OBESIDAD, DIABETES, REUMATISMO, GOTA
Y ARTERIOSCLEROSIS.

FÁBRICA DE ARTICULOS DE GOMA
DE JULIO HEERWAGEN

SANTO DOMINGO, N.º 2048

CASILLA 3665 - TELEF. 88915



\$ 50

ESTA REVISTA

"PARA TODOS"

lo mismo que

Zig-Zag
Sucesos
Los Sports
Don Fausto
El Peneca
Familia

Impresas por la SOC. IMPRENTA
Y LITOGRAFIA UNIVERSO,
SANTIAGO. (Departamento Empresa
"Zig-Zag"), son un exponente del tra-
bajo que hace

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

Y ASI COMO PREDOMINA EN
ESTOS TRABAJOS EDITORIALES,
ASI PREDOMINA EN PRECIO, CA-
LIDAD Y ATENCION CON SUS
DEPARTAMENTOS DE LITOGRA-
FIA, TRABAJOS TIPOGRAFICOS
COMERCIALES, TRABAJOS EN-
CUADERNADOS, FABRICA DE PA-
PELERIA Y CUANTA COSA IMA-
GINABLE SE HACE EN LA IN-
DUSTRIA IMPRENTERA.

SANTIAGO
Ahumada, 32

VALPARAISO
Tomás Ramos, 147

CONCEPCION
Castellón esq. Freire.

hondo, si la inquietud te abruma. Siéntate, y calma con la inmovilidad el apresurado latir del corazón, si la impaciencia te consume. Búrlate siempre un poco de ti misma, divina lunática... Al oírte reír, el espíritu malo que te atormenta se alejará de ti, porque el diablo le tiene tanto miedo como al agua bendita a la risa clara de un corazón limpio.

Martes.—Día de Marte, dios de la guerra. Día de aciaga significación y presagio funesto en todas las supersticiones del mundo. Virtud que has de adquirir: La esperanza tenaz. No existe el Destino: mas, si existiera, habría que vencerle con la voluntad. Piensa serenamente en los llamados males que te pudieran acaecer. Pobreza. La sobriedad la burla, el trabajo la vence... y la pereza estoica se ríe de ella. Soledad. Nunca es más fuerte el alma que cuando está sola. Y sólo los cobardes forman rebaño. Enfermedad. No pocas veces es misericordia con la cual el cuerpo maltratado obliga a descansar a nuestra insaciable codicia, rompe costumbres necias que no teníamos valor de interrumpir, quema en la fiebre grasas y blanduras nocivas en el cuerpo y el espíritu, aclara los ojos cegados por la vanidad, purifica, aquieta, consume venenos, cria nueva sangre y pensamientos no gastados. Cambia el punto de vista, nos hace descender de la cumbre insensata de nuestro orgullo—¡hasta de la salud tenemos vanidad!—limpia y pule los vidrios de las ventanas a través de los cuales vemos la vida... ¡Un poco que sufrir... y tanto que aprender! La muerte... La muerte no es nada, si no es puerta de ingreso a vida más completa. Menguado es quien la teme, cobarde quien la llama... ¡Esperemos en ella, amiga leal que no falta a la cita...!

Miércoles.—En las lenguas latinas, día de Mercurio, dios de la astucia. En las lenguas eslavas, día del centro y del término medio. Virtud que has de adquirir: La prudencia. Bien está la inocencia confiada y mejor aun la buena fe. No desconfíes demasiado de los demás, pero no te fíes demasiado de ti misma. Recuerda las palabras de Epícteto: "¿Piensas que confianza y prudencia se oponen? Te engañas. Emplea la prudencia en las cosas que dependan de ti, y da tu confianza a aquello que dependa de los dioses. Así serás a un tiempo confiado y prudente y evitarás los verdaderos males sin temer los ilusorios". Y yo te digo: Procura el bien y no temas el mal... Y sobre todo no permitas a tu inquietud que te haga sufrir por males que aun no han sucedido. ¡Es tan probable que no sucedan nunca...!

Jueves.—En las mitologías griegas y latinas, día de Zeus, de Júpiter. En las del Norte, día de Thor. Dioses uno y otro de la fuerza, del rayo, de la suprema autoridad. Virtud que has de adquirir... por contradicción, que para eso eres mujer, y en la contradicción está tu fuerza: La templanza. Piensa en todos los daños que ha hecho la fuerza, ídolo del hombre; recuerda los crímenes de la ley inflexible, de la autoridad ciega; repasa las tragedias que ha engendrado la ira... Y temple la tuya siempre que asome... No confundas—¡es tan fácil cuando se trata de la causa propia!—justicia con venganza... Siempre que vaya a mandar, piensa en que fueses tú quien ha de obedecer... y manda despacio.

Viernes.—Día de Venus en nuestros calendarios. Día de Frída, madre de dioses, en los calendarios sajones y escandinavos. De un modo o de otro, día de la mujer, reina de amor. Virtud que has de adquirir: Maternidad. Aunque acaso—ya no son los destinos tan inalterables como en siglos pretéritos—aunque tal vez no estés predestinada a concebir hijos de carne, piensa, mujer que hoy empiezas a serlo, que te toque cumplir. Esto asegura que has de cumplirla con perfección y amor, que le has de ser leal, siéndolo a ti misma. Di desde ahora: "De mis acciones no he de tener que avergonzarme nunca, porque ellas han de ser, como hijas mías, esencia de mis sueños y medida de mi nobleza". Dice San Agustín: "Todo lo que hagas, hazlo bien". Y yo me permito añadir: Sobre cuanto hagas, pon la sonrisa de madre que está mirando crecer al hijo...

Sábado.—Día de Jehová. Día de Saturno. Dioses terribles. Los de las sentencias inexorables y los implacables castigos. Creadores y destructores. Misterio y espanto. Virtud que has de adquirir: La piedad. Perdona cuando debas, y cuando no debas; aparta la vida del pecador, mas no consientas que jamás tu ira haga temblar la mano con que le apartas de tu camino. Acude a las heridas que otros han abierto y únete con bálsamo las manos para llegar a la carne llagada. Aprende las palabras calmantes para apagar el fuego de la cólera ajena, y los pensamientos de paz para dormir tus propios rencores...

Domingo.—En el medir cristiano del tiempo, día del Señor. "Este es el día que el Señor ha hecho". En la cuenta pagana, día del Sol. Resurrección, luz nueva, calor... claridad. Alzar la losa, sacudir la tierra del sepulcro. Virtud que has de adquirir: El olvido... Si, aprende a olvidar todo el mal que te han hecho... El olvido que borra totalmente la dolorosa cuenta del agravio... Aprende a sonreír sin amargura sobre el sepulcro de tu esperanza muerta... Dichosa tú si al alargar la mano al ofensor no quieres recordar el agravio... Domingo, día frontera entre el tiempo gastado y la eternidad que empieza a cada instante... ¡Olvida, olvida, olvida...! El olvido es más noble que el perdón.

GREGORIO MARTINEZ SIERRA.

LOS OJOS QUE SE ABREN

Por Henri Bordeaux

No deseaba tratar ese tema con usted, madre. ¿Para qué? Mas se equivoca usted al condenarme. Un hogar, el nombre mismo lo indica, vive, anima, ilumina. En el mío respiraba un tósigo que paulatinamente me iba aletargando. He dado a Isabel la existencia que le convenía. Nada le falta a ella. Y yo me ahogaba. No he solicitado nuestra separación. Es ella la que la ha querido, injustamente. En realidad estábamos ya separados desde hace años, y sólo por su culpa.

—¿No habrás sido poco sufrido con ella? ¿Y cómo puedes comparar con la tuya las culpas de ella, si alguna leve tuvo?

—No me reconozco ninguna falta.

—¡Ah!

—Usted..., usted ha sido feliz.

Observó ella, con dulzura:

—Hace treinta y seis años que sobrevivo a mi felicidad.

—Es verdad. Pero la muerte hiere de un solo golpe. Puede dejar un recuerdo fortificante. Es menos aplastante que ese agotamiento lento y continuo en la medianía, en el horrible hastío. Ha bía entre nosotros tabiques herméticamente cerrados.

—No, un hombre como tú siempre está un poco aislado. ¿Qué son esas divergencias de sentimientos al lado de las verdaderas penas, de la enfermedad, de la desgracia, de tantas tristezas positivas como el destino trae consigo? Hay que saber aceptar la vida.

—No soy ningún resignado.

—Aceptar no es resignarse.

Hizo un gesto fatigado, como para abreviar.

—No hablemos más de esto; usted no me puede comprender.

—Tú eres el que comprenderá, pero demasiado tarde.

Durante aquella discusión, Fanchette, que entraba y salía, estuvo a pique de verter a cada instante el contenido de alguna fuente o de romper algún plato, pues se horrorizaba cada vez de no encontrar a sus amos en buena armonía. Nadie hacía caso de su cocina; la señora, pase; se la hubiera podido alimentar de carne de vaca cocida y de patatas a diario, y no lo habría notado; ¡pero el señor, que cuando chico era tan glotón y mostraba tan hermoso apetito; el señor, que era digno de apreciar un estofado! ¡Era, pues, verdad que allá por París le habían trastornado la cabeza y sorbido los sesos!

A los postres, Alberto fué el primero que rompió el largo silencio que había seguido a las últimas palabras de su madre, y fué para preguntarle:

—¿Ha venido Isabel a verla a usted?

—Una sola vez.

—¿Y usted?

—He estado allí cinco veces.

Como excusándose de no haber renovado con más frecuencia sus tentativas de reconciliación, dijo además:

—Me siento tan incómoda en casa de ellos...

Por aquellas palabras, que brotaban tan espontáneamente de labios de la pobre señora, la hubiera besado:

—Yo también, mamá; yo siempre me he sentido tan incómodo... en mi casa.

A ella le pesaba su reflexión, y de nuevo volvieron a callar, bajo la mirada indignada de Fanchette, que entró en su cocina con el único brazo disponible puesto en alto: él se había engullido sus fillos como una medicina, sin manifestar la más leve satisfacción.

Llegado el café, suprema esperanza de la infortunada cocinera, que lo servía hirviendo, a la buena usanza, Alberto se decidió al fin a pronunciar la frase que su madre esperaba desde que llegara y cuyo retraso solamente le había herido ya el corazón.

—¿Y los niños?

—Están bien—dijo ella mientras sus ojos se humedecían.

—¿Los ve usted?...

—Apenas. Alguna vez voy al jardín público por encontrármelos. Pero no están allí siempre.

—Usted puede verlos...

Dijo aquello con una melancolía infinita pero como la enunciación de un hecho ineluctable. Ella abandonó su silla, fué a él y descansó ambas manos sobre sus hombros:

—¿Alberto, Alberto mío! ¿No los abandonarás?

—No podemos arrancárselos—murmuró él, con voz apagada e incorporándose,—sería peor.

Luego añadió, a pesar suyo:

—¿Cree usted que eso no me cuesta bastante?

Ella adivinó su pena y se inclinó aún más. Entonces la cogió entre sus brazos:

—Mamá..., se puede uno equivocar en el amor, amar varias veces; pero no se tiene más que una madre: no debo disputárselos a la suya.

—¡María Luisa, Felipe!...—enumeraba sencillamente la señora de Derize, que contaba con el poder de esos dos nombres.

A su vez se levantó él para desasirse del brazo maternal.

—¡Ah! No me quite usted el valor. Lo necesito, se lo aseguro.

—¡Menos te faltará para volver a nosotros!...

Insistía ella, ponía tanto fuego en su acento, extendía los brazos como para coger la victoria. En el umbral de la puerta, Fanchette, que venía a llevarse su bandeja, ante aquellas efusiones quedó suspensa, no sabiendo si avanzar o retroceder. El sabía perfectamente que todo asalto era inútil; sólo tuvo que pronunciar, casi tímidamente, una frase para darlo a entender:

—¡Usted no la conoce! ¡Yo la amo!

Todavía no se había hablado de ella. Ya, indudablemente, no se hablaría más, pues el sólo recuerdo de su existencia bastaba a separarlos. La señora de Derize se retiró un poco. ¿Qué podía contestar? Al nombrar a los niños había esperado vencer todo obstáculo, y el obstáculo subsistía en toda su fuerza.

—¿Tu equipaje?—preguntó ella, luego más tarde, para que no se prolongara indefinidamente el pesado silencio que los oprimía.

Los detalles materiales servían así para conciliar la situación. Ella explicaba:

**ASPIRADOR DE POLVO
VAMPYR**



AEG

Compañía Sudamericana de
Electricidad

VALPARAISO:

Av. Brasil, 559. — Casilla 600

Teléfono 2180

SANTIAGO:

Bandera esq. Santo Domingo.

Casilla 110 D.

Teléfonos 2131 y 2132

CONCEPCION:

Barros Arana, 220.—Casilla 86 C.

Para limpiar muebles, alfombras, tapices,
cortinajes, felpas, pisos, etc: Solicite pros-
pectos.

AEG



—Tu alcoba está allí. Esta es la mía.
—Vuelvo a partir en seguida.

—¿Tan pronto?

Pero esa protesta no daba prueba de la alegría que ella se había hecho anticipadamente de tenerlo junto a sí, de volver a encontrarlo, poco a poco, tal como era antes. Era un lamento desinteresado, que se traducía casi inmediatamente por este temor:

—Te vas a cansar...

Fanchette, que había acabado de quitar la mesa y recogía las migas de pan, subrayó esa observación con una mímica desconsolada. Alberto no se estremeció. Disgustado, se encerraba en sí.

—¿Cuándo volverás?—volvió a decir la madre, dispuesta a contentarse con el más insignificante tiempo.—¿Este verano?

—No puedo.

¿Se preparaba, pues a abandonarlo todo, a su mujer, a sus hijos, a su tierra? Sentía ansias de decirle: "Entonces, ¿por qué has venido?" Su viaje resultaba más amenazador que su ausencia. En aquel momento sonó el timbre de la cancela. Era cosa inusitada a esa hora.

—¿Abro?—preguntó la vieja doméstica.

—Es Felipe Lagier—dijo Alberto.—Le rogué que pasara por aquí esta noche. Vuelvo a tomar el expreso de las diez cuarenta.

La señora de Derize adelantó a su hijo para recibir en el salón al abogado. Felipe, que la veneraba, se inclinó delante de ella y le besó la mano, cosa que asombraba siempre un poco a la pobre señora. Comprendió ella que Alberto había venido a Grenoble para celebrar esa entrevista y que volvería a irse sin ver a sus niños. La partida, pues, estaba perdida. Y en vista que su presencia era inútil, dejó a los dos hombres solos. El abogado se compadeció de ella y la detuvo un instante con estas palabras:

—He tratado de reconciliarlos, señora, se lo juro.

Esa desesperación materna, que él comprendía, y la confianza de su amigo ahuyentaron la turbación que los recuerdos de antaño y la belleza de Isabel habían producido en su pensamiento.

—Bueno, ¿qué?—preguntó Alberto con impaciencia, en el momento de quedarse solo.

—Pues que rehusa.

Resumió brevemente su jornada, narró el texto, casi exacto, de la demanda, y cuando llegó al relato de su visita a los Molay-Norrois se esforzó por poner en relieve el móvil a que obedecía Isabel, la cual, víctima de una suerte injusta, no quería valerse más que de la verdad.

Alberto, que había escuchado hasta entonces en silencio, dió un salto al oír esas últimas palabras:

—¿La verdad? ¿Es la verdad lo que exige? ¡Muy bien! Pues yo también la diré. Haremos plena luz sobre nuestra vida íntima.

Felipe estaba atónito ante este súbito arranque.

—Pero, ¿tienes que reprocharle algo?

—¿Yo? nada y todo. ¿Es que no hay en la vida más que graves acontecimientos fáciles de limitar y de definir? No son los mayores males los más penosos de soportar. Mira, en mi soledad... en mi hogar, quiero decir..., he ido anotando día tras día mis impresiones de estos últimos años. Por si acaso, he traído esos cuadernos. Aquí están, te los entrego. En ellos encontrarás argumentos. Yo los completaré. Lo contarás todo en la Audiencia, puesto que ella exige que se diga todo. Y le disputaré nuestros hijos.

—Los he visto hace poco—observó el abogado, encargándose de los cuadernos,—están bien.

Con un gesto decisivo detuvo Alberto a su amigo, como para hacer constar que eso era cosa suya:

—Lo sé.

Felipe Lagier, que se disponía a hacer de abogado en la causa, adivinó la ineficacia de toda intervención. En la frente agitada, en los ojos de duro mirar, en toda la expresión, torturada y absorbida, descifraba él, con curiosidad, el sello de esa pasión sobre la que Alberto callaba. Y esa negación a hablar de ella implicaba una singular fuerza de concentración sobre un solo objeto. Toda confianza es una merma, resta un destello al fuego sagrado por el cual desea ser devorada el alma. Ana de Sezery, invisible, estaba allí, en esa habitación, presente y dominadora.

—¿Se ha concluido? ¿No te reconcillas con Isabel?

—¡Nunca!

Isabel había pronunciado la misma sentencia definitiva. Sólo restaba dejar a la justicia el cuidado de ratificarla.

—Y pediré el divorcio—volvió a decir Alberto,—y, puesto que quieren comprometerla, me casaré con ella...

Se detuvo bruscamente, sin pronunciar el nombre. En sus libros había demostrado muchas veces la importancia del lazo familiar y, semejante a su maestro Augusto Comte, la utilidad del matrimonio indisoluble: ¿qué autoridad tendría él luego para defender tales conclusiones? Siguió diciendo:

—Ahora surge la cuestión de los arreglos materiales. Naturalmente, mi esposa volverá a encargarse de la administración de su fortuna. Ya he pedido a nuestro notario se la restituya. Y yo señalaré a mis hijos, hasta que los Tribunales me los entreguen, al menos durante una parte del año, una pensión de mil francos mensuales.

—Si vuelves a casarte, los Tribunales no te los entregarán.

Sin contestar fué a llamar a su madre, que, sentada en la alcoba contigua, contemplaba inmóvil, abatida, todos los preparativos de bienvenida; el único par de hermosas sábanas guardadas esmeradamente de los tiempos prósperos, las flores en el violetero, la fotografía. Se levantó y lo siguió dócilmente, como quien sufre una condena.

—Ya es hora, Felipe me acompaña a la estación.

—Bueno.

En el momento de partir, sorprendido de su insensibilidad murmuró a su oído, mientras la estrechaba contra su pecho.

—La hecho mucho daño, mamá.

—Sí, mucho.

—No me debe usted abandonar... Usted no...

—¡Oh! Yo...

—A usted le confío María Luisa y Felipe. Velará sobre ellos desde lejos: los verá usted algunas veces. Si eso le da algo que hacer, lo sufrirá con paciencia...

—Bien lo sabes!

—¡Hasta la vista, mamá! Yo volveré.

—¡Que Dios te guarde!

Volvió a cerrarse la puerta. El se había olvidado de Fanchette, que esperaba su turno y que se secaba los ojos en el mandil. La señora de Derize, con paso lento, volvió al saloncito abandonado. Llegó a la ventana para ver todavía a su hijo a la puerta de su casa. Ella pensaba:

—No ha venido ni por mí, ni por Isabel, ni por los pequeños. Mas algún día, estoy segura, volverá por ellos, por nosotros. Quizás sea muy tarde. Con tal que el daño que ha hecho no sea irreparable...

Desde la calle, Alberto, mirando hacia arriba, vió el marco de la ventana iluminada, en que descollaba un bulto negro. Pero no oyó a su madre, que, inclinada, le llamaba, con voz de súplica. Y dentro del coche, donde montó con su amigo para dirigirse a la estación, no pronunció ni una palabra.

SEGUNDA PARTE

I

El reverso del mundo.

A principios de julio los tilos del jardín público de Grenoble difundían aún juntamente con su sombra la pesada fragancia de sus flores, que se marchitaban. Apenas se encontraba ya fuera de allí un poco de frescura y de defensa contra los ardores del sol; allí y bajo los árboles del paseo de la Isla Verde, paraje tan poco frecuentado, que las niñeras no gustaban de llevar allí a las criaturas.

Después de haberle echado pan al cisne negro, que lo atrapa con su pico rojo, produciendo un gran revuelo en el agua, María Luisa y Felipe Derize, disponiéndose para regresar a casa, se despedían de sus amiguitas Juana y Renata de Crozet, que aprovechaban esta ocasión para anunciarles solemnemente su próxima partida:

—Vamos a Aix-les-Bains este año.

—Y nosotros a Uriage—replicó María Luisa, que nunca se quedaba corta.

—A San Martín—rectificó su regordete hermano.—En pleno bosque.

Pero la niña rectificó a su vez, con sequedad.

—No, a Uriage. Allí hay más sociedad.

Creyó haber anonadado a Aix-les-Bains. Porque le gustaba quedar encima. Ya de vuelta, Felipe protestó.

—Es en San Martín donde está nuestra casa. Eso está en la montaña.

—Sí, pero nosotros vamos a Uriage. Tú de noche duermes como una maleta.

—No duermo como una maleta. Las maletas no duermen.

—Así lo dice la abuelita. Yo escucho por la puerta abierta. Y he averiguado que iremos a Uriage, no a San Martín. Y la abuelita decía que papá estaba muerto para nosotros.

—¿Cómo muerto?

Los muertos son a los que entierran.

—No quiero que entierren a papá.

La pequeña le lanzó una mirada de superioridad, y se puso a perorar, recordando algún término raro para soltarlo:

—Precisamente eso es lo que le falta. Mira qué cosa tan rara; no está muerto y lo está para nosotros.

—¿Lo volveremos a ver?

—Seguramente. Pero no digas nada.

Había heredado de su padre, al par de su curiosidad y su viveza de ingenio cierta confianza en el porvenir.

La criatura no se equivocaba respecto a los proyectos de veraneo maternos. Habitualmente los Derize huían de París desde julio hasta noviembre y pasaban el verano y parte del otoño en San Martín, aldea edificada en el costado de la montaña de Chamrousse, entre pinos y castaños, que domina el castillo de San Ferriol. Habitaban la vieja casa solariega que Alberto heredara no limpia de deudas; era un vasto chalet de vigas empotradas en la piedra, con galerías todo alrededor y contraventanas verdes de madera maciza. Una avenida de plátanos la unía con la iglesia. La señora de Derize madre tenía allí su habitación; también la época de las vacaciones era para ella la mejor del año. Todo el día fuera, los niños adquirían la tez de los campesinos; a las caricias del sol, sus mejillas tomaban los tonos rosados de las manzanas de Api. Alberto trabajaba con mente reposada en su *Historia del labrador* escuchando más cerca las voces sedantes de la Naturaleza, que cantaban en su libro. Pero algunas veces a Isabel, cuando las tardes caían más rápidamente, parecía que aquella vida rústica se prolongaba demasiado; desde el fondo del valle subían los rumores de fiesta, la animación de un pequeño pueblo-balneario bastante

agradable; sobre todo temía ella la soledad, que obliga a buscar en sí mismo la distracción y el contento.

Los Molay-Norrois, por su parte, alquilan una villa en Uriage, donde volvían a encontrar de nuevo el círculo de sus amistades. Cuando no se podía parar en Grenoble por los calores persuadieron fácilmente a su hija que los acompañara.

—¿Por qué encerrarte en este caserón aislado? ¿Y si le diera a tu marido el capricho de volver allí? Ven con nosotros, estarás más tranquila.

Ella les hizo caso. En ausencia de su esposo sentía otra vez unas emociones olvidadas, el miedo, la inquietud. Y la casa de San Martín, con sus largos corredores, sus hileras de aposentos y el silencio imponente del campo, no le inspiraba ninguna simpatía.

Uriage, a tres o cuatro leguas de Grenoble y a cuatro o cinco metros de altura—de acceso fácil, sin embargo—y muy cerca del llano, parece tomar de la elevada montaña su aspecto severo y su ambiente salubre. Se llega a ella por un desfiladero muy estrecho y poblado de bosque, en cuyo fondo se desliza un riachuelo apacible que no justifica su nombre del Sonante. El camino tropieza, después de un recodo, con un altozano que corona el castillo de San Ferriol, de aspecto bastante guerrero, con sus muros de defensa convertidos ahora en terrazas, sus vetustas torres y sus gabletes. Después de costearlo se descende, al fin, al vallecito de Vaulnaveys, donde está edificado el balneario. Aquel Valle de Vaulnaveys, tan reducido, comprendido entre la Cruz de Chamrousse y el monte de los Cuatro Caballeros, hasido comparado a un navío cuya proa fuera el castillo de San Ferriol y la popa el de Vizille, dos veces histórico, puesto que fué reconstruido por Ledisguières y ocupado en 1789 por los Estados del Delfinado. Es como un pequeño oasis de fresco césped entre vertientes de bosques y praderas. A causa de la abundancia de aguas la hierba es luciente allí como la de la campiña inglesa. Aquí y allá se la ha recortado para formar un juego de tennis, unos paseos y hasta un hipódromo.

La villa de los Alerces, que alquilaban los Molay-Norrois para la temporada, se apoya en el estribo de Chamrousse, a lo largo del camino pendiente que de Uriage sube al castillo de San Ferriol, y que, por lo tanto, domina algo el vallecito. Pinos a la espalda y rosales por delante le forman un cercado contradictorio, como es frecuente en aquel rincón de tierra, comparable a los rostros cuya dulzura natural se oculta al principio bajo un aspecto grave.

Una tarde de julio el automóvil de la señora de Passerat dejó ante su puerta a los inquilinos de los Alerces. Ella ocupaba una villa contigua, donde recibía al anciano consejero Premereux, al que llamaban su aya, y a los Vimelles, mientras que los Bonnard-Basson se habían instalado un poco más abajo. Aquellas señoras formaban proyectos de todas clases, y en la lista de forasteros la última ya había señalado varios nombres de la aristocracia con cuyos dueños ardía en deseos de entablar relaciones. María Luisa declaró en seguida que esto era mucho más bonito que San Martín; pero el bueno de Felipe, algo aturrido por la velocidad de la carrera, no dijo nada. Isabel apreciaba sobre todo la ventaja de evitar el aislamiento. Nadie, en aquella combinación, había pensado en la madre de Alberto, que se había quedado en Grenoble no obstante el calor, y que se veía privada de sus nietos. Con la mejor voluntad, no era posible complacer a todo el mundo.

A causa de su situación particular Isabel se había prometido hacer vida aparte. Se lo había advertido a su madre, que dió su aprobación. A lo primero ella misma sacaba de paseo a los dos pequeños, mostraba una actitud reservada frente a las personas de su conocimiento, y no bajaba al salón en los días de recepción. Una mañana, cuando atravesaba en compañía de María Luisa y de Felipe el césped que hay cerca del Casino, oyó, mientras reñía a la niña, que había cogido una flor de un macizo, el siguiente diálogo entre dos jóvenes:

—Es la señora de Alberto Derize.

—¿La mujer del historiador?

—Sí.

—Es muy bonita.

Sonrojóse al oír ese piropo, dicho con intención en voz alta; pero no le disgustaba que reparasen en ella por algo más que por el nombre que llevaba, y que constituía para ella un peso. Su abogado le había prometido que, a la apertura de los Tribunales, la separación sería fallada a su favor sin ninguna tardanza tanto más cuanto que la parte contraria, no habiendo terminado sus diligencias, probablemente caería en falta—lenguaje que traducido significaba que su marido no se defendería.—Entonces llegaría la hora de organizar su nueva vida. Hasta entonces no había más que esperar, puesto que de nada carecía y aún conservaba la sombra de un hogar.

Mas, ese hogar se iba animando de día en día. Continuamente invitaban a excursiones en automóvil con los niños. Ella se oponía: los demás protestaban con tanta vehemencia o tanto cariño alternativamente, que acababa por ceder. De este modo se encontró cogida en un engranaje. Los conducían al castillo de Vizille que eleva por encima del glauco Romanche la enorme mole de sus piedras parduscas; al antiguo puente de Claix, cuyo arco es tan alto que pone marco a todo un paisaje, y, sobre la llanura de la Maltheysine, a los diminutos lagos de Laffrey, cuyas aguas, sombrías y azules, protestan con su gracia contra la rigidez de las montañas vecinas. Breves excursiones de tarde, que se transformaban poco a poco en expediciones más largas; la Gran Chartreuse, el desfiladero del Lauter, al pie del Gran Galibier, o en el Vercors, el pintoresco Ponten-Royans, tallado en la roca viva, a pico sobre el agua, al abrigo de las ruinas de algún fuerte castillo. El "cuarenta ca-

ballos" de los Passerat arrastraba tras de sí al motor, menos poderoso, de los Bonnard-Bassou, que guiaba con singular maestría el señor de Vimelle, y con tal disposición para la vida deportiva como inepto era para esfuerzos intelectuales. Llevábanse provisiones y almorzaban alegremente sobre la hierba, a orillas de algún arroyo, o bien hacían irrupción en algún soñoliento mesón, despertándolo bruscamente. María Luisa coleccionaba recuerdos con que deslumbrar a Juana y a Renata Crozet, que desde Aix-les-Bains le dirigían enfáticas tarjetas postales. De noche, ¿cómo separarse tras jornadas tan cordiales? Isabel pretextaba que tenía que acostar a los pequeños, a quien, a la larga, el sueño ponía pesados los párpados. Pero el encontrarse a solas consigo misma no le producía ningún placer. La vida interior, que no la había atraído jamás, le era especialmente antipática. Gozaba abandonándole al azar de cada día, y cesó pronto de defender su libertad.

Sus padres tenían que corresponder a las invitaciones que les brindaban. Cuando se presentó vestida con una *toilette* de color verde agua, que había lucido una sola vez, en casa de la duquesa de Beard, antes del acontecimiento que había trastornado su vida, creyó ingenuamente reconocer, por las miradas de las mujeres, que no había quizá una sinceridad absoluta en la simpatía tan conmovida que le manifestaban en toda ocasión. Los recién venidos a su círculo social se mostraban muy expresivos con ella, con esa sultura que permite la ausencia del marido. Bien que fuese menos descotada que todas las damas, experimentó una molestia ignorada, y que le recordaba sus débuts de jovencita, al sentir expuestos a las miradas sus hombros, cuya nacarada blancura causaba verdadera admiración, así como el arranque del busto, donde se transparentaban las azuladas venas bajo la carne plena y tersa. Tuvo la impresión de que no era aquel su puesto, y el éxito no dispuso más que a medias aquella impresión.

Volvió a sentirla un día que subió a pie con sus hijos hasta San Martín de Uriage. El chalet cerrado, donde ella había pasado tantos veranos apacibles, la iglesia cercana, la suavidad de aquella aldea perdida en el bosque, agitaban su sensibilidad, que sufría la influencia así de los lugares como de las personas. Abrió la puerta de la capilla, y en su oración—muy breve, a causa de sus impacientes compañeros—tuvo tiempo de preguntarse si aquel loco ajeteo en la situación en que se encontraba podía ser su vida normal; si tales hábitos de movimiento, de diversión, de placer, no amenazaban con echar a perder para más adelante la imaginación, harto precozmente excitada, de María Luisa y de Felipe, mientras que rodando por entre la hierba y charlando con los pequeños campesinos, cobrarían ellos un aspecto de salud a la vez que una sencilla robustez de corazón. Con gran asombro suyo, desde la avenida de los plátanos, el chiquitín, sin pizca de pudor, reclamaba el regreso pero, abrazándose a ella, María Luisa le preguntaba, roja, y llena de emoción:

—¿Y papá?

—Está de viaje—contestó evasivamente.

La niña, recordando de un golpe una importante época de su vida pasada, tenía los nervios en tensión y el pecho todo vibrante.

—Cuando yo era pequeña—declaró con autoridad—vivía aquí. Papá me llevaba lejos, a la montaña. Cuando me cansaba me tomaba en hombros...

—Y a mí también—le interrumpió Felipe, que no quería ser menos.

—Estaba siempre riendo—recordaba María Luisa todavía.

Su madre dejóse dominar en silencio por esas evocaciones. Seguía a lo largo del cercado que protegía a la quinta desierta; contemplaba los mustios racimos de la glicina, el jardín en desorden y los estragos que en él hiciera el abandono; luego, agobiada de tristeza, se llevó a los niños por el sendero que descende serpenteando hasta el castillo y el verde césped de Uriage. Aquella noche pretextó jaqueca para poder declinar, a última hora, una invitación que había aceptado. Mas, al día siguiente y al otro se presentaron nuevos compromisos y bien pronto hubo de sentirse cansada de luchar contra la corriente. Con preferencia la elegían como vecina de mesa, no sin una oculta intención de consolarla, los más amables huéspedes; mas ella no advertía esos manejos. Pasado el 15 de agosto, Felipe Lagier vino a instalarse en el principal hotel, próximo al Casino. Su presencia no tenía nada de anormal. Aprovechaba las vacaciones judiciales para descansar en el vallecito, donde se aspiraba el aire de la montaña; todos los años, el foro y la magistratura de Grenoble tienen allí nutrida representación. Al punto lo rodearon y abrumaron de atenciones; aportaba un elemento de interés al reducido círculo de la señora de Passerat. Su ingenio mordaz, su perpetua ironía, sus viajes y su afición a las artes plásticas prestaban a su conversación un giro variado, que le hacía muy solicitado, principalmente de las damas; éstas se complacían en las escaramuzas verbales a que daba lugar con sus paradojas ingeniosas o sus opiniones inéditas y osadamente sustentadas. Así, de consuno y sin ponerse de acuerdo, conspiraban todos para acercar más a Isabel al abogado de su esposo y para provocar un coqueteo tan interesante.

Atravesando un día a toda velocidad por Uriage, para batir un record, el joven escribiente Malaunay, en mangas rojas y con las pantirollas al aire, encorvado sobre su bicicleta como si quisiera morderle la guía, distinguió, sin embargo, a la joven señora de Derize y a su compañero, que contemplaban la carrera; de manera que el estudio Tabourin, y por añadidura todo Grenoble, supo a qué atenerse respecto a aquella intimidad.

Felipe Lagier, al buscar de nuevo a Isabel satisfacía sencillamente una misión que era cada día más de su agrado. Tras de los infructuosos preliminares de conciliación, se había hecho el señalamiento de la separación. En nombre de Alberto precisaba respon-

der a él. Ahora bien: Alberto pensaba reclamar el divorcio y tomar a su vez la ofensiva. Antes de redactar unas conclusiones tan enojosas, el abogado se había dirigido al bulevar de las Despedidas, para consultar allí a la persona cuyo criterio tenía en mayor estima:

—Vea usted— le había explicado a la señora de Derize madre— lo que su hijo quiere contestar. No se defiende ya, ataca. Me ha remitido el diario íntimo, en el que de una manera intermitente fue anotando sus impresiones de casado. Dice que en él hallaré yo las pruebas de continua ofensa; pero la incompatibilidad de genios no es motivo de divorcio. Y, además, ¿debo yo hacer uso de él?

La anciana había pedido leer esos cuadernos. Su hijo la había autorizado para ello. Se los había devuelto a Felipe con estas palabras:

—Alberto se deshonraría si se sirviera públicamente de tales escritos. Los reproches que dirige a su mujer no harían mella en el Tribunal, pero quizá hieran el corazón de Isabel. Es una mujer virtuosa, aunque, por desgracia, distraída por demás e indiferente, como tantas otras mujeres virtuosas... ¡Ah si ella abriera los ojos! Enséñele usted este dietario. Haga que lo lea...

—¿Este dietario? —objetó el abogado, atónito.— ¿En qué está usted pensando? Alberto hace en él la historia de su amor.

—Conforme están las cosas, yo no veo sino ese medio que se pueda intentar. Que ella misma afronte la interpretación de su propia vida. Así verá ella que ese mismo amor, que yo no disculpo pero que no tiene nada de bajo, no le es enteramente ajeno, que ha nacido de su propio descuido imprudente. Si ella lo comprende así, quizá se sienta con valor para perdonar; sobre todo, con paciencia, para esperar. Si no comprende, vale más todavía para Alberto perder en justicia a sus hijos, que ya tiene bastante olvidados, que atender así contra la madre de ellos. Sí. Yo no veo más que ese medio de aproximación, por extraño y peligroso que sea. Amigo mío, vaya usted a Uriage: cuento con usted. Por mi parte, conseguiré de Alberto que renuncie a defenderse si ha de verse obligado a invocar tales argumentos.

—Pero quiere divorciarse.

A fuer de cristiana, contestó ella.

—Los hombres no tienen el poder de separar lo que Dios ha unido. La vida, dentro de su brevedad, nos concede todavía el tiempo necesario para ver el fondo de nuestras pasiones y para reconocer, aunque tarde, el camino recto. El divorcio quiere decir lo irreparable. Si se divorcia, yo no lo sobreviviré. Se lo diré si es preciso.

Felipe hizo una reverencia. Aquel pequeño piso deteriorado era el único lugar en el mundo donde dejaba su escepticismo en la puerta. Antes de rendir sus armas a la bella enemiga quería observarla y estudiarla. Gustábase hacer las cosas con alguna lentitud. Suele ser esto un hábito de las inteligencias complicadas. De proceder con menos cautela, hubiese corrido el peligro de revelar en sus miradas, en sus movimientos de retirada, algún vestigio de inquietud. Mas cuando llegó a Uriage Isabel se había repuesto y hacía por distraerse. La pequeña corte que disimuladamente se formaba en torno de ella no dejó de crispar los nervios del abogado. La componían jóvenes insignificantes, de esos que pululan en todo balneario, y que se dejan atraer inevitablemente por una mujer joven y abandonada. ¿Cómo no imaginarse que ella ofrecía una presa fácil, apenas protegida por la distraída vigilancia de unos padres indulgentes y abrumados de ocupaciones mundanas? Isabel los soportaba sin aburrimiento, pero sin placer. Felipe les lanzó los dardos de su ironía: los espectadores, que se divertían con aquéllo, lo instalaron confortablemente en el lugar de todos esos admiradores, y la joven señora de Derize no se dignó notar el cambio.

¿A qué aguardar ya más? Su estratagema y las complicaciones imprevistas le facilitaban las entrevistas necesarias. Se decidió a llevar a Isabel los cuadernos de Alberto. Ella lo recibió en el jardín, donde, sobre un fondo de pinos y de alerces, florecían unas rosas trepadoras: era ya septiembre.

—¿Qué paquete es ese? —le preguntó ella, bromeando.

El contestó, con aquel tono burlón que quebranta todas las convenciones, y que concluye por pervertir el espíritu, no acostumbrado a tomar nada en serio:

—Estas son sus faltas de usted. Hay muchas...

—¿Mis faltas?

—¿Se ha olvidado usted de nuestra conversación de Grenoble? Yo le decía a usted que nunca me había sido dado, en el ejercicio de mi profesión, tropezar con una instancia de divorcio en que todas las culpas estuviesen de una sola parte. Me desafié usted a citar las suyas. Se las traigo.

—Bien, ya escucho— exclamó ella, incrédula.

—No, no: usted misma las leerá.

—¿Se ha tomado usted la molestia de apuntarlas?

—No he sido yo.

—¿Quién entonces?

Mas ya lo había adivinado, y, prudente, trató de ponerse en guardia.

—Alberto. Tome usted.

—¡Oh, no; gracias!

No hizo él caso de aquella negación:

—Con dos horas tiene usted tiempo suficiente para descifrar estas notas. Podría usted leerlas esta noche y devolvérmelas mañana.

—Esta noche ceno en casa de la señora de Passerat.

—Es verdad; yo también estoy invitado. ¿Y mañana?

—Mañana vamos en automóvil al castillo de Sassenage, y nuestra velada también está comprometida.

—Al fin encontrará usted un día.

—¿Por qué quiere usted que yo lea estos cuadernos?

Ya no los rechazaba con tanta intransigencia; esa lectura no la comprometía a nada.

—Ahí encontrará usted las quejas que pienso formular contra usted en mis conclusiones.

Ella se asombró y se sonrojó, cosa que acabó de prestar a su rostro un aire de jovencita que hace su presentación en sociedad.

—Yo creí que Alberto no se defendería...

Esa visible turbación irritó a Felipe Lagier, que empleó alguna crueldad al contestar:

—Se defenderá tan bien, que pedirá el divorcio, no la separación.

—¡Ah! —murmuró ella; y la sangre que había afluído a sus mejillas se retiró precipitadamente.

Arrepintióse al punto de haberla mortificado. La resolución de Alberto, poco conforme a derecho, ¿era tan definitiva que le permitiese a él utilizarla como amenaza? Y, ¿no estaba él mismo resuelto a prestarse a desempeñar un doble papel a negar su concurso ante el Tribunal?

—¿Se quiere casar con ella? —dijo Isabel, débilmente.

—No sé.

Pero ella se avergonzó de su pregunta y se apresuró a hacer constar su indiferencia:

—Oh, me es igual! Que haga lo que guste: ha muerto para mí...

Es verdad que añadió, sin cuidarse de sus contradicciones:

—Está bien; déjeme usted los cuadernos. Echaré una ojeada sobre ellos cuando tenga un momento disponible, y se los devolveré.

Aquella misma noche, cenando en casa de la señora de Passerat, Isabel, de ordinario tan equilibrada y serena, se mostró nerviosa, y no le quedó a él duda que se había lanzado al punto sobre el diario íntimo de su marido. A los postres se inclinó ligeramente hacia ella y la interrogó quedamente, lo que dió pie a la señora des Vimelle, colocada al otro extremo de la mesa, para emitir una observación malévolamente.

—¿Leyó usted? —preguntó Felipe.

—El, ¿qué? No, todavía, no...; no he pensado en ello... —contestó Isabel.

Creó él que aquella extrañeza era fingida, y viéndola tan consumada actriz, le retiró algo de la protección impertinente que dispensaba a su simulado candor. Ahora bien, estaba equivocado. Ella había guardado con esmero los cuadernos de Alberto y se reservaba. No se podía modificar. Mujer ordenada y lógica, gustábanle las situaciones definidas. Aquel paso hacia atrás no la atraía. ¿De qué tenía que reprocharse? Según la opinión de todo el mundo, de nada absolutamente de nada. Pues, ¿de qué podían acusarla a ella, que fué indignamente engañada, y por una mujer menos agradable que ella?

Otra era la causa que motivaba su turbación. Había sido la primera en llegar, con demasiada premura a casa de la señora de Passerat, y precisamente por huir de las tentaciones de su curiosidad acuciada. El salón del piso bajo no estaba alumbrado. Al cruzar el césped ante la villa, pisando con precaución, a causa del rocío, oyó unas palabras de una conversación, cuyos términos y tuteo eran significativos, y vió, o adivinó más bien, por la ventana abierta, apenas perceptible entre las sombras, una pareja cuyo timbre de voz reconoció. Sin pararse a reflexionar, huyó corriendo a través del corto espacio que la separaba de la villa de los Alerces, y llegó a su alcoba, como queriendo ocultar la vergüenza que le causaba el descubrimiento de aquella intriga de que nunca había tenido la más leve sospecha, en su candor filial. Cuando su madre vino a buscarla, reprendiéndola por su tardanza, comprendió que le era de absoluta necesidad dominarse y guardar el secreto. ¡Con tal que la infeliz a quien acompañaba conservase siempre su ceguera! La señora de Passerat, cuando ellas llegaron, las acogió con esos exagerados cumplidos que son cosa corriente en sociedad; tomó las dos manos de su buena amiga la señora de Molay-Norrois y saludó a "esta querida Isabel", que soportó inerte su beso y quedó perturbada por él para toda la noche. De este modo, agitada y conmovida, se mostró a los ojos expertos de Felipe Lagier.

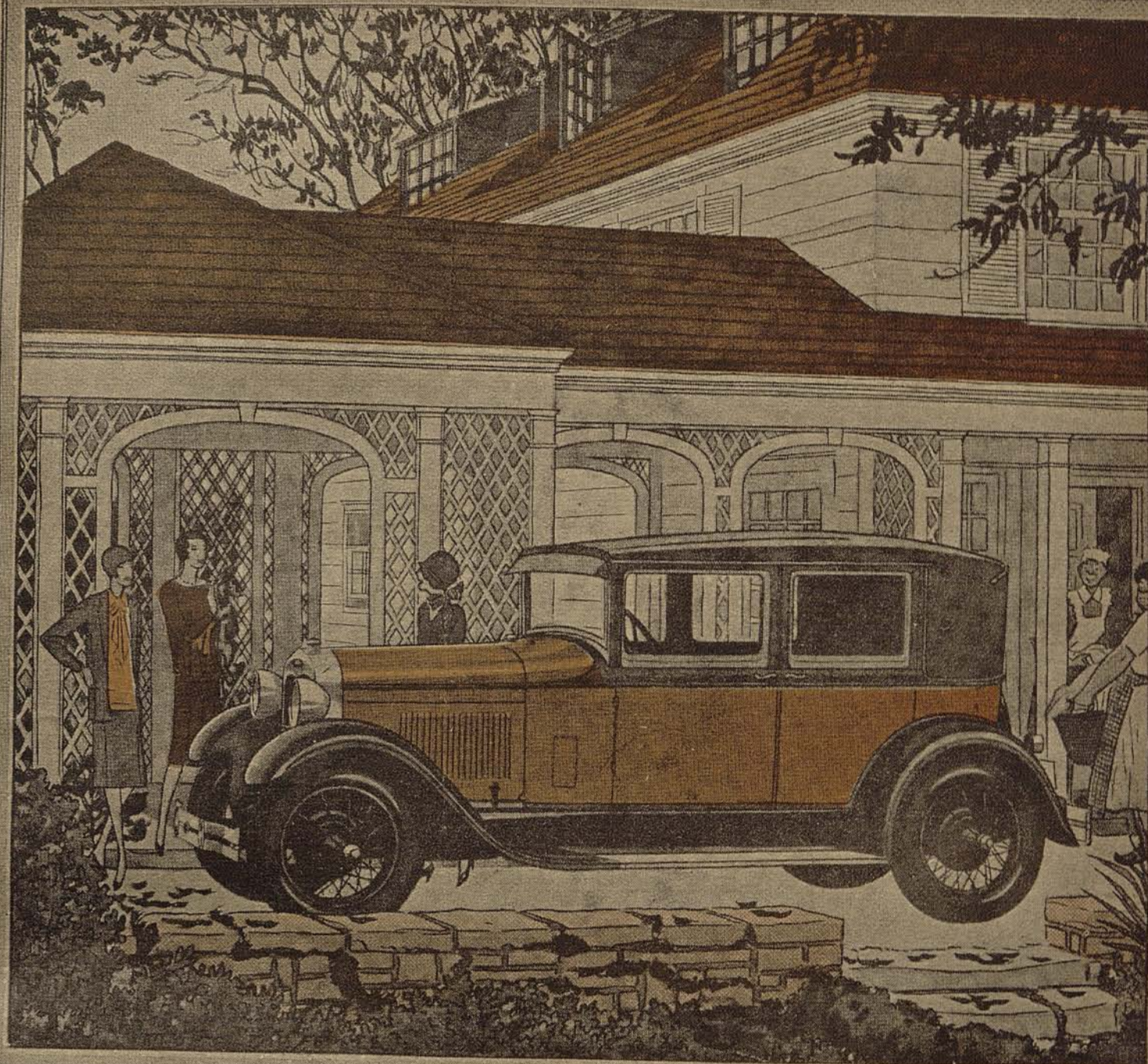
Dos días después, como no la hubiese visto en ese tiempo, la interrogó de nuevo:

—¿Y nuestro capítulo de culpas?

Era el nombre que daba al diario íntimo de su amigo. Ella le pidió todavía un plazo, y pasaron muchos días sin que volvieran a verse. Ella salía poco, efectivamente. ¿No había propuesto a sus padres la traslación a San Martín, para acabar allí la temporada? Pero su padre tomó a risa esta idea, y su madre no lo contrariaba en nada.

Felipe atribuía su extraña reserva a la impresión que le hubiera producido la lectura. Se asombraba, no sin algo de irritación, de tener que reconocer el imperio que Alberto continuaba ejerciendo sobre ella desde lejos. Y para aumentar su nerviosidad, su amigo le participaba en una carta que traía sello alemán que renunciaría a defenderse en justicia y abandonaba sus proyectos de divorcio, ya fuera porque escuchara los consejos de su madre, o porque a su espíritu ordenado repugnaban las consecuencias públicas de una ruptura, o, en fin, porque estuviese de acuerdo con Ana de Sezery para hacer caso omiso de las leyes.

(Continuará)



LA CALIDAD EXTRAORDINARIA DEL NUEVO SEDAN FORD FORDOR

La política de Henry FORD ha sido siempre de dar más que lo que ha prometido y podemos comprobar que el nuevo Ford es aun mejor que nuestras descripciones. Diríjase a un Agente FORD Autorizado y pídale una demostración en una calle pavimentada o fuera de la ciudad. Usted quedará sorprendido.

EL NUEVO FORD DA MAS DE 100 KILÓMETROS POR HORA, CON 5 PASAJEROS EN EL COCHE.

En cualquier camino pasará usted máquinas que han costado el doble y el triple del Nuevo Ford. Con los cuarenta caballos de fuerza puede usted alcanzar velocidades de un coche grande de cien caballos, y al mismo tiempo sentir la sensación de seguridad como ir en un

coche muy pesado. Los frenos son increíblemente efectivos y suaves, y cuando usted, después de un paseo, comprueba que el coche no ha gastado más de un litro de gasolina por cada 12 o 15 kilómetros de recorrido, entonces es difícil explicarse cómo en un coche de precio tan bajo se ha podido reunir la calidad de un coche grande con la economía de un coche chico.

Sus resortes es lo mejor que se ha podido conseguir, su estabilidad es sorprendente y es imposible encontrar un auto más seguro que el Nuevo Ford.

ANDA COMO UN AUTO GRANDE, ECONOMIZA COMO UN AUTO CHICO, Y VALE MAS QUE LO QUE CUESTA.

El SEDAN FORDOR se vende en \$ 9,800.— (sobre carro en Santiago).

FORD MOTOR COMPANY
SANTIAGO DE CHILE



CINZANO

VERMOUTH
M. R.

